

Sandra Andrés Belenguer

El violín negro



LABERINTO

El violín negro

Sandra Andrés Belenguer

EL VIOLÍN NEGRO
© SANDRA ANDRÉS BELENGUER

eBook ISBN: 978-84-16009-17-6



A mis padres

*«Hay que acostumbrarse a todo en la vida...
incluso a la eternidad.»*

El Fantasma de la Ópera, Gastón Leroux

1

Diciembre, 1907

Atardecía en París.

Enfundado en un raído abrigo negro y una desgastada gorra, un hombre atravesaba precipitadamente *Le Pont des Arts* dirigiéndose hacia el lado derecho del Sena. La ciudad entera sufría el temporal propio de diciembre y el frío se dejaba sentir con intensidad por los escasos viandantes que aún circulaban. París se sepultaba poco a poco bajo la nieve, y sus calles, casi desiertas, le conferían un aspecto gris y fantasmal. El único sonido existente era el inquietante bramido del gélido viento azotando el río y las ruedas de los carruajes sobre los blancos adoquines.

Sin embargo, a aquel hombre no parecía importarle el azote invernal. Seguía su camino con determinación aferrando fuertemente un saco de extrañas proporciones.

Debía llegar a la Rue Bonaparte antes de que oscureciese por completo o tendría que esperar hasta el día siguiente, cuando el anticuario *Corenthin et fils* abriese sus puertas de nuevo. No había tiempo que perder. Necesitaba el dinero.

Abstraído como estaba en sus pensamientos, no vio dirigirse contra él a toda velocidad una berlina negra. Los caballos relincharon con angustia cuando el cochero tiró de las bridas tratando de frenar su carrera. El coche se detuvo a escasos metros del personaje, que se sobresaltó, cayendo bruscamente sobre el niveo empedrado.

El cochero le increpó ásperamente y quitándose su sombrero de copa, se pasó una mano temblorosa por la frente intentando evaporar así el temor de lo que podría haber sido un serio accidente. Una pareja cercana, se aproximó con celeridad para comprobar que no había resultado herido. La mujer, ataviada con un grueso abrigo, le preguntó si se encontraba bien.

Pero aquel a quien hacía referencia solo estaba preocupado por el contenido de la bolsa que llevaba a cuestas y haciendo caso omiso de cualquier pregunta, introdujo nervioso la mano en ella y comprobó que todo estaba en perfecto estado.

«Gracias a Dios, parece que no ha sufrido daño alguno», pensó con alivio.

La pareja de transeúntes se miró extrañada por el comportamiento de aquella persona que parecía valorar más un viejo saco que su propia seguridad, y siguió su camino.

El hombre reanudó su marcha.

Cuando llegó al anticuario y prestamista, se detuvo pensativo ante la puerta.

«Robar para poder comer.»

Aunque no era la primera vez que lo hacía, no pudo evitar sentir vergüenza de sí mismo. En su mente se dibujaron los rostros de su mujer e hijos y notó como un nudo se apoderaba de su garganta.

Se secó el rostro mojado con sus manos y con un profundo suspiro envuelto en vaho, empujó la puerta entrando en el local.

Ya en su interior, se ensimismó momentáneamente por lo que le rodeaba. Extraños retratos lo miraban por doquier, candelabros pertenecientes al siglo anterior estorbaban su paso junto a pintorescas figuras religiosas, relojes de la época napoleónica, libros cuyos títulos habían sido borrados por el tiempo...

El prestamista Corenthin lo observaba con recelo al otro lado de la estancia. Era un hombre anciano, de cabellos blancos y ojos inquisidores que siempre escrutaban al cliente tras unos pequeños anteojos.

Cuando le preguntó con voz escabrosa qué deseaba, el hombre se quitó rápidamente la gorra y tragando saliva, se acercó y dejó encima del mostrador, con mucha suavidad, el contenido del saco que con tanto cuidado había transportado a sus espaldas.

Corenthin lo miró con ojos inquisidores mientras extraía el objeto de su estuche. Lo que vio, más que complacerle, lo fascinó. Aumentó la intensidad de la lámpara de gas y lo analizó meticulosamente con sus huesudos dedos.

Tras unos breves instantes en los que el silencio únicamente era transgredido por el acompasado sonido del péndulo de un reloj isabelino, su rostro comenzó astutamente a cambiar de expresión. Sus ojos parpadearon con perspicacia tras los gruesos anteojos mientras levantaba la cabeza.

—Solo puedo ofrecerle cuatrocientos francos por él.

—¿Qué? ¿Solo cuatrocientos? ¡Eso vale al menos mil!

—Lo siento... Quizá prefiera intentarlo en otro de los anticuarios que hay por esta zona, pero ninguno le va a ofrecer más de esta cantidad —mirándole directamente a los ojos, Corenthin continuó con sagacidad— o puede que quiera arriesgarse a que le pregunten cómo lo ha obtenido. Sería un verdadero problema, ¿no es así? A la policía le interesaría mucho, en mi opinión.

El hombre calló, lívido. No había contado con aquella extorsión.

—De acuerdo —dijo casi en un susurro, asintiendo con la cabeza—. Cuatrocientos me parece justo.

El prestamista se encogió de hombros mientras extraía el dinero acordado de un pequeño cajón. Se lo tendió casi con despreocupación y vio como aquel sujeto lo guardaba rápidamente en un bolsillo saliendo precipitadamente del local.

Corenthin, ya solo, miró el objeto que yacía sobre la mesa, y sonrió con satisfacción.



Una vez solo, respiró profundamente y continuó su trabajo, abriendo con una palanqueta una de las cajas de madera.

Con sumo cuidado, extrajo varios objetos, cada uno bien envuelto en polietileno de burbujas. El primero de ellos fue un reloj Napoleón III estilo Baullé con peana, dorado al mercurio; una muy buena adquisición, pensaba Bernard, acariciando con delicadeza la pequeña estatua de Cupido que lo adornaba.

El siguiente objeto fue una esbelta estatua de bronce criselefantina de Luis Felipe de Orleáns a caballo. Bernard frunció el ceño; nunca le había gustado mucho aquel histórico personaje.

Siguió sacando objetos de aquella enorme caja, encontrándose con una *cornucopia* dorada en la que se podía admirar un retrato de la Virgen con el Niño.

Pudo leer en una nota adjunta: *Anónimo, siglo XVII*. «Buena pieza decorativa, sí señor», reflexionó el anticuario mientras se mesaba sus canosos cabellos.

Acercó otra de las variadas cajas y la abrió con la misma eficacia que las anteriores, pero algo le hizo detenerse. Detrás de ella, vio un curioso arcón de madera con adornos en bronce. Dejando la caja ya abierta a un lado, se aproximó hacia él y pasó sus diestros dedos por su cubierta observando que una llave de metal se hallaba introducida en su cerradura. Lo abrió suavemente haciendo rechinar sus goznes.

Sus pupilas se dilataron al observar lo que se hallaba en su interior.

Había encontrado algo que podría ser más que interesante.

Sustrajo con cuidado un viejo estuche de violín y lo observó durante unos breves segundos antes de abrirlo. El aterciopelado tejido de su interior era de un rojo sangre que hacía realzar vivamente el objeto que contenía.

Aquel bellissimo violín emanaba, nada más contemplarlo, el hipnótico impulso de acariciarlo y al mismo tiempo el temor incomprensible de rozar tan siquiera una obra maestra como aquella.

Había perdido el sentido del tiempo admirando aquello de lo que sus ojos no podían apartarse. Su espina dorsal emitió una descarga eléctrica que recorrió todo su cuerpo dejando paralizados hasta sus más imperceptibles movimientos.

Tras incontables minutos aspiró una bocanada de aire, cerró sus ojos y elevó su rostro en un gesto cabeceante que denotaba que a su memoria habían acudido palabras impresas en unas viejas cartas.

—¡Es el mismo...!



3

Diciembre, 1907

Ninguno de los obreros allí presentes podía articular palabra ante lo que sus ojos veían aquella mañana de diciembre.

Las órdenes habían sido muy concretas: abrir una oquedad en lo que se suponía era un muro firme y sólido en los sombríos subterráneos de la Ópera Garnier, de un tamaño tal que cupiera una gran caja fuerte.

Pocos de ellos sabían con exactitud cuáles eran los fines de aquel orificio, pero hasta ese momento habían trabajado sin hacer muchas preguntas.

Varios meses antes, el director de la Sociedad Gramofónica de París, Alfred Clark, había donado al *Palais Garnier* un preciado obsequio: decenas de grabaciones fonográficas de célebres cantantes líricos de finales del siglo XIX, todas ellas apiñadas en cuatro férreos estuches metálicos.

Sus únicas y singulares condiciones eran que debían abrirse en un plazo de cien años y que su lugar de descanso tendría que ser una estancia oscura, libre de humedades y de calor. ¿Qué mejor habitáculo que los recónditos y laberínticos subterráneos de la Ópera?

Pedro Gailhard, por aquel entonces director de la Academia Nacional de Música, accedió de buen grado a la propuesta de Monsieur Clark y con excesivo secretismo, contrató a un grupo de albañiles para introducir una caja fuerte en las mismas paredes del subsuelo del edificio.

Pero nadie estaba preparado para lo que ese muro, cual ventana a un mundo interior, iba a revelarles en un súbito desprendimiento tras haberlo golpeado con sus picos y mazos. Ni siquiera el capataz encontraba las palabras adecuadas para despertar del asombro que se había apoderado de sus hombres.

Todo había sucedido muy rápido, sin dejarles tiempo suficiente para reaccionar. Tras apartar los escombros de piedra esparcidos a sus pies, penetraron con cautela en aquella oscura abertura.

Ante ellos se hallaba, cubierto por una densa niebla de polvo que le otorgaba un aspecto aún más fantasmagórico, una habitación completamente amueblada, pero en la cual se notaban atisbos de la furia desmedida de su morador ya que todo se encontraba en un estado de iracundo caos y devastación. Cortinas rasgadas, candelabros esparcidos en una alfombra totalmente destrozada, partituras semiquemadas ocupando buena parte del suelo,

muebles volcados en un acto de frenesí...

Sin embargo, aquello no fue lo que despertó el temor y el aturdimiento de los trabajadores.

La estancia contigua, separada de la primera por un arco de medio punto en piedra, era en sí misma un lecho de muerte.

Las negras paredes estaban cubiertas por apergaminadas láminas donde se podían adivinar las notas de un *Dies Irae*; al fondo, ocupando buena parte de la pared frontal, se encontraba un pequeño órgano de color oscuro que hacía resaltar el blanco marfileño de sus teclas aun a pesar del paso de los años. En el frío y oscuro pavimento se vislumbraban extrañas y oscuras manchas a modo de gotas que habían quedado allí como huellas indelebles. Algunos de ellos pensaron que podrían ser de sangre.

En el centro de la estancia, se alzaba una escalonada tarima recubierta por varias alfombras con dibujos orientales en donde reposaba un grotesco ataúd cubierto por un gran dosel carmesí que caía con delicadeza sobre su pulida madera de roble lacado. Rodeándolo, se hallaban dos altas estatuas con rostro cadavérico sosteniendo sobre sus hombros candelabros de seis velas.

Aquella estancia desprendía un halo de misterio aterrador que impregnaba hasta el oxígeno que respiraban.

Jules, uno de los albañiles, fue el único que logró exclamar al tiempo que se santiguaba lentamente:

—Mon Dieu, c'est le Fantôme...!

Ante aquella exclamación, el pánico cundió entre ellos haciendo que retrocedieran hasta la habitación anterior. El patrón gritó al ver su reacción.

—¡Nada de tonterías! ¿Me habéis entendido todos? —Dando una sonora palmada con sus enormes manos, y sin dejar que sus subordinados percibiesen ni un solo rasgo de duda o temor en su voz, continuó—. Esto posiblemente sea el lugar de descanso de los antiguos obreros que trabajaron en la construcción de la Ópera; recuerdo que un arquitecto italiano me contó que ocurrió algo parecido en la iglesia *Santa Maria dei Fiori*, en Florencia. Registraremos el lugar para comprobar sus dimensiones y se lo comunicaré inmediatamente al director.

Ante la inmovilidad de los trabajadores, el capataz gritó airado:

—¡A qué estáis esperando!

Para dar ejemplo, él mismo permaneció en el extraño habitáculo iluminándolo levemente con su linterna sorda. Los susurros fueron generalizados; nadie creía que un lugar en donde se encontraba una cámara mortuoria, sirviese de morada a ningún obrero fatigado, pero al capataz no pareció importarle.

Como un explorador en un paraje insólito, caminó lentamente hacia el tétrico ataúd. Poco a poco, las palabras de exhortación que había pronunciado segundos antes con vehemencia a sus trabajadores, iban perdiendo fuerza en su interior. El miedo ganaba terreno de forma alarmante. Pero no podía detenerse ahora; una decena de curiosos ojos lo observaban con inquietud a pocos metros y no tenía intención de pasar por un pusilánime.

Cuando llegó ante el féretro, su paso era ya inseguro y sus propios latidos no le dejaban oír su agitada respiración. Aunque retiró con suavidad el dosel rojo que lo cubría, una pequeña nube de polvo explotó ante sus ojos. Agitó la mano ante su propio rostro y se inclinó para ver su interior...

Lo que allí vio le dejó sin aliento y durante unos instantes, le pareció que su corazón se había detenido. Con un respingo, saltó hacia atrás y con voz quebrada susurró, mientras

6

Bernard recordaba con total claridad dónde se encontraban aquellas cartas.

Las había guardado con desmedido recelo, cual valioso tesoro, durante años y las había leído en tantas ocasiones que podría recitarlas sin apenas dudar.

Sus incrédulos ojos volvieron a enfocar el violín. Aquello no podía ser cierto.

Cerró con fuerza el estuche con el instrumento todavía en su interior y volvió a introducirlo en el arcón, cerrándolo con llave.

Se pasó una mano por su sudorosa frente y con la respiración agitada se dirigió con celeridad a su despacho privado, situado tras el mostrador.

Se trataba de una pequeña habitación donde guardaba meticulosamente cada resguardo, reserva y movimiento económico del negocio. Su escritorio, iluminado por una pequeña lámpara con forma de estatuilla *Art Nouveau*, estaba plagado de papeles, calendarios y notas de diversos colores. Las paredes se hallaban repletas de estantes llenos de libros y pequeños objetos decorativos de diferentes culturas.

Bernard entró con el rostro lívido, encaminó sus pasos hacia el escritorio y encendió la luz de la lamparilla. Abrió lentamente uno de sus cajones y tratando de controlar su acelerada respiración, quitó unos cuantos cuadernillos y apartó varios papeles hasta vislumbrar lo que estaba buscando: una cajita de cristal ornamentada con arabescos de coral negro; una auténtica maravilla que había adquirido a un precio desorbitado hacía muchos años en una subasta de arte.

La cogió con ambas manos, frías y temblorosas, y giró la cabeza para comprobar que su sobrina no había bajado aún de su habitación. Ella nunca solía entrar en su despacho, pero en aquella ocasión el miedo a ser descubierto aumentó su necesidad de sentirse aislado.

Cerró con cuidado la puerta y se mantuvo observando la caja durante varios segundos que le parecieron eternos.

Lo que escondía aquel pequeño receptáculo con forma de joyero era un secreto del que nadie tenía conocimiento salvo él.

Meditó acerca de cómo en una caja tan pequeña podía hallarse la respuesta a un enigma por el que la gente seguía debatiéndose todavía.

Contuvo la respiración y la abrió con sumo cuidado.

Dentro, visualizó aquellas cartas, dobladas con esmero y ya amarillentas por el paso de los años, atadas por un fino lazo negro.

Depositó la caja en el escritorio y suavemente deshizo el lazo que las unía.

Parecía que el tiempo se había detenido cuando comenzó a desdoblarlas.

Ni siquiera recordaba la última vez que las leyó.

Eran ocho hojas de reducido tamaño y llevaban, como elemento decorativo, un dibujo de flores en tono escarlata en cada esquina superior derecha. La letra escrita con tinta negra, era pequeña y redonda, como la de un niño y en diversas partes, se apreciaban varias

salpicaduras de la pluma con la que se escribió.

Bernard sabía exactamente lo que quería leer de nuevo; necesitaba verlo una vez más con sus propios ojos, cerciorarse por completo de lo que ya creía estar seguro.

Escogió una de ellas y la rozó con las yemas de los dedos. Ajustándose sus gruesas gafas comenzó a leer en absoluto silencio.

Sueño con él casi todas las noches y es extraño, porque en esos sueños siempre siento que me inunda una inefable paz, una dulce melancolía que envuelve todo mi ser. Quizá sea un signo innegable de que en el fondo de mi corazón lo echo profundamente de menos... a él, su voz, su música... Y en esos sueños, como si de retazos de memoria se tratase, siempre lo observo, escondida tras la pared de su habitación, tocar con una sensibilidad extrema y una destreza que solo puede provenir del cielo, su preciado violín. Allí me quedo, absorta en su triste melodía, con los ojos entrecerrados y el pecho palpitante por la emoción que me supone volverle a ver, a escuchar, aunque sepa que se trata únicamente de algo efímero. Una densa neblina se apodera de la estancia y, sin embargo, yo sigo vislumbrando su oscura silueta moviéndose rítmicamente al compás de la música. Una música que solo un genio como él podría componer y que atenaza con delicadeza todos mis sentidos.

Quiero avanzar. Dar el primer y decisivo paso que me separa de su amor, desmedido y embriagador; pero me hallo completamente estática, incapaz siquiera de pronunciar su nombre, envuelta por el sonido embrujado de su violín.

Recuerdo el día en que me habló de él y de cómo lo había construido hacía muchos años con sus propias manos. Podría decirse que ese instrumento albergaba su alma. Solía tocarlo siempre que yo se lo pedía o cuando se hallaba en un estado de profunda aflicción. Todavía guardo de ese violín una imagen nítida y clara. Su madera barnizada de color negro era realmente singular y única, tanto como lo era su dueño. Y tenía un precioso grabado en la tapa superior que nunca olvidaré mientras viva: la lira de Apolo coronada por dos serpientes. Él nunca quiso explicarme su significado. Quizá no fuese merecedora de saber aquel secreto, ni de su sabiduría... ni de su amor. En mi sueño, sigo reconociendo aquel violín. Lo observo sin parpadear, como si su hechizo hubiese envenenado mi sangre.

Paulatinamente él se gira hacia mí y en sus ojos percibo un súbito brillo, como si de ardientes llamas se tratase. Antes de despertarme, siempre creo sentir una extraña sonrisa de triunfo tras su máscara...

Para cuando Bernard hubo terminado de leer aquella carta, dos huidizas lágrimas surcaban sus mejillas.

Volvió a doblarla con mano temblorosa y la introdujo, junto a las demás, en la caja de cristal.

Se desplomó en su sillón con un profundo suspiro e intentó secarse con un pañuelo sus ojos enrojecidos. Aquella antigua misiva había hecho aflorar sensaciones y sentimientos que hacía años que no experimentaba.

«No puedo creerlo» comenzó a pensar, ya más sereno. «¡Realmente es el mismo!».

Con paso ágil salió del despacho y se dirigió hasta el arcón donde había encerrado el estuche. Giró la llave con gran rapidez y lo cogió con ambas manos.

Cerró los ojos un instante antes de descubrir de nuevo su contenido.

Los abrió lentamente.

Allí estaba. Un violín completamente negro, adornado en su cubierta por un extraño grabado: una lira coronada por dos cabezas de serpientes.

—La lira de Apolo... —susurró, inmerso en sus meditaciones.

«Puedo reconocerla fácilmente por sus tres cuerdas, símbolo de las tres musas guardianas de su santuario en Delfos.»



Bernard aproximó más el violín a sus ojos, que lo escrutaban sin perder detalle.

«¿Qué significará este símbolo? ¿Tendrá algo que ver con su vida? ¿Con su música, quizá?»

Se puso sus gafas especiales de cristales de aumento con las que solía observar los más mínimos detalles en los objetos de su anticuario y las ajustó con precisión para visualizar mejor la pequeña imagen que tenía ante sí.

Parpadeó varias veces antes de comprobar que en la parte frontal de la lira, se hallaba grabada una inicial: *E*.

Bernard dejó el violín encima del mostrador y se frotó las manos con ansiedad.

Ya no había ninguna duda.

Ese era *su* violín.

Fue en ese momento cuando escuchó los ligeros pasos de Christelle al bajar las escaleras.



Febrero, 1908

Caminaba con pasos acelerados atravesando *Rue Royale*, dejando atrás *La Madeleine* en dirección a la célebre *Rue Rivoli*.

Era una fría mañana y el viento azotaba sin piedad las calles de París.

El hombre sujetaba con fuerza su sombrero agachando la cabeza como embistiendo al furioso vendaval que frenaba su decidido caminar; con su otra mano aferraba un maletín de medianas proporciones que se agitaba a cada sacudida del tempestuoso aire.

Cuando llegó a Rivoli, disminuyó su carrera y tomando aliento, se guareció en las arcadas de piedra, tan distintivas de aquella calle. Por un momento observó los jardines de las Tullerías. El viento vapuleaba sin cesar los múltiples setos y árboles, arrancándoles diversas partículas que le hicieron toser. Las estatuas permanecían allí, inmóviles, mirando hacia el horizonte con ojos de soledad.

No había mucha gente en la calle. Solo trabajadores, empresarios y banqueros dirigiéndose con rapidez a sus puestos de trabajo.

Se ajustó su abrigo negro y prosiguió la marcha fijándose, muy detenidamente, en la numeración de las distintas puertas que encontraba a su paso.

Cuando por fin halló la que parecía estar buscando, hizo una mueca de aprobación tras las solapas de su abrigo y se dispuso a entrar. Subió con celeridad las escaleras y se detuvo en la primera planta.

Permaneció estático ante la robusta puerta de oscura madera y tras unos segundos, llamó con tres golpes secos utilizando el picaporte dorado con forma de anilla.

Un hombre de avanzada edad abrió la puerta y con un fuerte acento árabe, le preguntó:

—Buenos días, ¿qué desea?

—Soy monsieur Leroux. He quedado con su señor.

Fue guiado por un estrecho pasillo repleto de retratos y adornado con una pintoresca alfombra persa descolorida por el tiempo.

Antes de llegar a una pequeña sala, pudo escuchar una voz profunda, pero agradable que le decía:

—Sea usted bienvenido a mi humilde residencia, señor Leroux.

El criado, de tez olivácea, hizo un leve ademán con la mano para dejarle pasar.

—Puedes dejarnos, Darius, pero antes, por favor, sírvale un café y una copa de coñac a nuestro querido periodista.

Mientras el criado realizaba con prontitud la orden dada, Gastón Leroux pudo observar con más detenimiento a la persona que tenía ante sí.

Vestía una amplia bata color verde, al igual que sus babuchas. Fumaba en una ornamentada pipa, pero aun sintiendo el extraño aroma que emanaba de ella, no pudo reconocer de qué se trataba. Su moreno rostro demacrado, denotaba signos de alguna enfermedad grave. Sus ojos verdes aún conservaban cierto brillo inteligente que contrastaba con su cansancio y decaimiento.

Tenía la cabeza completamente afeitada, pero su espesa barba blanca, le confería un aspecto de respeto y sabiduría.

Echó un vistazo a la estancia. Sobria y sencilla, poseía algunos adornos persas especialmente bellos como una estatuilla de bronce de un animal alado, que identificó con Simorgh, un ave de la mitología persa o un pequeño busto de Rostam, un legendario héroe iraní.

Cuando Darius le entregó la copa, Leroux bebió un buen trago que se deslizó abrasadoramente hasta su estómago.

A pesar de ello agradecía el calor que aquel licor le proporcionaba. La mañana era realmente fría...

—Quiero, en primer lugar, agradecerle su rapidez en contestar a mi misiva y, por supuesto, el hecho de que haya accedido a hablar conmigo en su propia casa.

El Persa parpadeó con lentitud y respondió:

—Como habrá podido deducir por mi aspecto, estoy muy enfermo. Aunque quisiera, no podría desplazarme de mi domicilio. Esto es una de las pocas cosas que logra remitir el dolor... —dijo señalando su pipa—. Pero usted no ha venido hasta aquí para hablar de mi enfermedad, sino de otros asuntos, ¿no es cierto?

El periodista asintió después de haberse tomado el café y extrayendo unos periódicos de su maletín, comenzó a explicar:

—Como ya le dije en mi carta, me interesa sobremanera saber más acerca de los sucesos acontecidos en la Ópera Garnier hace escasamente dos meses —le entregó las hojas de periódico a su interlocutor y prosiguió—: estoy seguro de que leyó esta noticia por entonces. Apareció en todos los diarios.

Aquel a quien iban dirigidas estas palabras ni siquiera echó un ligero vistazo a los documentos que el periodista acababa de entregarle. No necesitaba leerlos. Ya era conocedor de toda la información.

—Sí; el descubrimiento de una sala subterránea completamente amueblada... y de un cadáver en su interior.

Leroux volvió a acercarse la copa de coñac a sus secos labios. Estaba nervioso. Comenzó su investigación dos meses atrás y muy pocas personas habían podido facilitarle algún dato de interés.

—¿Cómo ha dado usted conmigo, si puedo preguntárselo? ¿A través del inspector Faure?

La pregunta del Persa fue directa, quizá demasiado, en opinión de Leroux.

«Debería ser yo quien hiciera las preguntas», pensó.

—Sí, de hecho fue él quien me habló de usted como uno de los pocos testigos...

Fue bruscamente interrumpido:

—¿Y no le dijo que yo debía estar loco por haber narrado semejante disparate?

Leroux comenzó a inquietarse. Definitivamente aquella iba a ser una entrevista difícil.

—Bueno, si le soy sincero... —comenzó a decir extendiendo las manos en un ademán muy significativo.

—Ya veo. Sin embargo, usted no debió de creerle ya que está hoy aquí.

—En realidad, me interesó mucho su relato y me gustaría escucharlo de su propia voz.

El Persa tosió con angustia y trató de fumar de su ornamentada pipa. El efecto calmante se dejó notar al cabo de unos segundos.

—¿Realmente le interesa saber qué es lo que ocurrió?

—Por favor, es muy importante para mí.

El Daroga, antiguo jefe de la policía persa, cerró los ojos invocando unos lejanos recuerdos que debían regresar con claridad a su cansada memoria.

Le relató, durante más de una hora, todo cuanto había sucedido en los oscuros subterráneos de la Ópera hacía más de diez años... Cómo guió al vizconde en un peligroso viaje hasta precipitarse en la Cámara de los Tormentos, los momentos de terrible angustia que vivieron allí, la decisión final del que se hacía llamar el Fantasma...

Cuando finalmente concluyó, Leroux estaba extasiado. Los detalles que le había proporcionado parecían tan reales que no dudó de una sola de las palabras que allí había escuchado. Sin embargo, no dejó que en su rostro se reflejaran signos de emoción. Sabía que alguien como el persa, no hubiera hablado tan fácilmente de unos hechos envueltos en el misterio durante tantos años sin esconder partes que tuvieran una importancia relevante.

Su sagacidad periodística le hacía intuir que había algo más... Durante el relato del Daroga, había estado observando su pragmática fisonomía y en diversas ocasiones parecía haber estado silenciando algunos aspectos que quisiera mantener ocultos para sí mismo. Lo decían sus ojos, su manera de expresarse, sus interrupciones y sus provocadoras dudas.

Tras haber concluido su narración, suspiró, hizo un gesto uniendo sus manos e inclinando su cuerpo suavemente hacia delante, miró fijamente a los ojos del periodista.

Durante unos instantes, únicamente su respiración grave y profunda alteró el silencio que inundaba la sala. Ambos hombres sostenían sus respectivas miradas en una atmósfera de tensión casi tangible.

Leroux acercó una mano a su mentón, cubierto por una tupida barba, y comenzó a acariciarlo en actitud pensativa. Segundos más tarde, se quitó las gafas y entrecerrando los ojos dijo, eligiendo con astucia cada palabra:

—Es una historia realmente asombrosa. Diría incluso fascinante. Sin embargo... intuyo que no está siendo totalmente sincero conmigo; mi lógica me dice que hay algo más en ella que aún no me ha contado y por causas que no puedo imaginar me desea ocultar. ¿Me equivoco?

De nuevo se hizo el silencio. Por un momento Leroux pensó haber colmado la paciencia de aquel hombre, que aun a pesar de su enfermedad había aceptado amablemente recibirlo y por añadidura contar aquella misteriosa historia. Quizá lo estaba presionando demasiado, pero estaba convencido de que aquellos extraños ojos que lo escrutaban, le decían que no se había revelado el final... Quedaban palabras en la garganta de aquel persa que su cerebro trataba de impedir que salieran a la luz.

De pronto y elevando su torso con un gesto de fuerza que nadie hubiera imaginado, su voz surgió fuerte y contundente. Leroux casi dio un pequeño respingo de sorpresa en su cómodo sillón al escucharlo.

—Dejemos así esta historia. No tengo ningún inconveniente en decirle que no voy a hacer ningún comentario más acerca de Erik. Nadie debería conocer sus secretos. Es mejor

dejar las cosas como están.

El periodista hizo una mueca de impaciencia. Se colocó sus gafas y cerrando un puño sobre uno de los brazos del sillón, lo golpeó rítmicamente en un gesto de desasosiego.

Su mente buscaba con rapidez la contestación adecuada, queriendo de alguna forma demostrar cuán crucial era para él descubrir lo que se le mantenía oculto y, por otro lado, no quería que sus palabras importunaran en exceso a aquel anciano que así mismo defendía con tal vehemencia los últimos secretos del que fuera llamado Fantasma de la Ópera.

—No me importa cuánto tiempo me cueste, haré lo que sea necesario para llegar hasta el final de este asunto. No sé muy bien la razón, me siento incapaz de expresarlo con palabras y eso es muy extraño dada mi profesión, pero la vida de ese hombre me intriga, me apasiona, me obsesiona... Quiero saberlo todo ¡y podría decirse que mis lectores tienen todo el derecho a conocer esa historia también! —Su voz se había ido alterando gradualmente—. Usted es el único eslabón que queda; la prueba final. Si su relato es cierto... la humanidad ha perdido a un ser excepcional. No puede guardarse esa información para sí mismo y dejar que se pierda en el tiempo. No sería justo ni para él, ni para usted.

El Persa se reclinó en su sillón y con los ojos cerrados, fumó en completo silencio.

Las palabras del periodista le habían impactado. Sin embargo, quería sopesar todas las opciones. Su enfermedad se agravaba cada día, consumiéndolo con voracidad...

Sin querer, su mirada se posó en el viejo armario de madera de nogal que se hallaba a un lado de la estancia. Su agitada mente no podía dejar de pensar en dos objetos de gran importancia que podrían perderse en el olvido dada la cercanía de su muerte.

¿Aquel periodista era la persona idónea para confiárselos?

En la pequeña sala, solo podía escucharse el quejido del viento a través de las ventanas.

Leroux, intranquilo, lo observaba respirando agitadamente. De aquella respuesta dependía toda su investigación.

Lentamente, el Persa abrió los ojos y en ellos, pudo percibirse el destello de una resolución.

—Probablemente no debería... hacer lo que me dispongo a hacer —dijo con voz grave, casi en un susurro— pero me estoy muriendo, señor Leroux. No me queda mucho tiempo y como bien dice usted, el tiempo es lo más valioso que tenemos. No me gustaría irme de este mundo con asuntos pendientes, ¿me comprende?

Leroux asintió, con los ojos muy abiertos, en espera de que su interlocutor prosiguiese.

—Usted ha sido el único en interesarse por *él*, el único... Y desperdiciar *su* vida, *su* obra, sería una verdadera locura...

Su voz se fortaleció al continuar:

—Debe jurarme que lo que va a escuchar en esta habitación será un completo secreto para el resto de la humanidad.

—Pero, estoy comenzando a escribir un libro que reflejará, en la medida de mis posibilidades...

—¡Me refiero a lo que todavía no le he relatado! —gritó el Persa con voz súbitamente atronadora—. Nada de lo que oiga y vea a partir de ahora deberá estar en su libro. El mundo nunca deberá saber una verdad para la que no está preparado... ¡Júremelo!

Un nuevo ataque de áspera tos ahogó su apasionado ruego.

Leroux hizo un leve ademán para ayudarlo, pero el Persa le detuvo con un gesto

imperativo. Paulatinamente, el ataque fue remitiendo mientras él seguía murmurando, con un hilo de voz:

—Júremelo, por favor...

—De acuerdo, se lo juro —el periodista se hallaba en un estado de gran inquietud, pero intentó que su respuesta adquiriese un tono sereno y tranquilizador—. Sus palabras no saldrán de estas paredes ni mi pluma las escribirá jamás. Confíe en mí.

El Persa lo miró inquisitoriamente a los ojos y Leroux supo, con un escalofrío, que intentaba averiguar si lo que había dicho era veraz.

—Que así sea, espero no equivocarme —dijo secamente.

Leroux contuvo por un instante la respiración. Presentía que en pocos minutos, iba a ser testigo de algo realmente inaudito y el deseo de ver y conocer de qué se trataba, consumía todo su ser.

El Persa aspiró nuevamente de su pipa, como infundiéndose ánimo y volvió a centrar su vista en la librería situada a su derecha.

—Por favor, retire suavemente el libro de poemas *Rubaiyat* de Omar Khayyam.

El periodista se levantó con rapidez y buscó el ejemplar que le había indicado. Hizo lo que le había dicho con gran lentitud, como si de un acto ceremonial se tratase. Sin ruido alguno, el estante giró sobre sí mismo dejando a la vista un compartimento secreto.

Cuando vio lo que se hallaba en su interior, miró al Persa y lo interrogó con la mirada.

El anciano asintió en un gesto de aprobación.

Leroux extrajo una caja metálica envuelta por una oscura tela de terciopelo negro.

Se la entregó con la incertidumbre reflejándose en sus ojos mientras observaba como el Daroga extraía en silencio de su cuello una cadena de plata en cuyo extremo colgaba una pequeña llave.

Apartó la tela que la cubría dejando a la luz los diversos arabescos decorativos que adornaban el metal e introdujo con suavidad la llave en su diminuta cerradura.

Cuando la hubo abierto, se detuvo unos instantes, como si las dudas hubiesen regresado a su conciencia. Parpadeó con rapidez intentando alejarlas de su mente y giró la caja en dirección al periodista que lo observaba, impaciente.

Leroux la tomó en sus manos y respiró profundamente antes de contemplar su contenido...



8

Una vez se hubo refrescado y cambiado de ropa, Christelle se miró en el gran espejo de su habitación.

«Así está mucho mejor.»

Ya no veía ningún signo de fatiga en su rostro. Su pálida piel se había tornado sonrojada por el efecto bienhechor del agua y sus ojos, color miel, brillaban con intensidad sobre una sonrisa de satisfacción.

Se peinó sus cabellos castaños mientras observaba su nueva camisa de flores. Le quedaba perfecta sobre su esbelta figura.

Echó un vistazo a su habitación bañada con el sol otoñal que se filtraba a través de las ventanas. Multitud de partituras se hallaban esparcidas por su cama, algunas incluso se habían deslizado hasta el suelo; en su mesa, cerca del ordenador, pudo ver varios libros de música apilados en forma de columna, ocultando una fotografía enmarcada de sus padres y parte de un póster de *Lord of the Dance*; diversas notas de vivos colores salpicaban los estantes recordándole, entre libros y fotos, tareas pasadas y trabajos por hacer.

Christelle hizo una mueca de desaprobación. Tendría que recoger aquel desorden tras ayudar a su tío.

Se perfumó con su colonia favorita y saliendo de su habitación, comenzó a bajar las escaleras que comunicaban con el piso inferior. Al tercer peldaño, detuvo su acelerado descenso. A través de la barandilla había vislumbrado a su tío en actitud muy poco común. Se quedó repentinamente estática y se agachó para ver mejor.

El rostro lívido de Bernard, su agitada respiración y el temblor de sus manos la habían asustado y quiso averiguar qué estaba ocurriendo.

Pensó en bajar corriendo y preguntarle la razón de su notable nerviosismo, pero sabía que su tío le ocultaría cualquier circunstancia que pudiera preocuparla.

Así pues, decidió esperar y verlo por sí misma.

Sus ojos se abrieron con desmedida sorpresa cuando se percató de lo que su tío sujetaba entre sus manos. ¡Un violín! ¡Un violín negro!

Nunca había visto uno igual. Durante unos segundos no pudo evitar imaginarse a sí misma tocándolo, arrancando de sus cuerdas, bellas y diáfanas melodías. Aquella imagen era tan viva, tan nítida, que por un momento todo su cuerpo se estremeció.

Pero su ensimismamiento duró poco tiempo.

Bernard guardaba con angustiosa rapidez el extraño instrumento en su correspondiente estuche para depositarlo posteriormente en un gran arcón de madera. Christelle frunció el ceño, enfadada.

¿Por qué razón su tío le ocultaba un violín de esas características sabiendo su pasión por la música?

Siguió descendiendo las escaleras dispuesta a preguntárselo, pero súbitamente cambió de parecer. Si tío Bernard no había contado con ella, debía tener una muy buena

explicación... Quizá esperase hasta la cena; puede que le desvelara el «secreto» para entonces.

—Bueno, ya estoy lista —dijo, bajando el último escalón—. ¿Te ayudo?

—¿Qué...? —preguntó su tío con un gesto de asombro e inquietud—. Ah, sí, por supuesto...

Le señaló la última caja que había abierto y le dijo con una voz que sonaba súbitamente abstraída:

—Esta es la única que falta. ¿Podrías ir desembalando mientras yo...?

No pudo concluir. Una llamada telefónica le hizo volver a su despacho interrumpiendo sus palabras.

—Espera un momento, ahora mismo vuelvo.

Christelle vio cómo su tío aceleraba el paso hasta alcanzar el teléfono.

Con un suspiro, se acercó a la caja abierta y echó un vistazo a su interior. Distinguió varios objetos enterrados entre el serrín y las burbujas plásticas.

Se disponía a sacar uno de ellos, cuando a su mente acudió la imagen del violín negro. Se dio la vuelta muy despacio. Allí estaba el arcón. Paralizada, se quedó mirándolo varios minutos en los que su único e imperativo deseo era abrirlo y ver de nuevo su contenido... aquel magnífico instrumento que su tío había guardado con tanto recelo.

Ya había dado el primer paso hacia él, cuando Bernard abrió la puerta del despacho. Parecía estar muy agitado.

—¡Ya ni me acordaba! —exclamó mientras se ponía una chaqueta—. ¡Era el padre Claude, me está esperando en el Café Bazart desde hace más de media hora! Me llamó ayer, parece que quería enseñarme algo que ha encontrado... y con el ajetreo del inventario ¡lo había olvidado!

—¿Te refieres a tu amigo, el sacerdote de Sainte Rosalie?

—El mismo. Ya sabes que es un viejo amigo de la familia... ¡Me voy corriendo! No olvides acabar de desembalar el contenido de esa caja, ¿de acuerdo?

Salió precipitadamente del local. Christelle vio, a través del escaparate, cómo cruzaba la calle y se alejaba a gran velocidad rumbo a la Rue Henri IV.

No pudo evitar girarse de nuevo hacia el arcón.

Sin quererlo, se aproximó lentamente hasta él y se agachó para acariciar su pulida superficie.

La llave aún seguía en la cerradura. Tío Bernard se había precipitado demasiado en ocultar *aquello* sin tener tiempo suficiente para quedársela.

Con un rápido giro de muñeca, Christelle abrió la pesada cubierta del arcón que rechinó suavemente.

Introdujo ambas manos en él, y extrajo el oscuro estuche de cuero.

Se quedó observándolo con curiosidad y embeleso.

Al abrirlo, sintió una fuerte sacudida en todo su cuerpo.

El violín era más bello de lo que podía haber imaginado.

Se sintió súbitamente invadida por una extraña sensación. Su corazón había comenzado a palpar aceleradamente y sintió un sudor frío en la frente.

Aquel violín parecía estar llamándola con una voz susurrante y cautivadora, que hechizaba todos sus sentidos. Cierta sensación de poder emanaba de él, podía percibirlo.

Lo cogió con mano temblorosa y al hacerlo, sintió un escalofrío. La estancia misma parecía haber oscurecido y el aire se tornó denso y pesado, obligándole a respirar ahogadamente.

brocha y la criba; aprendió a cuadricular el terreno y a manejar el teodolito para asegurar las concretas mediciones necesarias.

Así mismo, se bebió toda la información que caía en sus manos a través de libros y mapas, estudió los jeroglíficos, llegó a descifrar la escritura hierática y a dominar la demótica e inclusive el lenguaje copto.

Se unió también a expediciones por Egipto, Siria, Persia, Turquía y Grecia, lo que hizo que después de quince años de aprendizaje con varios maestros, se pudiera asegurar, que sin haber estudiado en ninguna universidad, se había convertido en un magnífico arqueólogo y por añadidura en un buen traficante de antigüedades.

No todos sus descubrimientos fueron a parar a museos, sino que a buen precio, determinadas piezas, siendo objeto de deseo de coleccionistas sin escrúpulos, acabaron en anaqueles y peanas para recreo y admiración de unos pocos elegidos. *Atlante* conocía muy bien los canales de compraventa del mercado negro para las antigüedades milenarias y por añadidura sabía sortear, incluso con el soborno, las aduanas más exigentes.

Había anochecido ya cuando la puerta principal se abrió dejando a la vista de todos la inconfundible maleta de *Waterloo*, el historiador belga. Su color rojo era su seña distintiva y como todos sabían, siempre viajaba con ella, fuere donde fuere.

—Señores, siento el retraso, pero como dijo un general de Napoleón, cuyo nombre no mentaré: «lo bueno se hace esperar», aunque ahora que recuerdo, creo que se refería a una mujer y este no es el caso...

La broma del belga fue aplaudida por todos que inmediatamente se levantaron para saludar al recién llegado.

Su pasión por las campañas napoleónicas era bien conocida por sus compañeros de hermandad, así como el buen humor que lo caracterizaba. Era profesor en la Universidad de Lovaina en donde su prestigio era reconocido por todos y especialmente por los alumnos, dada la vehemencia con la que impartía sus clases y la amplitud de conocimientos de los que les hacía partícipe.

Sin embargo, sus verdaderas investigaciones jamás llegaron a la vista ni a oídos tanto del claustro como de sus estudiantes. Sus descubrimientos históricos formaban parte de su secreto del que únicamente eran conocedores los integrantes de la *Société Hermes*.

Una vez que se hubieron reunido todos en el salón, se pusieron en pie y con sus copas utilizaron el saludo ritual que tenían por costumbre pronunciar la primera noche:

—Elevemos nuestras copas para que Hermes nos siga guiando en el sendero de lo que en el mundo aún está oculto y por descubrir. ¡Por ti, Psicopompo!

Tras el consabido apóstrofe hacia el dios griego, continuaron la tertulia de una forma animada y trivial hasta que el cansancio y el vino les conminaron a todos a retirarse a sus respectivas habitaciones en busca de un merecido descanso tras la agotadora jornada.

La calma de la oscura noche no parecía augurar los terribles acontecimientos que horas después iban a suceder, truncando el destino de la *Société Hermes* y, especialmente, de alguno de sus componentes.



12

El despertador sonó con insistencia en la mesilla, pero Christelle tardó varios minutos en percatarse de ello.

Entornó los ojos y alargando un brazo, lo apagó semidormida.

Aquel no había sido un buen fin de semana y aunque había deseado en varias ocasiones que el lunes llegara, ahora no le parecía tan buena idea comenzar el día ensayando en la *Cité de la Musique*. Solo quería refugiarse bajo las sábanas y olvidar que más allá de la ventana de su habitación el mundo la estaba esperando.

Escuchó a su tío preparar el desayuno y pensó, con un bostezo, que ya iba siendo hora de levantarse.

Se dirigió al cuarto de baño y se miró en el espejo. Sus ojeras y su palidez delataban las continuas noches de extrañas pesadillas que había sufrido tras tocar el violín «prohibido». Aquella experiencia la marcó profundamente y el silencio de su tío respecto a ese tema, dificultaba su comprensión de todo cuanto había sucedido aquella tarde.

Se vistió apresuradamente y cogiendo el estuche con su violín, bajó las escaleras.

—Buenos días —dijo Bernard con rostro risueño—. ¿Has desayunado ya?

—No tengo tiempo, ¡llego tarde a clase!

—Tienes mal aspecto, ¿seguro que te encuentras bien?

Christelle no pudo evitar fijarse en el *chaise-longue* que ocultaba el acceso al sótano, donde reposaba el violín negro.

—Sí. He pasado una mala noche, eso es todo.

Su tío la miró con ojos preocupados.

—No te inquietes —le aseguró la joven con una sonrisa algo forzada, mientras le daba un beso en la mejilla—, estoy bien; además, hoy no volveré muy tarde.

Después de salir de casa y tras llegar al metro de la estación Bastille, se encontró con un verdadero hormiguero de personas dirigiéndose a sus respectivos trabajos.

Christelle aceleró sus pasos y entró en él, segundos antes de que sus puertas cerrasen de forma automática.

No había un solo asiento libre, por lo que tuvo que conformarse con asirse en una de las barras metálicas que compartía con otros viajeros.

Nunca le había gustado demasiado el metro a aquellas horas de la mañana. El ajetreo de aquella masa bulliciosa de gente abriéndose paso a toda velocidad e incluso empujando sin miramiento alguno, no era precisamente de especial agrado para ella. Su carácter más bien introvertido estaba en total discrepancia con cualquier tipo de aglomeración o tumulto.

Pensó, mientras su cuerpo se mecía al ritmo del suburbano, en el poco tiempo que había dedicado a ensayar aquellos días, tal y como le había sugerido el maestro Boldizsár; sin embargo, confiaba firmemente en su propia habilidad con el violín y trató de no darle mucha importancia.

«Seguro que todo saldrá bien. Únicamente debo esforzarme un poco más en los

andantes.»

Cuando salió del metro, en Porte de Pantin, agradeció la caricia en su rostro de la fresca brisa que llegaba del Norte y que despejó todos sus sentidos.

Al llegar a La Villette, distinguió, entre diversos estudiantes, a su amiga que la esperaba desde hacía un buen rato. Su altura, su pelo corto y rubio, su bohemia forma de vestir siempre con pantalón vaquero y un chaleco de mil colores, eran la perfecta impronta de su carácter alegre y desenfadado.

—Ya era hora, dormilona, ¡creí que ya no vendrías!

Siempre quedaba con Cloe en la entrada de la Cité para continuar juntas el trayecto hasta su lugar de ensayo.

Christelle se disculpó sonriendo, mientras trataba de evitar la mirada de escrutinio de su amiga.

—¿Y esa cara? Parece que no hayas dormido en toda la noche.

La joven se quedó en silencio mientras caminaban. Sentía la angustiosa necesidad de contarle todo cuanto le había sucedido, deshacer aquel nudo gordiano que la había perturbado durante el fin de semana, pero...

¿Podía confiar en su amiga?

Conoció a Cloe cuando ambas eran niñas. Habían sido compañeras de juegos y estudios desde que podía recordar y aunque debía reconocer que era un tanto alocada, siempre había contado con su ayuda y amistad, tanto en los buenos como en los malos momentos.

Curiosamente, eran dos amigas bien distintas. La personalidad de Cloe se distinguía por su extroversión y su elocuencia mientras que en Christelle siempre primaba la timidez y la quietud, rasgos que hacían que se compenetrasen a la perfección.

Tocaba el violín, al igual que ella, pero no contaba con esa sensibilidad propia de los buenos músicos; para Cloe, el violín era tan solo un instrumento con el que podía ejecutar de mejor o peor manera, una partitura.

Aun así, Christelle la adoraba y compartía con ella todo cuanto le sucedía.

Pero en aquella ocasión, dudó. En su foro interno reconocía que lo que había tenido lugar aquella tarde de viernes era una locura y bastante difícil de creer.

¿Cómo podría confiárselo a su amiga sin que surgiesen las más curiosas preguntas?

—A ti te ocurre algo, ¿verdad?

Christelle apretó fuertemente los labios sintiendo como la sangre acudía a ellos; la presión podía con ella.

—Vamos, suéltalo ya —le apremió Cloe con un leve empujón amistoso.

—Prométeme que si te lo cuento todo, no se lo dirás a nadie ni te reirás de ello.

—Christelle, somos amigas desde hace mucho tiempo; por supuesto que te lo prometo. Puedes confiar en mí.

Detuvo sus pasos ante el Conservatorio Nacional de Música y mirando fijamente a su amiga, comenzó a narrarle los extraños sucesos acontecidos la misma tarde en que se despidieron.

Al principio, su voz sonaba firme y segura; sin embargo, conforme avanzaba en su relato, las pausas se repitieron con mayor frecuencia y el volumen de su voz fue decayendo hasta constituir un mínimo susurro.

Le habló del violín negro, de las abrumadoras visiones, de la inquietante sensación que emanaba de ellas, del silencio de su tío...

Cuando finalizó, Cloe abrió la boca muy despacio y con los ojos

desproporcionadamente abiertos le preguntó:

—Seguro... ¿seguro que no lo soñaste?

—¿Cómo se supone que voy a quedarme dormida de pie, en medio del anticuario, tocando sin saber exactamente qué música, un violín que no es mío? —Tras un breve silencio volvió a hablar con rotundidad—. Además, tengo la prueba, y es la existencia de ese violín. Mi tío lo guardó en el sótano y allí debería quedarse para siempre.

Christelle pudo percibir por su forma de mirarla que su amiga no sabía muy bien qué decir. Fue en aquel momento cuando se dio cuenta de su error. No debería haberle contado ni una sola palabra.

«Esta es una de esas cosas que no deben airearse tan fácilmente. Seguro que ahora Cloe me toma por loca.»

—Sabía que no me creerías —le confesó con desánimo.

—No digas eso. Únicamente es difícil de comprender, eso es todo. ¡Quizá estabas demasiado cansada! Los ensayos con el señor Boldizsár son agotadores...

—Sí, puede que fuera eso... —Christelle tenía que terminar aquella conversación cuanto antes. Se sentía un tanto incómoda y abatida—. Vamos —dijo con tristeza observando su reloj—, llegamos tarde.

Cloe no dijo nada. Se limitó a seguirla hasta su aula correspondiente. Para ella, el cansancio era el causante de la experiencia de su amiga, nada más.

Cuando entraron en la sala, el maestro Boldizsár ya estaba en ella. Les señaló el reloj en la pared con un gesto de desaprobación y les indicó que podían tomar sus respectivos asientos.

—Muy bien, ya estamos todos. Retomemos el Concierto número tres para violín de Mozart. Esta vez, ejecutaremos el Rondo en Sol mayor.

Todos los alumnos comenzaron a afinar sus instrumentos, y como de costumbre la sala pareció enloquecer con aquellas notas discordantes y caóticas. Constituía el mismo ritual de iniciación antes de un ensayo o incluso de un concierto.

Christelle extrajo el violín de su estuche con celeridad y lo colocó en posición. Ella era «el primer violín» y sabía que el Rondo era una de las piezas que debía interpretar casi exclusivamente sin acompañamiento; pero súbitamente percibió que algo no iba del todo bien. Sus manos temblaban al sostener el instrumento y su corazón se aceleraba por momentos.

Boldizsár echó un rápido vistazo a su *particella* y golpeó dos veces su batuta contra el atril; se hizo el silencio y tras unos segundos en los que todos estuvieron pendientes de él, dio la orden a sus alumnos de atacar la pieza.

Las flautas comenzaron a tocar uniéndoseles los alegres pizzicatos de los violines.

Sin embargo, la música se detuvo.

Todos los ojos se dirigieron a Christelle, que se había quedado inmóvil, con el violín en el mentón y la mirada perdida.

Era plenamente consciente de cuanto sucedía a su alrededor, pero no lograba concentrarse. Las notas en negrita de su propia partitura saltaban ante sus ojos y se percató de que sus manos no obedecían a su cerebro.

—Mademoiselle Christelle —pudo escuchar la voz del maestro mientras seguía luchando por tocar su parte.

—Señorita Christelle —volvió a insistir—, ¿qué ocurre? ¿Algún problema?

La joven movió la cabeza agitadamente, como si saliera de un mal sueño, y miró a su profesor sin saber muy bien qué decir.

—¿Quiere tocar sus acordes usted sola durante un momento, por favor?

Christelle asintió, aturdida.

Trató de poner su instrumento en posición y cuando se dispuso a tocar fue como si una densa niebla se apoderara de sus sentidos, produciéndole de nuevo un ataque de pánico...

Sus manos temblaban sin control siendo incapaz de crear una sola nota.

A su mente acudían sin cesar las imágenes que había engendrado el violín negro y el miedo a tocar una vez más, se generalizó en todo su cuerpo.

—Parece que tenemos un problema —dijo Boldizsár con voz grave—, ¿quiere venir un momento, por favor?

Christelle exhaló aire tratando de normalizar su respiración.

Depositó el violín encima de su estuche y con paso poco firme, se dirigió hacia su profesor, situado tras el atril.

Pudo escuchar los susurros de sus compañeros mientras caminaba y se lamentó de que sus nervios le estuvieran jugando una mala pasada.

¡Ella que siempre había hecho gala de su serenidad y pericia con el violín!

El maestro Boldizsár la estaba esperando de pie mientras jugaba con la batuta entre sus dedos.

Su semblante mostraba signos de preocupación.

Christelle no pudo evitar bajar la cabeza, avergonzada.

—¿Qué le ha ocurrido, Christelle? Lo que acaba de tener lugar no es propio de usted —le dijo con voz queda, tratando de este modo que nadie del aula pudiera escucharle.

La joven no sabía qué responder; intentó sostener la mirada a los indagantes ojos de su profesor, sin éxito.

—Yo... no sé qué me ha pasado. Estaba muy nerviosa. —Sintió la súbita necesidad de huir. Boldizsár era su maestro predilecto, ¿le había decepcionado? ¿Cómo podía explicarle lo que realmente le sucedía?

—¿Nerviosa? Usted siempre se ha caracterizado por su ánimo tranquilo y su seguridad. Además, esto no es un examen, ni siquiera un pequeño concierto; no hay lugar para los nervios.

Christelle comenzó a sentir un leve dolor de cabeza y náuseas en el estómago; se estaba mareando.

—Lo siento. Podría... ¿podría salir de la clase un momento, por favor?

—No tiene buen aspecto —dijo con intranquilidad su profesor—. Bien, puede irse, pero regrese en cuanto se sienta mejor y pase por mi despacho. Seguiremos hablando.

La joven asintió y salió corriendo precipitadamente hacia la puerta con su violín bajo el brazo. Todos sus compañeros la observaron con asombro mientras abandonaba la sala. Sin saber exactamente hacia donde se dirigía, atravesó La Villette y acabó de nuevo en el metro casi sin percatarse de ello. Su mente estaba abotargada, repleta de confusos pensamientos que no le permitían esclarecer mínimamente sus ideas. Comenzó a percibir que las lágrimas recorrían suavemente sus mejillas, y observó que algunas personas del vagón, no dejaban de observarla con una expresión interrogante.

Trató de controlarse y haciendo caso omiso de las miradas de curiosidad, fijó su vista en la oscura nada a través del grueso cristal.

Había decidido dónde dirigirse.

El lugar que había determinado le había servido en muchas ocasiones para tranquilizar sus incertidumbres y temores clásicos de juventud: el puente de Notre-Dame.

Cuando llegó, los pequeños puestos de libros antiguos al lado del Sena habían abierto ya sus singulares puestos de venta, lo que siempre daba una nota alegre a los antepechos que limitaban el cauce del río. Los libros antiguos con sus colores demacrados por el paso del tiempo, la diversidad de pósters y láminas, las nuevas y viejas postales sobre París... Todo ello conformaba un típico cuadro de las riberas del afamado río.

Christelle se apoyó unos instantes y contempló aquella estampa que tan bien conocía desde niña. Ante ella, los clásicos *bateaux-mouches* atravesando lentamente con sus quillas las oscuras aguas, dejando tras de sí una espumosa estela. En uno de ellos, pudo distinguir a varios turistas fotografiando el grandioso Palacio de Justicia con sus cónicos chapiteles. Siguiendo el trayecto del barco, no pudo evitar elevar su mirada y distinguir las góticas torres mochas de Notre-Dame bañadas por el sol de mediodía, lo que confería a su piedra una tonalidad especial que resaltaba magníficamente entre los demás edificios.

El intenso tráfico que circulaba a sus espaldas no atenuó la abstracción que en aquellos instantes poseía a Christelle. Revivió los maravillosos paseos que por allí daba con sus padres, la calidez de sus manos, la sonrisa de su madre y su aterciopelada voz llamándola cada vez que se separaba de ella para observar de cerca la diversidad de objetos que ofrecían los puestos de libros antiguos.

La lejanía de aquellos años no había mermado la viveza de unos recuerdos que ahora afloraban a su memoria como fragmentos imborrables.

Durante unos largos minutos, la placidez y la tranquilidad habían invadido el espíritu de Christelle. En su rostro se reflejaba serenidad, lo que indicaba que al menos de momento, su inquietud por lo que acababa de suceder en La Villette había desaparecido.

Se dispuso a caminar lentamente con el violín entre sus brazos cuando una musiquilla familiar surgió en el interior de su bolso. Sobresaltada, cogió su móvil y comprobó que era su amiga Cloe quien la llamaba. Por unos segundos estuvo tentada de contestar, pero sin saber por qué dejó que la musiquilla continuara sonando. No tenía ganas de hablar con nadie. Deseaba estar sola y que aquellos momentos fueran únicamente suyos.

Al otro lado del teléfono, Cloe advirtió que la voz de Christelle salía en su buzón de voz. Un tanto contrariada, le dejó un mensaje para que la llamara en cuanto pudiese.

Su amiga se dirigía hacia la cafetería del Conservatorio cuando la voz del maestro Boldizsár interrumpió sus pasos.

—Señorita Cloe, quisiera hablar con usted un momento.



una multitud famélica que con expresión de angustia observa el macabro paso de aquella comitiva. Lo más significativo era que la obesa figura a la que portaban, iba adornada de joyas y rodeada por diversas cornucopias que le arrojaban monedas de oro y piedras preciosas. Alrededor de su cuello, un enorme toisón dorado con el símbolo de El Vaticano y sobre su cabeza la ojival tiara papal engarzada de perlas, rubíes, esmeraldas, *etc.* Tras ellos, el pintor había dibujado una guardia personal fuertemente armada con espadas y lanzas, a lomos de unos corceles que emanando fuego de sus hocicos, parecían amenazar furiosamente a la pobre y hambrienta multitud que extendía sus huesudas manos en actitud de petición hacia ellos —*Mantegna* calló unos segundos para recuperar el aliento y tras observar la atención que sus compañeros le estaban prestando, continuó—: lamentablemente, estos bocetos no llevan firma alguna por lo que me imagino que mi investigación para descubrir si esos dibujos llegaron a plasmarse en un lienzo, va a ser un reto difícil, pero a cualquier investigador le llenaría de satisfacción el poder llegar a descubrir el nombre de su autor y el paradero del cuadro. Creo que todos habréis podido comprender el significado del mismo y la irónica intención del artista.

Una vez que el italiano hubo terminado su exposición, los comentarios al respecto fueron elevando el tono de la conversación que poco a poco fue derivando hacia el tema de la influencia que El Vaticano había ejercido durante siglos.

Mientras todos estaban inmersos en la discusión y cada uno aportaba sus opiniones, Leroux se mantenía en silencio y con la mirada perdida en el paisaje que podía ver a través de una de las ventanas.

Por su mente y como si de una exposición rápida de cuadros se tratase, iban apareciendo imágenes del pasado: sus primeras investigaciones sobre los hechos ocurridos en la Ópera Garnier, sus contactos con el director de la misma, su conversación con el Daroga y aquel misterioso libro rojo del que le había hecho entrega y que en esos mismos instantes permanecía oculto en uno de los bolsillos de su americana.

El mismo libro, que con su lomo cosido a mano y con sus páginas escritas y dibujadas en tinta roja, parecía gritarle con desesperada súplica que no desvelara su contenido a nadie y que su secreto permaneciera así para siempre.

Leroux no quería traicionar la confianza que el Daroga había tenido en él haciéndole depositario de aquel libro, pero por otra parte también debía lealtad a la *Société Hermes* y era sabedor desde hacía meses que el Persa había fallecido, lo que de alguna manera le hizo pensar que tenía ya plena libertad de acción.

Inmerso en sus pensamientos, permanecía sin participar en el debate generado por sus compañeros cuyas voces llegaban hasta él como un monótono murmullo.

Repentinamente, se levantó de su asiento y exclamó:

—¡Caballeros! Les ruego me presten atención.

Todos los allí presentes alzaron la vista hacia él y lo miraron con asombro.

Parecía notablemente nervioso, pero muy seguro de sí mismo, lo que les hizo intuir que iban a ser partícipes de un hallazgo extraordinario.

—Como ya sabéis, en estos últimos tres años mis investigaciones han girado en torno a una leyenda generada en las entrañas de la Ópera Garnier de París. Su historia, me permitió comenzar una novela que durante este tiempo me ha obsesionado. El llamado Fantasma de la Ópera ha constituido todo un reto para mí y aunque realicé varias pesquisas y entrevistas con trabajadores de la *Académie de Musique* y su propio director, este mito seguía siendo un enigma sin resolver.

Tras una breve pausa en la que pareció dudar acerca de lo que iba a narrar a

continuación, prosiguió hablando:

—Hoy puedo deciros que he concluido mi novela, aunque en ella no se halla reflejada toda la realidad de los hechos. Y ello es debido a un juramento que le hice a un extraño personaje. Este, conocía muy bien al Fantasma y me aseguró que no tenía nada de sobrenatural, confesándome no solo la existencia de este hombre, sino su prodigiosa naturaleza e inteligencia.

Mi libro será publicado dentro de unos meses y podréis leer la asombrosa historia que este misterioso confidente compartió conmigo; en él afirmo la existencia de Erik, el nombre del Fantasma, sin ningún tipo de dudas. También os puedo decir que en algunas partes del mismo, he empleado nuestro singular *Lenguaje de los pájaros*, aunque supongo que pocos serán aquellos que puedan comprender su significado. Mi seguridad respecto a este tema proviene de una excepcional prueba de la que soy poseedor.

Diciendo estas palabras, introdujo una mano en su americana y extrajo el pequeño libro de cubierta roja, exhibiéndolo a todos los integrantes de la hermandad.

—En este insólito libro de notas, reside el juramento que le hice a la persona que me confió los secretos del Fantasma. Sus páginas son la prueba real de que este ser existió ya que se hallan escritas de su puño y letra. Es, por así decirlo, su cuaderno de viaje. Aquí dejó constancia de sus diversos hallazgos, conocimientos, vivencias, planes, razonamientos...

Aunque juré no mostrarlo nunca a otros ojos que no fuesen los míos, también me debo a esta hermandad y por lo tanto, os he hecho partícipes de su existencia. Sin embargo, permitidme que no desvele su contenido por ahora.

Deseo estudiarlo y desentrañar sus entresijos en profundidad, lo que me imagino me llevará tiempo y esfuerzo, dado que parte de él parece que ha sido escrito de una forma encriptada y algunos de sus dibujos son inexplicables. De todo esto deduzco que el así llamado Fantasma poseía una inteligencia muy superior de lo que podamos imaginar: hay partes en el libro escritas en griego antiguo, otras en ruso e incluso en árabe. Indistintamente de las lenguas que pudiera saber, os puedo asegurar por mis investigaciones anteriores, que el lenguaje de la música era su pasión más ferviente y que su vehemencia por alcanzar la perfección en este campo era toda su vida. Según pude averiguar estos años atrás, y gracias a mi secreto confidente, dominaba la música en todos sus campos tanto a nivel de historia como de ejecución, siendo un prodigioso compositor, un maestro de la voz y un experto en todos los instrumentos musicales conocidos.

Leroux hizo un inciso encendiendo un cigarrillo mientras contemplaba como todos los presentes permanecían atentos a su monólogo.

—Así mismo también os puedo decir que sus conocimientos en el campo de la construcción y la arquitectura estaban muy por encima de algunos profesionales tan afamados hoy en día.

»Sin duda era un ser fuera de lo común. Se desconoce su procedencia exacta aunque todos los indicios apuntan a alguna aldea cercana a Rouen. Este dato no he podido confirmarlo todavía. Parece ser que nació con una deformidad en su rostro lo que le marcó psicológicamente durante toda su vida, teniendo incluso que portar una máscara para evitar el rechazo de la gente y por añadidura las burlas más sangrientas.

»Ignoro por completo dónde pudo adquirir tales conocimientos, si fue ilustrado por maestros en cada campo o su superior inteligencia le dio la capacidad de ser el perfecto autodidacta. Sí en cambio puedo asegurar, y ello está reflejado en mi novela, que lo que jamás pudo alcanzar fue el amor de aquella de quien se enamoró perdidamente tras haberle enseñado a cantar magistralmente en la Ópera Garnier.

»Os he comentado anteriormente que no quiero desvelar todavía todo el contenido de este misterioso libro en el que en ocasiones están escritos maravillosos poemas y vivencias muy íntimas y es en estas dos formas literarias en donde curiosamente he podido advertir que siempre termina con una frase enigmática:

«La clave de mi existencia está en mi violín...».

—¿La clave? —*Atlante* sorprendió a todos con su exclamación—. ¿A qué se refiere con esa frase?

—Realmente no lo sé —contestó Leroux—. Tendría que estar en la mente de este hombre extraordinario para poder interpretar su significado. Como os he dicho, la repite en varias ocasiones a lo largo del libro. Os leeré un fragmento.

Dicho esto, cogió el pequeño libro y buscó entre sus páginas hasta encontrar unos párrafos concretos.

Oculto a la humanidad, a salvo de su mirada lacerante, de su infernal mundo. . . así deseo morir. ¿Cuánto tiempo he dedicado a este templo de Apolo? ¿Cuántas noches mi sombra ha surcado sus entrañas para construir en ellas mi morada? La Ópera se ha convertido en mi secreto y sagrado santuario. Bajo sus innumerables escaleras, esbeltas estatuas, marmóreas columnas y crueles espejos, mi reino de la oscuridad se yergue como una gigantesca criatura cuyo doloroso parto ha consumido mi vida durante largos años. Me siento extrañamente satisfecho de permanecer aquí, atrincherado en mi propia tumba, entre mi música, esperando ver pasar ante mí los pocos años que intuyo me quedan. Sin ella, mi miserable vida no tendría sentido. Bajo su efecto bienhechor, el mundo desaparece y con él mi propia existencia. Mi música. . . ¡qué mejor lugar para engendrar sus notas que en la Ópera que yo mismo ayudé a diseñar! Es irónico pensar que mis partituras nunca verán la luz del sol. Qué importa. Los hombres no están preparados para ellas y yo mismo no deseo compartirlas con nadie. Aunque quizá no esté siendo sincero conmigo mismo. . . Mi música es la razón de que aún siga respirando. . . y es también mi condena. Me hallo prisionero de cada pentagrama, cada clave de sol, cada armónico. . . Pero debo terminarla, componer hasta que se agote mi escaso tiempo o mi alma quedará irremediabilmente perdida en un mundo inexistente. Necesito tener la certeza de que podré descansar una vez que ya no pertenezca a esta sombría realidad. Por ello, debo seguir componiendo aunque cada nota sea tan dolorosa como una gota de sangre que emana de mis propias heridas. La clave de mi existencia se halla en mi violín. . .

El silencio inundó toda la estancia.

Leroux cerró el libro y comprobó que todos los presentes tenían la mirada fija en él, con los interrogantes reflejándose en sus rostros, como pidiendo una explicación a lo que acababa de leer.

—Quisiera hacerte una pregunta —se aventuró a decir *Normando*—, según lo que acabamos de escuchar, el enigmático autor de ese libro ¿nos está queriendo decir de alguna

forma que fue él quien diseñó el Palais Garnier? Si es así, creo que convendréis todos conmigo en que este personaje peca de pretencioso o está loco de atar, pues todos sabemos que fue Charles Garnier quien ganó el concurso imperial para la construcción de la nueva Ópera.

La conclusión de *Normando* hizo que todos aprobaran su observación.

—Estoy totalmente de acuerdo —exclamó *Esperanto*—, este hombre debió haber perdido la cordura a lo largo de sus años y de sus fantasiosos viajes; además, ¿qué pruebas tenemos o podría aportar él para sostener dicha afirmación?

Dálibor, el músico moldavo, tomó la palabra con su acostumbrado aire de superioridad.

—Yo estuve en la Ópera de París hace algunos años invitado por Monsieur Gailhard, director de la misma; fue para la inauguración de la temporada y creo recordar que se representó el *Orfeo* de Gluck. Es cierto que entre los chismorreos clásicos que se originan en estos actos, escuché a modo de comentario jocoso, la expresión Fantasma de la Ópera refiriéndose a una leyenda que había pervivido durante muchos años en dicho edificio. Pero esto no es un hecho aislado ni insólito puesto que en muchos teatros de Europa suele darse el mismo fenómeno y no deja de ser sino simplemente un mito basado en supersticiones de actores, bailarinas, *etc.* Os puedo dar un ejemplo: en el Royal Albert Hall de Londres, existen varios espíritus errantes. El más célebre es Henry Willis, también conocido como «padre Willis», que en vida diseñó el órgano de ciento cincuenta toneladas que alberga la sala de conciertos. Se dice que vaga por las noches vestido con traje victoriano recorriendo las vastas extensiones del edificio. Y de esta forma, os podría referir más casos, pero creo que no será necesario. Estaréis de acuerdo conmigo en que este tipo de supercherías y leyendas de escenario, las acaba creyendo la gente como realidades absolutas, en parte para tener algo de qué hablar que no sea de sus anodinas vidas y por añadidura, porque este tipo de fantásticas historias les encantan a todo el mundo.

Leroux volvió a encender otro cigarrillo manteniendo el semblante serio y sin dejar de observar a sus compañeros de hermandad. Su ánimo se había sentido terriblemente contrariado por las opiniones allí vertidas, tanto que en un gesto casi de rabia, retiró el libro de la mesa y se lo guardó.

En ese momento fue *Atlante* quien se levantó y dirigiéndose a todos exclamó:

—Estoy de acuerdo hasta cierto punto, ya que mi experiencia me ha demostrado en varias ocasiones que toda leyenda tiene una base de realidad, por mínima que esta sea. ¿Y si lo que nos ha mostrado *Gargantúa* fuera cierto? ¿Y si en realidad ese hipotético Fantasma hubiera sido real? ¿Qué me decís de esa última frase tan reiterativa...?

Dálibor le cortó bruscamente.

—¿Y si...? ¿Y si...? ¡Estás hablando solo de conjeturas sin valor histórico alguno! Aunque conociéndote como te conozco, quizá estés pensando en otra cosa posiblemente más lucrativa para ti.

Atlante se volvió hacia él en una actitud amenazadora.

—¡Señores, por favor! —exclamó *Mantegna* interponiéndose entre los dos—. Mantengamos la calma, somos caballeros.

—Unos menos que otros —repuso *Dálibor* con ironía dando la espalda al inglés. Este, por su parte, le ofreció un gesto de desprecio y fue en busca de una copa de vino.

Leroux, que había permanecido en absoluto silencio, tomó la decisión de no hablar más del tema y pidiendo excusas a todos, subió hacia su habitación.

Una vez allí, se quitó su chaqueta y con el libro rojo en sus manos, se sentó frente a su

pequeño escritorio. Sin abrirlo, lo contempló durante largos minutos mientras en su cabeza resonaban todavía las palabras de incredulidad que acababa de escuchar por parte de todos los miembros de la *Société*. En realidad se sentía decepcionado por aquella actitud que le habían demostrado, pero en un momento determinado, un razonamiento le hizo sonreír levemente.

«He cumplido mis dos juramentos: revelar la existencia de este críptico y maravilloso libro a unos escépticos, por lo que creo que ya he cumplido con ellos. Y por otro lado, aunque solo en parte, sigo manteniendo la palabra que le di al Daroga, puesto que el otro secreto que me confió sigue estando bien guardado.»

Abrió delicadamente el libro y buscó entre sus páginas un fragmento que, aunque había leído en varias ocasiones, siempre lograba fascinarle.

He conocido la crueldad del mundo en mi propia piel. Su desmedido odio y repulsión han dibujado una estela de rencor que permanecerá indeleble en mi alma. Quizá sea esa la razón de mi creciente ira. . . un sentimiento que nunca se apaga y del que se nutre todo mi ser. Pero, ¿acaso se puede recriminar mi comportamiento a lo largo de mi existencia? ¿No soy sino el fruto de una sociedad que aplasta a los más desfavorecidos?

En mis viajes he podido apreciar de cerca la inhumanidad y el desprecio hacia todos los marginados. Reyes sentados sobre tronos de oro que observan imperturbables cómo muere su pueblo en guerras inútiles o roídos por el gusano del hambre. Magnates que se enriquecen con la sangre y el sudor de trabajadores que subsisten con sueldos miserables que apenas les da para mal comer. Seres bastardos que niegan su ayuda a otros solo por el hecho de ser ciegos, lisiados o simplemente enfermos. Puede que Dios no estuviera en el vientre de mi madre cuando yo fui creado, pero tampoco está presente en la humanidad, dejando que se produzcan toda clase de iniquidades, a veces, en su nombre. ¿Creo yo mismo en Dios? Sinceramente no lo sé. ¿Cómo puede existir alguien que permite tales atrocidades en un mundo que él mismo ha creado? Quizá no sea Dios el culpable, sino nosotros, pobres mortales, que en ocasiones nos creemos dioses y por tanto con derecho a juzgar y sojuzgar a nuestros semejantes.

A mi memoria regresan en ocasiones amargos recuerdos, como si de lacerantes agujas se tratase. Uno de ellos ocurrió en Egipto hace años. . . Me había dirigido a Saqqara, un lugar que me interesaba sobremanera por su célebre pirámide escalonada, la llamada Pirámide de Zoser. El monumento en piedra más antiguo del mundo y su constructor el primer arquitecto reconocido: Imhotep. Sus múltiples facetas: arquitecto, médico, mago, músico, etc., me habían fascinado quizá porque yo mismo parecía seguir sus pasos. . . Fue en ese pueblo cercano al Nilo, cuando lo vi. Un niño de aproximadamente unos diez años se hallaba labrando la tierra bajo un sol abrasador. Su constitución era dramáticamente débil y observé con un nudo

en la garganta como sucumbía una y otra vez al cansancio, derrumbándose en el fango con un lamento de dolor. Por aquel entonces mis habilidades médicas se hallaban muy avanzadas y pude certificar sin mucha dificultad que ese niño estaba siendo víctima de una grave enfermedad, posiblemente la malaria. Un hombre se acercaba de vez en cuando para comprobar el trabajo realizado por el niño. Cuando observé que comenzaba a azotarlo con una larga vara, sentí como la furia se apoderaba de mis sentidos. Todavía hoy sigo pensando por qué lo hice. Quizá por entonces aún creyese en las buenas acciones. . .

Me acerqué rápidamente y le grité a aquel despreciable tipo si era su hijo. Haciendo caso omiso, levantó su vara de nuevo para golpear al niño que estaba caído sobre el barro. Con un fuerte movimiento arranqué la vara de su mano y lo derribé. Ya en el suelo y aunque yo llevaba un litham que cubría prácticamente mi rostro, pude percibir como miraba aterrado mi máscara. Con sus manos hizo gestos para que no lo golpeará más. Desde el suelo y desafiante, confirmó mis sospechas: aquel niño era un esclavo que había comprado hacía un par de años a una caravana de mercaderes. El pequeño permanecía completamente empapado por el barro y mirándome con ojos enrojecidos, parecía agradecer mi intervención. Con mi mano izquierda en uno de mis bolsillos, había cogido ya el Lazo del Punjab dispuesto a hacerlo silbar en el cuello de aquel ser despreciable. Hubiera sido tan fácil acabar con su vida. . . Sin embargo, me abstuve de hacerlo. No quería manchar mis manos de nuevo, y menos delante del niño. Le pregunté secamente cuánto pedía por él. Al principio no pareció entender la pregunta, pero al cabo de unos segundos la codicia apareció en sus ojos haciéndolos brillar obscenamente. Cinco mil piastras. Ese fue el precio por su libertad.

Recuerdo que mientras él se relamía contando el dinero, yo alcé al niño en mis brazos y lo llevé a mi campamento constituido por una sola tienda de campaña. Sus espasmos y alta fiebre, no me dejaron muchas dudas: efectivamente era malaria. Estuve a su lado tres días y tres noches, administrándole quinina intentando bajar la temperatura de su cuerpo. Llegué inclusive a susurrarle canciones para que permaneciera dormido y lo más tranquilo posible. Desgraciadamente, había llegado demasiado tarde y la enfermedad se había apoderado de aquel pequeño sin que mis cuidados surtieran el efecto deseado. Murió en mis brazos un atardecer. Creo que ha sido una de las escasas veces en mi vida que he derramado lágrimas por alguien. Espero sea la última.

He recordado este episodio de mi existencia a más de cuatro pisos bajo tierra, escondido como una alimaña, prisionero de un mundo que no es el mío. Un mundo que destierra a los suyos por el mero hecho de ser diferentes. ¿No acabarán nunca mis días? ¿Hasta cuándo he de sobrevivir siendo una sombra

y no podían evitar sentirse momentáneamente hechizados por su hermético significado.

Alzaron su vista hacia la nívea bóveda de arista que se hallaba sobre sus cabezas y observaron detenidamente los dibujos creados en sus cuatro costados: en su extremo derecho un sol en forma de rostro parecía mirarlos con su único ojo, mientras una parte de él era consumida por un eclipse. Al otro lado se hallaba una media luna flanqueada por dos estrellas rojas.

—El Sol negro... —murmuró Leroux conocedor del significado que los alquimistas le habían otorgado al astro rey.

En el centro de la bóveda, pudieron admirar un nuevo fresco: una cruz alegórica a la redención del ser humano, se hallaba rodeada por un círculo anaranjado, símbolo de la Tierra.

—Según los sabios alquimistas, en el centro de esta cruz se halla un misterioso planeta, desconocido por el hombre —dijo en voz queda *Esperanto*—. Nadie sabe lo que quiere representar en realidad.

Bajo la cruz, divisaron las siglas I.N.R.I.

—Recordad que no significan únicamente las iniciales del título en latín que Poncio Pilatos escribió sobre la cabeza de Jesucristo en la cruz, *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum* —señaló de nuevo *Esperanto*—, su significado esotérico va más allá: *Ignis Natura Renovatur Integra*. Es un lema de los Rosacruces, que significa la naturaleza renovada por el fuego.

Todos asintieron admirados por el secretismo de aquellas imágenes.

Había transcurrido más o menos media hora desde su entrada al monasterio cuando súbitamente, escucharon una exclamación proveniente de *Dálibor*.

—¿Qué ocurre? —preguntó *Mantegna*.

—Es la cámara de fotos... la he olvidado en la mansión —repuso el moldavo elevando sus manos en actitud de disculpa. Se trataba de una antigua cámara de fuelle Kodak Brownie que había adquirido en uno de sus viajes a Estados Unidos.

—Te esperaremos aquí —intervino *Waterloo*.

Dálibor sujetó su bastón con fuerza y salió del edificio en dirección al caserón.

Aun a pesar de su cojera, provocada al caerse de un caballo en su juventud, su paso era bastante firme y tardó poco en llegar.

Con alguna dificultad subió los empinados escalones apoyándose en el pasamanos en dirección a su habitación. Antes de entrar, observó que la puerta de Leroux estaba abierta y le pareció escuchar la voz del inglés en su interior.

—¡Fantástico...! ¡Increíble...!

Silenciosamente se asomó y descubrió a *Atlante* con el libro rojo en sus manos; comprobó así mismo como las pertenencias de Leroux estaban esparcidas por toda la habitación, señal inequívoca de que el inglés había estado buscando profusamente lo que estaba leyendo en ese mismo instante.

—¡Rata de cloaca! —le increpó duramente *Dálibor*—. Has montado la escena de tu malestar con el único propósito de leer el libro... ¡No...! ¡Ahora lo entiendo! La idea del violín del Fantasma de la Ópera ha hecho brillar la codicia en tus ojos, ¡te conozco demasiado bien, sigues siendo un rastrero ladrón asalta tumbas! ¡Lo que pretendes es robar el libro!

En un primer momento, *Atlante* se sintió sobresaltado, pero se sobrepuso rápidamente y con el libro todavía en las manos le mostró una irónica sonrisa.

—Estúpido moldavo, no puedes ni imaginar lo que contienen las páginas de este pequeño cuaderno. Tu vida y tu cerebro están tan vacíos como la música que compones o la

que descubres y así será tu vejez, rodeado de viejas partituras que no sirven para nada. Quizá te entierren con ellas y así serás feliz en la otra vida.

El rostro de *Dálibor* enrojeció de ira y en su cuello comenzaron a dibujarse abultadas venas a punto de estallar.

—Sí, viejo carcamal —continuó el inglés—. Mientras tú paseabas tu pequeña fama por los Cafés de Viena, yo pasaba hambre en los bazares de Estambul. Mientras sentabas tu trasero en el palco de alguna Ópera, yo arrastraba el mío en algún catre infecto de Rabat. Cuando llenabas tu estómago con alguna especialidad del Café de la Paix en París, yo comía ratas en el Cairo. Mi experiencia como arqueólogo la he obtenido con mi sudor, mi sangre y alguna que otra inmundicia y te puedo asegurar que allí es donde más aprendí. Me propuse hace años que no quería terminar mis días en este cochino mundo tal y como vine a él y por tanto, que haría lo que fuese necesario para abandonar la miseria que me ha tocado vivir durante demasiado tiempo. Si es cierto lo que ha escrito en este libro el supuesto Fantasma, ese violín negro vale una fortuna y nada ni nadie me impedirá conseguirlo. Ni siquiera tú.

—¿Violín negro...? —En el rostro del músico se reflejó la sorpresa. A su memoria acudieron imágenes de una escena sucedida pocos años atrás en un anticuario de París.

Aquello no pasó inadvertido para *Atlante*, quien con su perspicacia habitual, pudo intuir en los ojos de su oponente que aquel instrumento no era desconocido para él.

—Tengo la impresión, viejo zorro, de que tú ya conocías la existencia de este violín... ¿no es así?

El silencio de *Dálibor* corroboró las palabras del astuto inglés.

—Por tu expresión veo que he dado en el blanco. Dime, ¿dónde lo has visto?

El moldavo permaneció impassible clavando su mirada en el libro.

—¡No seas estúpido! —continuó *Atlante*—. ¡Si podemos conseguirlo, tendremos una fortuna a nuestro alcance! Me imagino lo que podría valer ese instrumento...

—¡Miserable! —gritó súbitamente *Dálibor* fuera de sí, amenazándole con su bastón—. ¡Nunca te diré nada! ¡Jamás he confiado en ti y no lo voy a hacer ahora! ¡Este libro pertenece a Leroux, y se lo voy a devolver ahora mismo!

Con un movimiento inesperado, arrancó el libro de las manos del inglés y se dirigió hacia las escaleras. Casi había conseguido su propósito cuando sintió que el inglés le agarraba por su espalda. Con un gesto de rabia, se volvió hacia él alzando amenazadoramente su bastón para golpearle. Los reflejos de *Atlante* actuaron con rapidez y arrancando bruscamente el bastón del moldavo, este perdió el equilibrio y como si de una marioneta se tratase, se precipitó rodando por las escaleras hasta quedar en una posición grotesca.

Atlante permaneció inmóvil observando durante unos segundos aquel cuerpo que yacía inerte al final de los escalones.

La adrenalina que había recorrido por unos instantes todo su cuerpo, no impidió que su cerebro trabajara con la celeridad a la que ya estaba acostumbrado para poder salir de situaciones semejantes.

Descendió hasta *Dálibor* y comprobó que estaba muerto: se había roto el cuello.

En ese momento le asaltó una disyuntiva: si permanecía allí hasta la llegada de los demás miembros, podría convencerlos de que lo sucedido había sido un dramático accidente, pero en ese caso, tendría que devolver el libro al escritorio de Leroux y por tanto, perderlo. Por otro lado, si huía con él, lo más probable es que la policía lo persiguiera tanto por asesinato como por robo, pero si se escondía durante un tiempo, tendría la oportunidad

de encontrar el supuesto violín que le haría rico pudiendo comenzar una nueva vida sin penurias en algún país lejano en donde la justicia no le pudiera alcanzar.

«Quizá Sudamérica... o tal vez Australia.»

Sus dudas devoraban los minutos con avidez, minutos que podían decidir un giro total en su vida.

Su vista se posó en el libro caído al borde de las escaleras. Parecía llamarle con un mudo grito de suplicante deseo.

Instintivamente lo recogió del suelo. Sin percatarse realmente, acababa de tomar su crucial decisión.

Ya en la habitación, introdujo en su maletín de viaje todas sus pertenencias precipitadamente. Suponía que la tardanza de *Dálibor*, sería advertida por todos y por tanto tenía poco tiempo para su huida.

Pocos instantes después, *Atlante* abandonaba la mansión con el cuaderno del Fantasma en su poder.

El libro rojo había marcado su destino.



Habían transcurrido tres días desde aquel terrible acontecimiento y Leroux se dirigía en tren hacia París. En esta ocasión viajaba solo, dado que Leblanc había decidido quedarse unos días más en Niza donde había contactado con un importante editor.

Sin nadie más en su compartimiento, su mirada se hallaba perdida en las gotas de lluvia que dibujaban surcos en el cristal de la ventanilla, pero sus pensamientos permanecían inmersos en todo lo sucedido.

Recordó cómo habían regresado de Cimiez al atardecer pensando que *Dálibor*, debido al calor sofocante que hacía aquel día y al posible cansancio, se habría quedado en la mansión.

En la retina de todos quedó grabada la imagen del cuerpo sin vida del músico moldavo tendido al pie de las escaleras.

Posteriormente, la llegada de la policía y las consabidas preguntas para la investigación del caso. ¿Accidente o asesinato?

Curiosamente fue él mismo quien dio con la pista que llevaría a la resolución de esta duda al descubrir que su habitación había sido registrada y que faltaba el libro de notas que todos habían visto aquel mismo día. La extraña desaparición de *Atlante* así como de su equipaje, llevó a la policía al convencimiento de que el autor del asesinato y el robo eran la misma persona.

Había sentido la pérdida de *Dálibor* aun sin tener una especial amistad con él, dado su austero e introvertido carácter, pero valorando en su justa medida, los trabajos e investigaciones que había desarrollado por y para la música durante toda su vida.

Posiblemente este infortunado hecho haría que debiera pensar en abandonar la *Société Hermes* o si todos estaban de acuerdo, disolver la misma.

En cierta forma, se sentía culpable de lo sucedido. A fin de cuentas, fue él quien, traicionando su propio silencio, desveló el descubrimiento del libro a la hermandad, centrándose en la curiosa mención de un extraño violín. No albergaba la menor duda de que aquello fue el detonante que llevó al inglés a cometer su delito. Y ahora, el libro estaría en su poder. ¿Cómo podría una persona así desentrañar los ocultos misterios del Fantasma?

¿Entendería acaso su más profundo significado? ¿Se desharía de él cuando se percatase de que no le servía para sus propósitos? ¿O conseguiría descifrar su misterio y hallar tan singular violín?

Leroux negó con la cabeza amargamente. Había sido un necio confiando la existencia del libro a sus compañeros. De haber seguido el consejo del Daroga, el cuaderno aún seguiría en sus manos.

Encendió un cigarrillo con cierto nerviosismo.

Al menos la otra parte del secreto que el Persa le transmitió, permanecía a salvo. Exhaló el humo lentamente mientras meditaba sobre lo que le convendría hacer al llegar a París. Con el libro fuera de su alcance, no podía perder ni un valioso minuto en decidir lo que debería hacer para salvaguardar definitivamente el núcleo esencial de aquel misterioso arcano.

«Si *Atlante* lee el contenido del libro, no me cabe la menor duda de que irá en mi busca. Soy la clave que une su secreto con el propio Fantasma... Estoy seguro de que no tardará en percatarse de ello» pensó Leroux mientras cruzaba los brazos en un gesto de preocupación. «El segundo misterio que el Persa me entregó no está seguro en mi casa. Debo hallar otro lugar donde ocultarlo... El Destino deberá jugar un papel decisivo en el desenlace de esta historia ya que parece ser, que Él decidirá el cuándo y el cómo, sin que yo pueda hacer nada más que ser una mera pieza transmisora del mensaje oculto.»

Extrajo de su chaqueta una pequeña petaca con coñac y le dio un pequeño sorbo.

Durante las largas horas que duró el viaje, Leroux meditó concienzudamente en las múltiples posibilidades que se le presentaban, rechazando unas ideas, escogiendo cuidadosamente otras.

El número de sus cigarrillos mermaba cada hora que pasaba, encendiendo el último de ellos al anochecer, cuando el tren se hallaba próximo a detenerse en la Gare de Austerlitz. Para entonces, ya sabía con certeza los pasos que debía seguir para mantener a salvo el secreto del Daroga y del Fantasma.

En su rostro se reflejó la satisfacción mientras observaba por la ventanilla las luces nocturnas de la ciudad. Cogió su maleta y antes de que el tren se detuviera por completo, dijo para sí mismo:

—Quizá aún no esté todo perdido.



A la mañana siguiente, Christelle se dirigió al Conservatorio dispuesta a no dejarse intimidar por el pánico del día anterior. Así mismo, quería dar explicaciones al maestro Boldizsár por no haber acudido a su despacho. Había sido una irresponsabilidad irse sin comunicárselo a nadie, era consciente de ello, pero aquel día se sentía con renovadas energías y estaba dispuesta a hacer buen uso de ellas.

La pasada noche su amiga le había llamado de nuevo para saber qué le había ocurrido.

Fue algo embarazoso decirle la verdad y disculparse por no haber contestado al móvil, pero Cloe comprendió rápidamente sus deseos de estar sola durante aquella mañana y con voz alegre se despidió de ella quedando al día siguiente en la Cité.

Cuando Christelle salió del metro, pudo verla dirigirse hacia ella con el rostro sonriente.

—¿Qué tal te encuentras hoy? Mejor, ¿verdad?

—Sí... ¡siento mucho lo que pasó ayer!

—No te preocupes, pero intenta no darme esos sustos, ¿de acuerdo?

Christelle se rió mirando a su amiga.

—No seas tan dura conmigo; ahora tengo que hablar con Boldizsár y contarle qué me sucedió... ¡no sé ni cómo empezar!

—Pero, ¿no te acuerdas? Él mismo nos comunicó que hoy tenía que dar una conferencia en Munich. Creo que no volverá hasta mitad de semana.

Christelle no pudo evitar respirar aliviada.

«Así tengo más tiempo para pensar qué voy a decirle.»

—Deberíamos ensayar después de las clases, hay unos cuantos compases en el Allegro que se me resisten.

—Me parece bien.

La mañana transcurrió lentamente.

Christelle comenzó a pensar que el timbre que anunciaba el fin de las clases no sonaría nunca. El maestro Thierry era un pésimo sustituto comparado con alguien tan apasionado como Boldizsár. Sus enseñanzas consistían en tediosos repases teóricos. Su voz grave y pausada, lograba que los alumnos bostezasen sin muchos reparos. Aunque de todos era sabido y muchos lo habían padecido, que aquella parsimonia ocultaba un mal carácter que al exteriorizarse podía hacer temblar a cualquiera. Su altura y corpulencia impresionaban a cualquiera, así como sus ojos marfileños en un áspero semblante que parecía denotar cierta amargura crónica.

Christelle había comentado alguna vez con Cloe lo increíble que le parecía que aquel hombre pudiera tocar el violín con las enormes manos que poseía.

La rumorología entre el alumnado lo situaba en una familia de músicos y compositores de cierta talla a la que nunca había podido llegar él, quedando en un plano que lo había relegado básicamente a la enseñanza, como *modus vivendi* y de vez en cuando

a dirigir algún concierto. Se daba por seguro que su temple de fácil excitabilidad era consecuencia de aquella situación que parecía haberle dejado una cicatriz indeleble. Probablemente sus aspiraciones de haber podido llegar a ser alguien importante en la música se habían visto truncadas a lo largo de su vida.

Todos observaban con aburrido semblante el reloj del aula; parecía que sus agujas se habían detenido sin avanzar ni un ápice.

Cuando por fin se vieron libres, salieron de la sala con no disimulada rapidez y dejando escapar palabras de desánimo, pensando que al día siguiente volverían a repetir tan monótona experiencia con aquel profesor.

Aprovechando la calma que reinaba en el aula vacía, Christelle extrajo su móvil del bolso y llamó a tío Bernard para comunicarle que se quedaría a comer en la Cité ya que por la tarde se quedaría para ensayar con Cloe.

Tras una comida ligera en el restaurante del Conservatorio, se dirigieron a una de las salas donde estuvieron ensayando exhaustivamente durante más de dos horas el *Allegro* del Concierto número tres de Mozart.

En un momento determinado, Cloe exclamó mirando el reloj del aula:

—¡Mira qué tarde es! ¡Debemos irnos ya!

Recogieron todas sus pertenencias y salieron del Conservatorio.

—Podríamos tomar algo en algún Café cercano, ¿qué te parece? —le sugirió su amiga.

Christelle estuvo muy tentada de seguir aquella idea, pero prefirió dejarlo para otro día. Estaba algo cansada y aún le quedaba un largo trayecto en el suburbano antes de llegar a casa.

—Como quieras —dijo Cloe despidiéndose de ella con dos besos en la mejilla—, nos vemos mañana en el Conservatorio, ¡que descanses!

Cuando por fin llegó a su destino, bajó del metro y al salir a la superficie pudo ver la gran iluminación que envolvía a la Ópera Bastille. Por los afiches que había, comprobó que se estaba representando *Un ballo in maschera* de Verdi.

Por unos instantes pensó en lo maravilloso que debería ser poder formar parte de la orquesta que ejecutaba aquella noche en la Bastilla. Ella lo hubiera aceptado aun siendo la última de los segundos violines y poder vivir la suntuosidad de la sala, sentir en la piel el calor del público y que la magia de la música se apoderara de uno.

Dejó sus pensamientos atrás y cruzó la plaza con presteza dispuesta a llegar pronto a casa. La noche se había vuelto fría y el viento comenzaba a silbar aires de oscuros presagios. En su camino tuvo que apartarse de la estrecha acera al ver dos hombres corriendo que se cruzaron con ella. En un momento determinado, se detuvieron y fijaron la vista en la joven que habían dejado atrás. Acto seguido, se perdieron en la negrura de la noche.

Christelle poseía una insólita sensibilidad que en ocasiones se manifestaba con una extraña sensación que anidaba en su garganta. Aquella era una de ellas.

Este sexto sentido le hizo acelerar el paso. Con el eco de sus tacones martilleando el suelo llegó a la *Rue des Tournelles*.

Extrajo las llaves de su bolso mientras caminaba, sabiendo que su tío habría cerrado el anticuario a esas horas de la noche.

Al introducirlas en la cerradura, comprobó, perpleja, que la puerta se hallaba abierta.

Cuando entró en el oscuro establecimiento se cubrió la boca con las manos en un gesto que denotaba su desagradable sorpresa, dejando caer su violín al suelo. La imagen

consiguen anidar en tu interior, quiero que seas conocedora de una prueba final. En el segundo cajón del escritorio de mi despacho, encontrarás en una pequeña caja de coral negro, una serie de antiguas misivas escritas de puño y letra por Christine Daaé. Sí, Christelle, ella era la hermosa cantante de quien se enamoró tan obsesivamente el Fantasma... Tu tatarabuela. Tus padres eligieron para ti un nombre similar en homenaje a su persona. Eras la única mujer que había nacido desde entonces. Sé que es difícil de creer, pero por algún misterio del destino, así fue. Lee esas cartas y te convencerás por ti misma de que todo cuanto te digo es verdad.

Así mismo, deseo referirme al violín negro. Siento mucho haberte reprendido tan duramente al confesarme que lo habías tocado. Cuando me dijiste que habías sido presa de caóticas visiones, esconder ese instrumento me pareció la mejor opción, por tu propia seguridad. Ahora que yo ya no estaré para protegerte, quiero detallarte de dónde procede y qué le une a ti.

Ese violín es único. No existe otro igual en el mundo. Hablarte de su dueño me resulta muy complicado, pero es necesario que seas conocedora de él y de su vida. ¿Recuerdas el nombre del Fantasma de la Ópera, Christelle? Él es su verdadero propietario. Erik. Así se llamaba realmente. ¡Cuántas personas se han preguntado acerca de su existencia, de su realidad o mito! Y ahora tú tienes su pertenencia más preciada, su violín. Un violín que construyó él mismo y que lleva su marca grabada. No sé qué significa ese dibujo exactamente, pero estoy seguro de que tú lograrás averiguarlo. Te hallas conectada a ese instrumento, Christelle. No puedo decirte muy bien la razón porque la desconozco, pero puedo aventurar que el alma de Erik se hallaba inmersa en él y tú la despertaste al tocarlo. ¡Por eso viste aquellas imágenes! ¡Te fundiste con su alma, encerrada allí durante tanto tiempo! No sabría explicarlo de otra manera...

Recoge el violín, protégelo con tu vida si es necesario. Él te ha escogido y debes estar preparada para averiguar el motivo. Estoy seguro de que ese violín esconde algún misterio que yo soy incapaz de descifrar... ni tan siquiera puedo imaginar lo que subyace en sus cuerdas. Quizá te preguntes por qué deseo revelarte todo esto ahora... Ayer entró en el anticuario un hombre y para gran sorpresa por mi parte, me preguntó directamente por el violín negro. ¿Cómo podía él saber de la existencia de ese instrumento? Vi en sus ojos una ávida maldad, una codicia sin medida que me hizo sentir una profunda inquietud. Ni aunque me hubiese ofrecido todas las riquezas de la tierra hubiera yo accedido a entregárselo. Intenté hacerle ver que no sabía de qué me estaba hablando, pero pude intuir que no me creyó. Presiento que regresará muy pronto y no querrá irse con las manos vacías.

Sé prudente, Christelle, no confíes en nadie, no abandones el violín en otras manos que no sean las tuyas. Déjate guiar por él y por tu propio instinto. Es mi deseo que el padre Claude te entregue cierto documento que encontró en *Sainte Rosalie*. Se halla firmado por Gastón Leroux, pero no sabemos si realmente es cierto. Quizá puedas verificarlo en la *Bibliothèque Richelieu*, donde se encuentran almacenados los «fondos» de este autor: sus manuscritos, artículos, correspondencia... Y comparar así ambas caligrafías.

Aunque algo me dice que el violín negro tiene mucho que ver, tanto Claude como yo no hemos podido descryptar el mensaje que escribió en esa nota. Estoy seguro de que tú lo lograrás. Si esta carta ha llegado hasta ti, significa que yo ya no estoy en este mundo... Sé fuerte, mi pequeña Christelle, sigue adelante. Yo velaré por ti allá donde esté y donde tú estés. No me olvides nunca.

Te adora,

tu tío Bernard.

Christelle apartó sus humedecidos ojos de la carta y secó sus lágrimas con el reverso de su mano.

Estaba realmente emocionada y al mismo tiempo confusa por todo cuanto acababa de leer.

El Fantasma de la Ópera, ¿no fue una simple leyenda?

Ella, ¿una descendiente de sus protagonistas?

¿El violín negro alberga un alma oculta? ¿Gastón Leroux escribió una nota encriptada?

El padre Claude intuyó los caóticos pensamientos que vagaban por la mente de la joven y con rostro afable, trató de serenarla.

—Lo sé, Christelle; es demasiada información para digerirla en tan poco tiempo.

La joven lo observó sorprendida.

¿El sacerdote era también conocedor de sus orígenes?

Él pareció comprender su mirada.

—Sí, supe acerca de tu procedencia hace muchos años. Tu tío y yo convinimos en que guardar silencio respecto a este tema era lo mejor para ti. Quizá nos equivocáramos...

Christelle intentó contener su llanto y con voz entrecortada, susurró:

—Pero, ¿cómo es posible...?

Claude sonrió.

—Nuestros antepasados son parte de nosotros. Y los tuyos, mi joven violinista, poseen una historia que ha perdurado a través de los años. Una historia que ha crecido con el paso del tiempo y se ha hecho fuerte —tras una breve pausa, prosiguió—. Convendría que leyese las misivas de tu tatarabuela, Christelle. Estoy seguro de que despejarán muchas de tus dudas.

La joven asintió en silencio, mientras guardaba la carta de su tío en su bolso.

—Posiblemente también quieras leer esto —dijo el padre Claude entregándole el sobre lacrado.

Ella lo cogió y tragando saliva lo abrió con mucha delicadeza.

En su interior encontró aquel papel de color sepia que había visto aquella noche en el Café Bazart.

Sus ojos devoraron la nota en pocos segundos.

Con la perplejidad reflejándose en su rostro, volvió a mirar al sacerdote.

—¿Qué significa? —preguntó.

—No lo sé —contestó Claude, negando con la cabeza—, lo encontré en el interior del órgano de la capilla gracias a una insólita casualidad. No entiendo la explicación por la que esta nota se encontrase allí... —repentinamente su semblante mudó de expresión—. A no ser que... —su agitación aumentó por momentos— ese fuera el órgano de ¡claro! ¡Ahora recuerdo que el anterior párroco me comentó hace muchos años, cuando yo me hice cargo de esta iglesia, que había oído decir que este órgano procedía de los antiguos almacenes de la Ópera Garnier! ¿Ves la conexión, Christelle? Posiblemente Leroux introdujera este misterioso mensaje en el órgano por alguna razón concreta... Quizá quisiera marcar un camino hacia algo que por ahora escapa a mi entendimiento.



La joven hizo todo lo posible por comprender sus palabras y con los ojos muy abiertos leyó por segunda vez la nota.

La muerte de un inocente por cientos fue sentida.

Sin vida, su arte y su fuerza son pasto de los gusanos.

*La osamenta vacía recoge el sufrir del mundo y su reino
de terror se yergue frío e imperturbable sobre el cráneo de la
Humanidad.*

*En su escudo protector, la marca torcida que te conducirá
hacia el reposo de su sangriento recuerdo.*

Gastón Leroux

El violín contiene su misterio...



Los orígenes de la Biblioteca Richelieu se remontaban a la que poseía el rey Carlos V en el Palacio del Louvre. Durante un largo periodo fue trasladada a Blois y más tarde a Fontainebleau, quedando finalmente asentada en París en 1568 donde no sería abierta al público hasta 1692.

Tras varias mudanzas más y sufrir la tempestuosa Revolución francesa, se instaló definitivamente en la tranquila calle Richelieu.

Christelle, conmovida por la carta de su tío y el sobre lacrado que le había entregado el padre Claude, no quiso perder un minuto en despejar la nebulosa de incertidumbres que se habían formado en torno a ella y tras la reunión con el sacerdote, acudió con presteza a la biblioteca.

Quería, tal y como le aconsejaba su tío a través de su misiva, comparar la letra de la pequeña nota encriptada con la caligrafía de Leroux; cerciorarse de que aquello iba en serio y que aquel mensaje oculto en un órgano no era una amarga broma. Ya había tenido suficientes sorpresas por un día. Aunque desconocía su utilidad y significado, albergaba la esperanza de que fuera auténtico, de que Leroux realmente lo hubiera creado siguiendo un propósito. Y para ello, primero tenía que asegurarse; ya intentaría descifrar su contenido más adelante.

Había estado en aquella biblioteca en infinidad de ocasiones, y siempre le agradaba aquella plaza inicial adoquinada, salpicada de curiosas esculturas y rodeada por el magnífico edificio de ladrillo rojo plagado de ventanales.

Al entrar por la puerta principal, pudo ver la famosa Sala Oval. Se aproximó hacia ella y empujando el portón de entrada, penetró en su magnífico interior.

«¿Cuántas horas habré pasado en esta inmensa sala estudiando en los últimos años?»

No pudo evitar admirar una vez más su extraordinaria estructura bañada en ecos de la antigüedad. Respiró profundamente. Allí el aire era distinto; se respiraba arte, filosofía, literatura, música, historia... Todo ello contenido en los miles de libros ordenados perfectamente en las estanterías de los cuatro pisos que rodeaban la estancia.

Alzó la cabeza para contemplar su dorada cúpula y dejó que su vista se posara sobre las arcadas de medio punto decoradas por múltiples pinturas de coronas florales, que circundaban la sala. Cada uno de estos arcos estaba construido sobre blancas columnas jónicas que le otorgaban cierto aire de bella fragilidad.

Por último, se fijó en las largas mesas unidas de color caoba que se mantenían en un orden exquisito. Cada una de ellas, poseía una lamparilla verde encendida; un hermoso toque de exotismo luminoso que ayudaba a sumergirse en la sutil atmósfera de recogimiento y estudio.

Realmente adoraba aquel lugar embriagado de cultura y ciencia milenaria.

En aquellas primeras horas de la tarde no había mucho ajetreo y pudo acceder sin

problemas a uno de los pequeños despachos abiertos al público para diferentes consultas. En él, permanecía sentada una mujer de unos cuarenta años, transcribiendo en su ordenador varios documentos afincados en la mesa.

Al ver aproximarse a Christelle, alzó la vista y con una sonrisa afable preguntó:

—Buenas tardes, ¿puedo hacer algo para ayudarle?

La joven entró en el despacho con cautela. Temía que interesarse por los «fondos Leroux» le acarrearía múltiples preguntas.

—Sí, verá... Estoy interesada en tener acceso a los llamados Fondos Gastón Leroux; ya sabe, su correspondencia, manuscritos, artículos...

La mujer la observó durante unos instantes y abriendo uno de los cajones situados tras ella, extrajo varias hojas que le entregó sin preámbulos.

—Antes, deberá cumplimentar estos formularios. Una vez rellenados, nosotros le avisaremos en unos días.

Christelle se mordió el labio inferior en un acto de impaciencia. Sabía que ocurriría algo así. En cuántas ocasiones había querido ver unas partituras o textos antiguos y había tenido que rellenar esos tediosos formularios donde se había visto obligada a especificar para qué lo necesitaba, donde estudiaba, si quería hacer alguna copia, durante cuánto tiempo los requería y un largo etcétera.

Las bibliotecas de Francia son magníficas, pero su burocracia es agotadora.

Esta vez no iba a consentir aquello tan fácilmente. No estaba dispuesta a esperar varios días para acceder a esos fondos.

—Creo que no me ha entendido —dijo con la voz más convincente que pudo—. Necesito ver esos documentos hoy mismo. Es urgente.

Por supuesto, no podía confesar sus verdaderos motivos, pero tampoco se iba a dejar convencer fácilmente por aquella burócrata de rostro anodino.

—Lo siento, ya le he dicho que la única forma de verlos es rellenando esta serie de formularios.

Christelle se reclinó en su asiento.

—Me gustaría hablar con el jefe de departamento, por favor.

La mujer hizo una mueca que representaba su negativa, pero ante la insistencia, se levantó y se dirigió a uno de los despachos cercanos, que permanecía con la puerta cerrada.

Christelle esbozó una sonrisa de complacencia.

El jefe de departamento era buen amigo suyo. Durante muchos años ella había acudido a la Biblioteca Richelieu no solo para estudiar, sino para consultar diversos archivos de su interés personal y aquel hombre siempre había sido un salvoconducto para ella. Quizá le ayudaba movido por la amistad que había surgido con el tiempo entre ellos, o bien por el ímpetu que ella siempre demostraba cuando le pedía ver una partitura centenaria o las notas manuscritas de algún músico célebre. Había tenido acceso a multitud de documentos musicales inéditos gracias a su ayuda y la joven estaba segura de que esta ocasión no constituiría una excepción.

Cuando el señor Gustave Alagnon se presentó en aquel despacho, se levantó y con no disimulada alegría la saludó con dos besos.

—Mi querida Christelle —comenzó a decir Gustave con el brillo reflejándose en sus ojos grises y una de sus encantadoras sonrisas—. ¿Qué te trae por aquí? ¿No querrás volver a intentar encontrar aquella sinfonía inexistente de Beethoven, verdad?

—No, esta vez tengo una «cita» con Gastón Leroux.

—¿Leroux? ¿Te refieres al escritor? ¿Qué es lo que buscas?

—Para ser exacta, los fondos. Y no me gustaría complicarme una vez más con esos aburridos formularios. ¿Crees que podrías ahorrármelos, por favor?

—No creo que haya problema... —contestó pensativo—. ¿Y qué te lleva a estudiar a este autor?

La pregunta no pilló desprevenida a la joven.

—Digamos que es interés personal. Me han comentado que era un gran amante de la ópera clásica —«qué ironía», pensó Christelle con la imagen de la Ópera Garnier en su mente— y he leído varios de sus libros. Solo quiero averiguar más detalles de su vida y su obra.

—Me parece muy bien. Siempre me ha gustado la juventud que se interesa por nuestros autores autóctonos. Espérame en la sala de lectura de manuscritos occidentales. Te llevaré lo que necesitas en unos minutos.

—Muchísimas gracias, Gustave, no sabes el favor que me haces.

—Y con este, ¿cuántos van? —preguntó jocosamente.

Christelle se sonrojó. Aquel hombre tenía razón. No podría enumerar la cantidad de ocasiones en que le había echado una mano buscando libros o partituras.

Agradeciéndoselo, se encaminó hacia el piso superior, sintiendo el rechinar de las viejas escaleras a su paso.

No era la primera vez que visitaba aquella sala de lectura. Sus continuos estudios e investigaciones musicales le habían llevado a ella en varias ocasiones.

Se trataba de una gran sala rectangular un tanto estrecha, pero increíblemente larga.

Christelle la observó durante breves instantes.

A su izquierda, se hallaba una gran estantería plagada de libros e iluminada por una hilera de focos amarillentos que ocupaba toda la pared, hasta el final de la estancia. Su peculiar aroma siempre la transportaba a tiempos remotos y le hacía preguntarse qué secretos guardaba cada uno de aquellos ejemplares en sus innumerables hojas.

La zona de su derecha estaba destinada a los lectores, con mobiliario relativamente nuevo y algunos ordenadores. La luz no era del todo artificial, ya que amplias ventanas permitían que la luminosidad exterior inundase la sala.

A Christelle le agradó comprobar que esa tarde no había mucha gente en aquella sección de la biblioteca. Únicamente podían distinguirse en las mesas del fondo varias personas que parecían hallarse inmersas en sus respectivas investigaciones.

«Genial; así estaré a salvo de miradas curiosas.»

Se sentó cerca de la ventana dejando el bolso a su lado y esperó, tratando de poner sus pensamientos en orden.

No podía dejar de pensar en la carta de su tío.

¿Realmente era ella una descendiente del vizconde y la cantante?

¿El Fantasma de la Ópera existió? ¿Era cierto que el violín negro era una de sus posesiones más valiosas? ¿Por qué? ¿Por contener su alma? ¿Cómo era eso posible?

Entonces, las visiones que tuvo al tocarlo... ¿eran fruto de aquella alma encarcelada?

¡Increíble!

Christelle sacudió la cabeza, como negándose a creer las teorías de su tío y las suyas propias.

Además, si todo ello era verdad, ¿por qué tío Bernard no se lo dijo antes? ¿A qué había estado esperando?

Y la misteriosa nota de Leroux, ¿sería auténtica? ¿Cuál era su significado? ¿Por qué razón la escribió y la ocultó en aquel órgano?

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —la interrumpió su amiga con un grito que la obligó a alejar el móvil de su oído— ¡No he dormido en toda la noche pensando que te había ocurrido algo! ¿Tanto habría costado una simple llamada?

—De verdad que lo siento, Cloe, se me olvidó por completo. Yo...

—¿Te olvidaste? ¡No creas que te voy a perdonar tan fácilmente! Y ahora dime, ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde has estado?

—Tranquila, estoy con Gilles y con un amigo...

—¿Con Gilles? —la voz del otro lado de la línea parecía desconcertada—. ¿Ese cata con aires de grandeza? ¿Por qué no has venido a mi casa, que hubiese sido lo más lógico?

Christelle trató de relatarle con sumo detalle lo acontecido el día anterior: cómo regresó a su casa para recoger ciertos enseres, la persecución que vivió en Place des Vosges, la intervención de Kyriel...

—Compréndelo, Cloe, si hubiese ido a tu casa, probablemente te hubiera puesto también en peligro.

—Pero Christelle, esto no es una película de ficción... ¿Has llamado a la policía? —su amiga estaba realmente alarmada.

—¿Y qué podría explicarles? ¿Qué me persiguen dos tipos a los que ni siquiera he podido distinguir el rostro y que van en busca de un violín que perteneció a un fantasma? ¿Quieres que me tomen por loca?

El silencio al otro lado de la línea fue una clara respuesta.

—Escúchame Cloe, estoy bien y... prometo llamarte para que podamos vernos y hablar con más tranquilidad, pero ahora necesito saber qué está ocurriendo y cual es el secreto que esconde este violín.

—Has mencionado que un amigo te ayudó cuando esos tipos casi te alcanzan... ¿quién es?

—No lo conoces, era amigo de mi tío. Ya te lo explicaré más adelante.

—Por favor, Christelle, no hagas ninguna tontería.

—No lo haré.

—¡Incluso me ha llamado el maestro Boldizsár! Estaba preocupado por tu falta de asistencia a clase...

—Sí, creo que tengo una llamada suya reflejada en el móvil —admitió Christelle con un gesto de desazón.

—Lláname cuanto antes, estoy muy preocupada.

—De acuerdo, confía en mí.

—Por favor, cuídate —dijo su amiga antes de colgar.

Christelle volvió a introducir el móvil en el bolsillo de su pantalón y se dirigió hacia sus amigos, que la observaban esperando noticias.

—¿Qué te ha preguntado Cloe? —preguntó Gilles— ¿Sigue tan alarmista como siempre?

—En realidad, tenía un buen enfado... —musitó Christelle—. Pero es lógico teniendo en cuenta que no ha sabido de mí en todo el día de ayer.

—No te preocupes —prosiguió el cata—, lo importante es lo que hagáis a partir de ahora. ¿Tenéis algún plan? ¡No podéis manteneros escondidos eternamente, tendréis que actuar!

La joven interrogó con la mirada a Kyriel, que extendiendo sus manos en un gesto muy significativo, le dijo:

—Iré contigo, decidas lo que decidas.

La mente de Christelle comenzó a procesar los escasos datos que poseía: el extraño violín negro perteneciente al legendario Fantasma, las cartas de su tatarabuela, la nota de Leroux...

«¡Claro! ¿Por qué no lo pensé antes?» —pensó con repentino entusiasmo—. «¡Todo apunta a un mismo lugar!»

—Deberíamos ir a la Ópera Garnier —afirmó con resolución.

—¿A la Ópera? —inquirió Gilles— ¿Qué pretendes hacer allí?

—No lo sé exactamente, pero es el lugar dónde tuvo origen la leyenda del Fantasma. Es el punto clave que une al violín con todo lo demás —dijo la joven—; merece la pena hacerle una pequeña visita.

—Me parece una idea excelente —convino Kyriel, que dirigiendo su mirada al cata, prosiguió—. Es un buen lugar para empezar nuestra búsqueda.

Christelle le sonrió con satisfacción. Parecía que él había leído sus pensamientos.

Gilles se encogió de hombros.

—Como queráis —respondió—. Yo no puedo acompañaros, tengo que dar clases en la Universidad, pero si ocurre cualquier cosa, no dudéis en llamarme, ¿de acuerdo?

Ella asintió mientras apoyaba una mano en el brazo del cata.

—Gracias por todo, Gilles, te debo una.

—¡Me debéis muchas! —exclamó sonoramente al tiempo que comenzaba a alejarse por la Rue Saint Jacques—. ¡No sé qué hubierais hecho sin mí! ¡Llamadme cuando encontréis algo! ¡Y tened mucho cuidado!

Christelle se despidió de él agitando la mano.

—Vámonos ya —sugirió Kyriel comprobando su reloj—. La Ópera está a punto de abrir sus puertas y es mejor que entremos cuanto antes.

—Es cierto, a estas horas no habrá muchos turistas y podremos examinar el edificio con más tranquilidad.

Cuando llegaron a la Plaza de la Ópera, Christelle observó los densos nubarrones que paulatinamente habían cubierto con un frío húmedo las calles de París. Incluso el majestuoso Palais Garnier parecía haber ensombrecido bajo aquellos oscuros e informes cumulonimbos que amenazaban lluvia.

El tráfico que rodeaba al edificio comenzaba a ser bastante denso y el molesto sonido de los coches se mezclaba con el murmullo de visitantes que, ensimismados, intentaban captar la suntuosidad del monumento en forma de numerosas fotografías.

Christelle había encaminado sus pasos hacia la entrada, cuando se percató de que Kyriel no permanecía junto a ella. Se giró buscándolo con la mirada y lo halló completamente estático, observando el Palais Garnier con el rostro serio y reflexivo.

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal? —preguntó, intranquila.

Él tardó unos segundos en responder. Su vista se explayó recorriendo la fachada desde su base hasta llegar a la figura central que la culminaba: Apolo sosteniendo su lira dorada.

—No... no te preocupes, yo... hacía mucho tiempo que no venía a París... y recuerdo una Ópera muy diferente a la que estoy viendo.

Christelle volvió a contemplar el edificio fijándose una vez más en sus esbeltas estatuas, los bustos de los compositores más emblemáticos, la infinidad de máscaras decorativas, sus imponentes arcadas...

—Es preciosa, ¿verdad? —comentó al fin—. Quizá te parezca distinta porque hace tan solo un par de años reformaron su exterior. Limpiaron toda la fachada, cubrieron con pan de oro las musas del tejado y reconstruyeron algunas de sus estatuas, que estaban muy

dañadas a causa de la contaminación y las palomas.

Kyriel asintió en silencio mientras parecía analizar cada detalle del monumento.

Christelle lo cogió del brazo tirando cariñosamente de él.

—¿Entramos ya? —le preguntó.

—Sí... vamos.

Hacía tiempo que Christelle no había visitado el interior de la Ópera y al traspasar las puertas que daban al gran vestíbulo principal, no pudo evitar sentir que se sumergía en un mundo diferente, viajando en el tiempo hasta encontrarse en un baile de máscaras del siglo XIX. Estaba segura de que si cerraba los ojos durante un momento, podría escuchar las risas de los invitados, la orquesta ejecutando valeses y polcas, el sonido de copas al juntarse en un brindis... todo ello girando en torno a una vorágine de disfraces multicoloristas y variopintos.

—Creo que hay más visitantes de los que habíamos imaginado —le susurró Kyriel mirando a su alrededor.

—No importa, así nuestra búsqueda pasará inadvertida —dijo Christelle, aunque en su foro interno reconocía desconocer lo que buscaban realmente.

Se detuvieron ante la Grand Scaler, admirando su magnífica estructura semejante a una gran catarata de mármol marfileño. Las cuatro esculturas femeninas que la flanqueaban, parecían darles la bienvenida bajo los reflejos anaranjados producidos por los diversos candelabros que portaban.

Christelle alzó su mirada hacia los maravillosos frescos que decoraban la grandiosa cúpula, fascinada por la simbología mitológica que se hallaba representada en ellos.

Kyriel, que ya había comenzado a subir los escalones, le hizo un gesto para que lo siguiese.

—Lo siento —se disculpó Christelle cuando llegó a su lado—, me apasiona este edificio... es como entrar en una nueva dimensión.

—Esa es exactamente la sensación que Garnier se propuso conseguir.

—¿En serio? —la joven parecía realmente interesada en saber más acerca de los secretos que rodeaban la construcción de la Ópera.

—Por supuesto —dijo Kyriel señalando diversos elementos a su alrededor—. Fíjate en estas gigantescas cariátides, en las estatuas existentes a ambos lados de esta escalera, en los diversos mascarones, en los relieves que decoran cada rincón... Todo ello posee un significado. Sus materiales, sus laboriosos grabados, su color, su forma... todo cumple una función única que envuelve al visitante en un halo de magia y ensoñación del que no puede desprenderse. Incluso la iluminación está perfectamente estudiada para que se refleje en los numerosos espejos, creando así una sensación de ficticia pero de efectiva luminosidad.

La joven seguía fascinada por el entorno que la rodeaba.

—¡Realmente eres un experto en arte! —exclamó mientras seguía ascendiendo por la escalera.

Él sonrió con un sutil brillo en sus ojos.

—Digamos que este es uno de mis edificios preferidos. Aunque no puedo visitarlo tanto como quisiera, siempre me ha gustado conocer su historia...

Y observando cómo Christelle había escogido las escaleras que conectaban con el ala oeste del edificio, añadió:

—Veo que has pensado visitar algún punto concreto.

—Sí... es un lugar muy especial que aparece con frecuencia en el libro de Leroux...

¡Ven, sígueme!

Tras subir las escaleras que daban al primer piso, se encontraron frente a la extensa hilera de puertas alineadas en semicírculo que daban entrada a los palcos.

Cada una de ellas poseía un número dorado en su parte superior y se hallaba separada de las demás por un busto en mármol perteneciente a célebres cantantes, compositores y dramaturgos. Christelle avanzó por el pasillo izquierdo contemplando sin querer aquellos marmóreos rostros que parecían seguirla con sus ojos inertes. Al llegar a la última puerta, señaló su número.

—Si mi memoria no me falla, este es el famoso palco número cinco... el palco del Fantasma. Según la novela, una de las columnas que lo flanquean se encuentra parcialmente hueca: ¡así es como el Fantasma podía entrar al palco sin ser visto!

—¿Crees que será cierto? —inquirió Kyriel, un tanto escéptico.

—Podemos intentar averiguarlo... Leroux expuso en su libro cómo él mismo comprobó dicha columna... ¡sería un lugar idóneo para esconder otra pista! Sin embargo, hay un pequeño problema —prosiguió Christelle—; como ves, únicamente se hallan abiertos un par de palcos para que los visitantes puedan contemplar el patio de butacas y la gran lámpara. El resto de las puertas permanecen cerradas.

Ambos se mantuvieron en silencio intentando idear un método que los permitiese entrar en el palco.

Súbitamente escucharon una exclamación a sus espaldas:

—¡Lo siento madame, solo puede ser utilizado por el personal de la Ópera!

Se giraron a tiempo para ver cómo un hombre vestido con un elegante traje oscuro, apartaba, entre protocolarias explicaciones, a una mujer de mediana edad del antiguo ascensor situado entre las escaleras que conectaban los diversos pisos existentes.

Se trataba de uno de los inspectores de la Ópera, encargados de supervisar todo el edificio, vigilando su seguridad y perfecto orden.

—Espérame aquí —musitó Kyriel posando una mano sobre el hombro de la joven. Ella lo observó con curiosidad dirigirse hacia aquel hombre.

—Buenos días —dijo amablemente.

—Bonjour, monsieur, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Me gustaría poder entrar en el palco número cinco.

La sonrisa afable que el inspector le había mostrado, se desvaneció repentinamente.

—¿El palco cinco? —preguntó como si intentara cerciorarse.

—Así es.

—Me temo que es imposible, señor... ese es un palco privado y no podemos abrirlo al público. No obstante, puede entrar en los palcos veintitrés y veinticinco —dijo señalándolos— son los palcos que hemos habilitado para que puedan ser visitados por...

—Me interesa el cinco —interrumpió Kyriel—, ¿no hay ninguna posibilidad? Solo sería un momento.

—Lo siento mucho, ya le he dicho que no puedo hacer nada —dijo endureciendo su mirada.

—De acuerdo —Kyriel desistió en su intento—, es una verdadera lástima.

Cuando Christelle lo vio avanzar hacia ella, creyó percibir en sus ojos un misterioso brillo.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó, presintiendo una respuesta negativa.

—Parece que es imposible acceder a este palco... a no ser... —Kyriel siguió al inspector con la mirada hasta que este desapareció por las escaleras— que tengas las llaves.

Acto seguido y con gran sigilo, extrajo de su bolsillo un pequeño manojito de llaves.

Christelle abrió la boca en un gesto que denotaba su sorpresa.

—¿Cómo has...? —balbuceó.

—Esos inspectores deberían ser más precavidos, ¿no crees?

La joven no pudo evitar mostrar una sonrisa de satisfacción.

Tratando de no ser vistos, encontraron la llave adecuada y la introdujeron en la cerradura del palco.

Una vez dentro, Kyriel cerró la puerta con cuidado; no querían recibir visitas inoportunas.

El interior del palco se hallaba tenuemente iluminado, permitiendo que pudieran moverse como livianas sombras, sin ser vistos por la gente que estaba en los palcos frontales. Cubierto bajo la monocromía de un intenso granate, Christelle se fijó en los complicados grabados florales confeccionados en la tela (posiblemente Damasco) que cubría sus paredes.

La joven se aproximó hacia la balaustrada y conteniendo su respiración, alzó la vista para contemplar durante unos instantes la gran araña de bronce y cristal que presidía con majestuosidad el patio de butacas. Rodeándola, una corona a modo de iluminadas perlas le confería una belleza tan espectacular que era difícil apartar la vista de ella.

El fabuloso techo circular pintado por Chagall, del que pendía la lámpara, era así mismo un regalo para los ojos de cualquier mortal. Sus llamativos colores daban vida a múltiples escenas pertenecientes a varias óperas y ballets, dibujadas en homenaje a catorce compositores: Wagner, Berlioz, Mozart, Debussy, Beethoven...

Junto a las hermosas estatuas de musas y heroínas mitológicas que parecían proteger aquella inmensa sala, vislumbró numerosas liras doradas que a modo de pequeños símbolos, adornaban el contorno de la lámpara.

«Liras de tres cuerdas... son idénticas a la que se halla grabada en el violín, salvo por las cabezas de serpiente» —pensó Christelle—. «Venir a la Ópera ha sido una buena idea... después de todo es el templo de Apolo; si existe una conexión entre este dios del Olimpo y el violín negro, deberíamos encontrarla aquí.»

Suavemente, depositó el estuche del violín en el suelo y se sentó en la butaca situada a su derecha. Acarició el aterciopelado tejido que la cubría mientras observaba con ensimismamiento el escenario y el foso de la orquesta.

Sintió un leve cosquilleo en su estómago al imaginarse a sí misma formando parte de los músicos, interpretando las partituras de los mejores ballets que la Ópera Garnier ofrecía, dejándose embriagar por su delicada música y los ardientes aplausos del público...

Kyriel había permanecido en silencio, observando con meticulosidad cada detalle de aquel habitáculo. Sus pasos sobre el suelo enmoquetado, no emitían ningún sonido, como si se encontrase en un pequeño santuario en el que el menor ruido pudiera perturbar su quietud.

—Así que este es el palco del famoso Fantasma... —dijo al fin, acariciando la columna acanalada de capitel corintio.

La joven pareció despertar de su ensoñación y se volvió hacia él, encontrándose con su mirada.

El recuerdo de la noche anterior afloró de nuevo en su mente, logrando que únicamente pudiera hablar tras aclararse la garganta:

—Según Leroux... él solía escoger esta misma butaca para ver Fausto, su ópera preferida —dijo dando unos ligeros toques con sus dedos en el asiento donde se hallaba sentada.

—Quizá yo sepa algo de la historia de la Ópera, pero compruebo que tú conoces a la perfección su leyenda —comentó él con una sonrisa—. Y esta debe ser la columna hueca, ¿no es cierto?

Christelle asintió levantándose para acercarse a ella.

Tras inspeccionarla en profundidad, buscar algún tipo de resorte y golpear levemente su mármol, salieron del palco completamente decepcionados por la falta de resultados.

—¡Si al menos supiésemos qué estamos buscando en realidad! —suspiró Christelle con cierta desilusión—. ¡La nota de Leroux no especifica nada!

—Ese es el problema —murmuró Kyriel—, si no conocemos el propósito de su mensaje, no avanzaremos mucho... Ven —añadió de pronto— quiero enseñarte algo.

Con la curiosidad reflejándose en sus ojos, la joven lo siguió entusiasta descendiendo por la Grand Scalier.

Las innumerables y polimórficas máscaras que adornaban cada recodo, observaban sus pasos con muda expresión. Sus ojos, henchidos de un aterrador vacío inmutable, eran privilegiados testigos de todo cuanto ocurría a su alrededor.

La Ópera se hallaba revestida con su impertérrita presencia y sus deformadas bocas abiertas parecían contener en su insondable interior, cientos de historias que habían presenciado en silencio durante largos años.

Siendo un fiel reflejo de los arcaicos dramas griegos, sus rostros mostraban diversas muecas de sonrisas y llantos fantasmagóricos, reflejando quizá su propia visión del mundo que, ajeno a sus suspicaces miradas, seguía su curso ante ellas.

En el antiguo Egipto, en Grecia, en Roma, en China... este peculiar objeto formaba parte de sus más ancestrales costumbres: en el teatro, en la guerra, en las ceremonias religiosas...

El ser humano siempre había recurrido a la protección de una máscara...

Pero, ¿cuál es la razón? ¿Por qué el hombre busca refugio tras algo que oculta su faz y por lo tanto su personalidad? ¿Quizá sea fruto de la inseguridad inherente a su espíritu? ¿Encuentra la fuerza y el valor para realizar actos que con el rostro al descubierto no se hubiera atrevido a llevar a cabo? Posiblemente forme parte de la esencia humana. No en vano en latín *máscara* significa persona...

¿Cuántos bailes y celebraciones habrán contemplado aquellas máscaras en lo alto de las bóvedas de la Ópera? ¿Cuántas historias podrían relatar sus lenguas inexistentes?

Su sino es permanecer en un sempiterno mutismo observando con sus cuencas oscuras y sin vida, el devenir de la sociedad que camina bajo sus dominios.



Una vez en la planta principal, Kyriel escogió los escalones que se hallaban a su izquierda y bajó por ellos penetrando en una nueva estancia. Sin detenerse, avanzó atravesando un sombrío pasillo hasta llegar a una gran sala circular rodeada por múltiples columnas jónicas, como si se tratase de un antiguo recinto sagrado.

Las paredes que circunvalaban el lugar, se hallaban revestidas de espejos que lograban multiplicar notablemente el número de columnas en un singular espejismo sensorial.

La luz que inundaba de belleza clásica aquella sala, provenía de su gran bóveda, donde además de diversos focos, colgaba una sencilla araña en forma de leve pináculo.

Christelle observó cómo Kyriel caminaba hasta alcanzar el centro de la rotonda,

situándose debajo de la lámpara; a sus pies, un gran mosaico en forma de esfera rodeado por un sinfín de cenefas griegas, señalaba el núcleo exacto de aquella cámara.

La joven se aproximó hacia él observando su alrededor con embeleso. Había olvidado cuan hermosa era aquella zona.

—Esta es la Rotonda de los Abonados —explicó Kyriel cuando ella se hubo situado a su lado—. Antaño, los espectadores que venían en coche de caballos accedían a la Ópera por este vestíbulo que está construido justo debajo de la sala de conciertos. Su estructura le hace especialmente insólito ya que consigue crear un efecto que amplía el sonido de la música que se ejecuta en el piso superior.

—¿Qué clase de efecto? —preguntó Christelle.

—Adelante, compruébalo tú misma —sugirió él—, no tengas miedo de alzar la voz.

Christelle exclamó una palabra, que tal y como Kyriel le había expuesto, resonó con un vibrante eco en toda la estancia.

—Tenías razón —sonrió ella.

—Esta sala esconde muchas curiosidades... ¿Sabías que justo donde nos encontramos, en el centro de la rotonda, existía una estatua de mármol representando al dios griego Hermes?

—Creí que esta Ópera estaba dedicada a Apolo...

—Ambas deidades eran muy amigas, siendo Hermes quien le regaló la lira a Apolo, como instrumento sagrado. Hermes era el protector de los secretos y las palabras... ¿Recuerdas con qué nombre denominé la nota de Leroux?

—Sí... —respondió ella— el *Lenguaje de los pájaros*.

—Hermes era el encargado de crear ese lenguaje y entregar su mensaje a los demás dioses.

—Es como si todo estuviera conectado... —murmuró Christelle.

—Ahora, quisiera enseñarte la firma de Garnier.

—¿Podemos ver su firma en este edificio? ¿Dónde? —la joven estaba realmente asombrada.

—Justo sobre nuestras cabezas.

Christelle alzó la vista encontrándose con una laboriosa bóveda circular circundada por numerosos rostros esculpidos en ella. En su interior, pudo ver un grabado de estilo oriental que representaba una serie de letras adornadas con diversos motivos florales que dificultaban su lectura.

Entornando los ojos, dijo:

—No puedo leer nada, todo parece estar amalgamado.

—Eso es debido a que Garnier deseó que su firma estuviese constituida por letras de estilo árabe. Debes leerlo de derecha a izquierda, comenzando por ahí —explicó mientras señalaba un punto exacto.

—Jean... Louis... Charles Garnier... 1861... 1875. Son las fechas de inicio y finalización de la construcción de la Ópera, ¿no es cierto?

Kyriel asintió.

—¿Por qué elegiría este lugar para esculpir su firma? —inquirió ella sin apartar los ojos de la bóveda.

—Nadie lo sabe con certeza...

—¿Y qué significan los rostros que la rodean?

—Configuran un zodíaco, creado por un escultor llamado Chabaud.

—¿Un zodíaco? —la joven contempló, a través de las luces de los focos, aquellos

extraños relieves con forma de cabezas humanas.

—Así es —repuso Kyriel complacido por el interés que mostraba Christelle—. ¿Puedes ver los símbolos que cada rostro lleva esculpido en su frente?

—¡Sí, es cierto! —exclamó la joven con satisfacción—. Un escorpión, un león, un cangrejo, un toro... ¡Cada uno representa los signos del zodiaco! Pero, observo unos símbolos diferentes... —preguntó mientras indicaba con el dedo cuatro rostros en cuya frente se hallaba una estrella.

—Conforman una brújula. Las estrellas designan cada uno de los puntos cardinales. Sin embargo... no es totalmente exacto. Se desvía un par de grados de su verdadero Norte.

—¡Qué extraño! ¿Por qué habrían de esculpir una brújula imprecisa en un sitio como este? —exclamó sorprendida Christelle.

—Dicen que su Norte apunta al Louvre en homenaje a Napoleón III que vivía allí como emperador cuando Garnier comenzó a edificar la Ópera. Pero a mí me gusta afirmar que verdaderamente señala aquella suntuosa figura que tenemos ante nosotros.

Avanzaron varios metros hasta situarse ante la estatua de bronce de una mujer, emplazada en una cavidad que a modo de pequeña gruta, parecía cerrarse en torno a ella.

Los contraídos rasgos de su rostro, reflejaban cólera e ira y su boca entreabierta, parecía contener una expresión que sus labios nunca materializarían.

Su cabello corto y enmarañado se hallaba surcado por sinuosas serpientes, que le conferían un extraño aspecto en un ritual de erótico exotismo.

Se hallaba sentada sobre un pedestal en cuya base podían vislumbrarse diversas salamandras mordiéndose entre sí en una brutal vorágine. Ataviada con un voluptuoso vestido que ocultaba parte de sus esbeltas piernas, sus senos permanecían desnudos y uno de sus brazos, extendido hacia los que allí la observaban, parecía alertarles de algún oscuro secreto con su gesto de rechazo. Todo su cuerpo mostraba signos de tensión, como si tratase de reprimir una violenta reacción que alterase su bronceada inmovilidad.

La figura estaba tenuemente iluminada por dos espléndidos candelabros que hacían resaltar no solo sus rígidas facciones sino los relieves florales y las sonrientes máscaras que confeccionaban aquel recargado alveolo.

Christelle nunca había comprendido la razón por la que aquella enigmática estatua se encontraba en la Ópera, pero sentía que encajaba perfectamente con la insomne magia que envolvía el lugar, formando parte de sus misterios.

Observando la ornamentación que rodeaba la figura femenina descubrió, entre las voluminosas columnas, múltiples liras que parecían proteger aquel extraño santuario invocando la imagen del dios de la Música.

«La Ópera está llena de liras como estas... me pregunto qué sentido tiene un símbolo así en el violín».

La suave voz de Kyriel la despertó de sus pensamientos.

—Te presento a la Pythie —dijo, extendiendo su mano hacia la estatua—; es una abreviación de *pitonisa*.

—¿Una pitonisa... en la Ópera?

—Su nombre deriva de la serpiente Pitón...

—¡Delfos! —exclamó ella adivinando su significado.

Los ojos de Kyriel centellearon con un repentino brillo.

—Exacto —convino sonriente—, es una de las pitonisas de Apolo en Delfos. Su trabajo consistía en predecir el futuro a todos aquellos que le otorgasen una ofrenda a su dios.

comenzaban a humedecerse.

Visiblemente trastornado, Kyriel contempló durante unos segundos la estatua de bronce antes de responder con voz grave:

—No sabría que decirte, no tengo explicación alguna, probablemente tengas razón...

Christelle se pasó una mano por su frente, perlada de un desagradable sudor frío.

—Yo... creo que no me encuentro bien... —dijo, respirando con dificultad mientras sentía que las paredes de la Ópera se estrechaban a su alrededor— necesito salir de aquí.

Kyriel pasó un brazo por su cintura y sosteniéndola con firmeza comenzó a guiarla hacia la salida.

—Tranquila —le susurró—, fuese lo que fuese, ya ha terminado; estoy contigo, intenta respirar hondo.

En el exterior del edificio, la ansiedad de Christelle pareció remitir, pero él seguía preocupado y taciturno.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntaba a cada instante.

Ella asintió mientras se apoyaba en una de las arcadas de la fachada, contemplando la fina lluvia que caía sobre París.

Un leve viento, húmedo y frío, acarició su rostro, consiguiendo que recuperara paulatinamente sus fuerzas.

—La Pythie... —murmuró débilmente mientras dirigía su vista hacia Kyriel— ella... nos ha hablado...

Parecía un intento por convencerse a sí misma de que aquello que había presenciado no había sido una falacia.

—Ha parecido tan real... —prosiguió.

Kyriel aspiró con fuerza una bocanada de aire frío que acto seguido exhaló, con una corta frase:

—A veces nuestras mentes pueden engañar a nuestros ojos.

Permanecieron en silencio durante unos instantes, observando la amplia avenida que se perdía ante ellos en el horizonte.

Christelle bajó lentamente la cabeza, como si estuviera soportando una carga excesiva sobre sus hombros.

Él posó suavemente la mano debajo de su mentón y le hizo volver el rostro de modo que pudiera mirarlo de frente.

Con la preocupación reflejándose en sus ojos, la joven susurró:

—Mi vida ha cambiado desde que encontré este violín... No sé si podré llegar hasta el final de todo esto...

Kyriel hizo un dulce gesto para indicarle que guardara silencio.

—Este violín es más especial de lo que habíamos pensado y su influjo nos está arrastrando con él. Pero todo va a salir bien; confía en mí.

Ella asintió esbozando una sonrisa.

—¿Pero qué ha ocurrido? —preguntó al fin—. ¿Qué es exactamente lo que hemos presenciado? La estatua, la niebla, la luz...

Kyriel mudó de expresión mostrando un semblante serio y pensativo.

—No lo sé... parecía como si el tiempo se hubiera transformado para nosotros, por eso hemos sido los únicos en verlo... quizá hayamos accedido a una especie de burbuja espacio-temporal...

Christelle lo observó confusa y aturdida.

La teoría de Kyriel podría haber sido extraída de un libro de ciencia-ficción, y sin

embargo era la explicación más lógica para aquella experiencia irracional.

—¿Y sus palabras? ¿Qué querían decir? —volvió a preguntar ella.

—«Aquello que sin ello lo que portáis no tiene vida...» —recordó Kyriel.

—¡El violín...! ¡Se refería al violín! —exclamó la joven mientras descolgaba de su espalda el estuche con el instrumento—. Pero eso quiere decir...

—Un violín no tiene vida... sin música —musitó Kyriel —y la música se halla contenida en...

—Partituras... —Christelle abrió desmesuradamente los ojos— ¡Nos ha indicado qué es exactamente lo que estamos buscando! ¡Unas partituras! ¿Pero de quién?

—«La senda ya marcada»... ¿la pista de Leroux? —la pregunta de Kyriel parecía una afirmación.

—Dios mío, ¿estamos buscando las partituras... del Fantasma? —Christelle entrecerró los ojos, como si buscara en su memoria algo perdido desde hacía muchos años—. Sé que su composición tenía un nombre concreto, pero no logro recordarlo en estos momentos. De todas formas es una locura pensar que...

Kyriel la interrumpió con la mirada absorta en los grisáceos escalones y como si de una reflexión personal se tratase, murmuró:

—En ocasiones la realidad se abre paso a través de las locuras más incomprensibles...

Christelle suspiró. No podía creer todo lo que le estaba sucediendo en tan pocos días desde la muerte de su tío.

Estaba inmersa en una serie de acontecimientos que superaban su capacidad de reacción y análisis, provocando en ella una sensación de terrible incertidumbre ante lo que le deparaba el futuro más inmediato.

Sintió que todo su cuerpo temblaba, pero no supo si era a causa del frío o del pánico.

¿Qué fuerzas extrañas envolvían al violín? ¿Qué clase de nuevas visiones y experiencias la estarían esperando? Ahora comprendía la aprensión de su tío cuando le confesó que lo había tocado... Quizá fuera cierto lo que escribió en su carta... quizá hubiese despertado el alma de Erik...

En esos momentos, el móvil que se encontraba en el bolsillo de su pantalón comenzó a sonar, sobresaltándola repentinamente.

Cuando descolgó, pudo escuchar una voz familiar que le habló atropelladamente:

—Christelle, soy Gilles, venid rápido al Louvre, ¡he descubierto el significado del mensaje de Leroux! Nos vemos en el vestíbulo principal, en las escaleras que conducen a la Sala Richelieu.



25

Septiembre, 1873

Garnier permanecía inmóvil, observando con gesto taciturno el gran boceto de la fachada de la Ópera que parecía presidir aquella oficina.

Las luces que emitían las diversas lámparas de gas proporcionaban un aspecto teatral a la desordenada estancia cubierta de innumerables apuntes, croquis, piezas en escayola de proyectos de estatuas, bocetos pictóricos, muestras de mármoles de Serramezza, Caunes, Sienne... La oficina de Garnier en la Ópera era sinónimo de caos.

Su mirada perdida se deslizó hasta el amplio ventanal situado a su izquierda, contemplando cómo la luna llena reinaba en todo su esplendor aquella noche sobre el cielo de París.

De forma distraída miró su reloj y comprobó la hora: las once de la noche.

Cuando alzó la vista, dio un respingo. Ante él, se hallaba la sombría figura de un hombre alto, vestido de negro, con un sombrero de ala ancha que ocultaba parte de su rostro y una larga capa que llegaba hasta sus pies. Garnier no pudo evitar sonreír reponiéndose del sobresalto.

—Siempre logras sorprenderme con tu sigilo —dijo un tanto aliviado, intentando no centrar demasiado su atención en la máscara que portaba su extraño visitante. En todas sus entrevistas, nunca le había preguntado por ella, quizá por temor a la respuesta, o porque ya imaginara lo que subyacía tras ella.

—Lo siento —dijo aquel hombre envuelto en las sombras. En su voz sonó un acento de curiosa diversión—. Pensé que ya te habrías acostumbrado.

Garnier le indicó con la mano que tomara asiento.

—Ya sabes que mis nervios se acentúan cada día que pasa, Erik... Cuando inicié la construcción de esta Ópera hace más de doce años, nadie supo predecirme que su finalización estaría tan lejos de mi alcance. Ahora se trata de un edificio semidestartado y olvidado, que se sostiene en pie gracias a la providencia.

—No creo que la providencia tenga mucho que ver... —dijo la negra figura, mientras se quitaba el sombrero y negaba con la cabeza—. Si los confederados de la Comuna y el gobierno no han quitado ni una sola piedra de esta obra, no es sino gracias a tu esfuerzo. Me asombra que aún desees estar al frente de su construcción.

—¿Ves eso? —Garnier se giró para señalarle el boceto que minutos antes había

contemplado—. Aunque en estos años yo haya envejecido el doble de lo habitual y me haya dejado la piel en el camino, ¡no pienso renunciar tan fácilmente hasta verla completada! ¡Es nuestro sueño! ¡Ambos hemos luchado para ver cómo se transformaba en una realidad!

—Sí, pero tú has sido quien se ha enfrentado cara a cara con aquellos que querían frenar su desarrollo —su voz se tiñó de amargura—, el único en defender nuestros intereses a la luz del día.

Garnier se sentó frente a él con la desaprobación reflejándose en su rostro.

—Creo que te subestimas, amigo mío. Sin tu ayuda, la Academia Nacional de Música no estaría en pie —cerró los ojos un instante y prosiguió—. Un sirviente... eso es en lo que me he convertido durante estos años. Un sirviente de los inspectores, del gobierno, del dinero, incluso de mis propios pensamientos.

Erik se irguió en su respaldo y cambió de tema.

—¿Conseguiste la estatua que te encargué?

La expresión de Garnier se tornó en asombro.

—¿La Pythie de Marcello? No creo que eso sea importante ahora...

—¿La compraste? —le interrumpió bruscamente.

Garnier suspiró.

—Sí, gracias a tu... donativo. Dudo que el gobierno me hubiese permitido abonar doce mil francos en plena guerra con Prusia... ese capricho tuyo me pudo haber costado dar demasiadas explicaciones. Gracias a Dios, nadie pareció extrañarse.

—No la has colocado aún...

—¿Con los comuneros rondando el edificio dispuestos a prenderle fuego en cualquier momento? ¡Por supuesto que no! Sigue en los almacenes, esperando en vano a que la Ópera se finalice... Por cierto —preguntó con cautela—, en estos últimos dos años... ¿dónde has estado? No diste señales de vida... cómo si se te hubiera tragado la tierra.

—Algo parecido... —murmuró Erik mientras unía sus manos en un gesto que denotaba su rechazo ante aquella pregunta.

Garnier se encogió de hombros.

—No es asunto mío, ¿no es cierto?

El silencio pareció contestar afirmativamente a su interrogante.

—¿Y bien? ¿Has hablado con el gobierno actual para que recapacite sobre la conclusión de la Ópera? —la voz de Erik sonó cortante.

Garnier se pasó una mano por sus rizados cabellos con inquietud.

—Así es. Sin embargo... tras la guerra con Prusia y la consabida guerra civil posterior, no quieren saber nada, por el momento, de este tema. Alegan que por ahora es un proyecto totalmente inviable y que, por supuesto, no concederán un solo franco más para la construcción de un edificio imperialista.

Erik dio un sonoro golpe en la mesa.

—¡Maldita sea! —tronó con furia—. ¡Qué importa su procedencia! ¡Es un templo de la música, no una asamblea política!

—Te entiendo, pero lamentablemente no hay nada que hacer... Mientras la Ópera Peletier siga en pie, todo será inútil; un nuevo palacio de la Ópera es innecesario en estos momentos.

Erik guardó silencio durante unos instantes en los que Garnier creyó percibir un extraño brillo de ferocidad en los ojos tras la máscara.

—¿Qué puedes decirme de la bóveda? Veo que los planos que diseñé fueron bien

**Venid, gentes del mundo, venid a estas
residencias silenciosas y vuestra alma,
ahora tranquila, será arrebatada de la voz
que se eleva en su interior.**

Kyriel señaló otra inscripción.

—Cementerio de San Lorenzo: parece que tampoco es aquí donde debemos buscar.

Siguieron avanzando hasta detenerse nuevamente ante un curioso relieve grabado en el rugoso muro de piedra, protegido por unas gruesas verjas que comenzaban a oxidarse.

Se trataba de una peculiar maqueta de un castillo.

—¿Qué significará? —preguntó Christelle.

En ese instante, escuchó una voz a su espalda.

—Es una pequeña decoración llevada a cabo por un soldado llamado Décure en 1782, contratado por la Inspección General de Carrières.

La joven se volvió para averiguar quién había pronunciado aquellas palabras. Comprobó que era uno de los guardas de las catacumbas.

Kyriel le agradeció la información y con un gesto significativo, indicó a Christelle que debían seguir caminando.

—No habíamos contado con los guardas —le susurró cuando se hubieron alejado unos metros—, espero que no nos vean inspeccionar la zona, no quiero preguntas inoportunas.

El silencio que inundaba aquellas cavidades era sobrecogedor.

Christelle no podía apartar la mirada de las calaveras que se encontraban a cada paso. Algunas de ellas se hallaban fracturadas, otras habían perdido parte de su mandíbula y otras, únicamente mostraban parte de su cráneo ciego.

Pensó en todas aquellas vidas sesgadas por la igualadora guadaña de la Muerte y en los acontecimientos que les llevaron a caer en su funesto poder: pestes, hambre, enfermedades... la Revolución francesa...

Sintió lástima por ellos. No estaba plenamente convencida de que aquel lugar fuera el idóneo para su descanso eterno.

Se hallaba sumida en estas cavilaciones cuando Kyriel, que se había adelantado unos pasos, se giró hacia ella con una sonrisa.

—¡Aquí es! —exclamó a media voz señalando una inscripción.

Christelle se aproximó hacia ella y leyó en voz alta su grabado:

**Osamentas del Cementerio de los Santos
Inocentes, depositados en Abril, 1786.**

—¡Genial! Pero... —la joven miró a su alrededor con desilusión— en los corredores pertenecientes a este cartel hay miles de esqueletos, ¿cómo vamos a distinguir el símbolo que indicaba Leroux entre todos ellos?

—Tendremos que ser muy meticulosos —contestó él—. Yo registraré el muro de la izquierda, comprueba tú el lado derecho.

—De acuerdo.

Tras largos minutos examinando cada uno de los cráneos que allí se encontraban, Christelle comenzó a impacientarse. Las calaveras parecían carcajearse de su búsqueda y la poca luz de que disponían no ayudaba en aquella minuciosa labor.

«Al menos» —pensó la joven— «no hay muchos visitantes hoy... me pregunto qué pensarían si nos vieran escrutar estos esqueletos con tanto ahínco.»

Suspiró cruzándose de brazos y comprobando que el lado que debía registrar se hallaba dividido por un pequeño portón de madera.

«Un momento...»

Entrecerró los ojos para ver mejor y con su linterna iluminó la dovela circular de piedra que enmarcaba aquella puerta.

—¡Creo que he encontrado algo! —exclamó.

Él se dirigió con rapidez hacia ella y se agachó para vislumbrar la clave central del dintel. Apartó una vieja telaraña y sopló sobre el denso polvo que cubría la piedra principal.

Allí estaba; era aquel extraño símbolo en forma de uve doble torcida que habían visto por primera vez en la estatua del Louvre.

Ambos se miraron y sonrieron en silencio, cómplices de su éxito.

—Todo este tiempo estábamos buscando esta marca en una calavera... —dijo Christelle— ¿quién nos iba a decir que se trataba de una puerta? Ahora la cuestión es... —prosiguió— cómo vamos a entrar.

Kyriel palpó su superficie y empujó levemente su madera.

—Es muy antigua —dijo al fin— y aunque está cerrada, no creo que tengamos problemas. Apártate un segundo.

Tras decir esto, dio una certera patada que abrió la puerta destrozando el deteriorado cerrojo que poseía.

El eco que generó, repercutió unos instantes por los oscuros pasillos.

—¿Y si nos han escuchado los guardas? —preguntó alarmada Christelle.

—Tenía que arriesgarme —dijo él, encogiéndose de hombros y esbozando una pícaro sonrisa—. Yo iré delante, quizá no sea un lugar seguro.

Christelle vio cómo se introducía por la pequeña apertura y desaparecía en la oscuridad.

Tras varios segundos de espera, escuchó su voz.

—Vamos, puedes entrar.

Cuando la joven penetró en su interior, encendió su linterna y trató de iluminar la estancia, descubriendo que aquella puerta comunicaba con un nuevo corredor sumido en la más absoluta oscuridad.

El sonido de sus pasos resonaba cavernosamente en aquel túnel hasta que Kyriel se detuvo, indicándole que iluminase el techo.

—Lo que imaginaba —comentó él señalando la bóveda.

Ante ellos y dividiendo el corredor en dos, se hallaba un deteriorado arco apuntado; los grandes bloques de piedra que lo formaban estaban completamente amalgamados en un caos arquitectónico.

—Este corredor es muy antiguo y por lo que veo, no muy seguro —prosiguió con preocupación Kyriel—, tendremos que ser precavidos.

Al traspasar las fronteras delimitadas por aquel arco, se encontraron con una pequeña

sala donde el aire parecía haberse tornado denso y rancio.

Christelle enfocó la estancia con su linterna y lo que vio, le hizo dar un instintivo paso atrás.

Aquel habitáculo se hallaba repleto de restos óseos, de esqueletos humanos que cubrían desordenadamente todo el suelo y buena parte de las paredes, rozando la rugosa bóveda superior.

—No te asustes —dijo Kyriel— deben ser restos sin clasificar...

—No estoy asustada —respondió ella, sobreponiéndose a aquel macabro espectáculo.

Kyriel sonrió ante el aplomo que demostraba.

—Bien, es aquí donde debemos buscar... —dijo mientras se aproximaba con cuidado a los cientos de cráneos y tibias esparcidos por la sala —intenta iluminar todo cuanto puedas.

Christelle asintió al tiempo que procuraba alumbrar cada recodo.

Las fantasmagóricas sombras que la luz de su linterna creaba, la impulsaban a salir de allí y ver de nuevo las transitadas calles de la superficie.

—No vayas tan rápido —le indicó Kyriel—, casi no tengo tiempo para registrar cada zona.

—Lo siento...

El tiempo transcurría lentamente en aquella macabra cámara de almas olvidadas por los siglos. Parecían protegerse unas a otras para no caer en el aciago espejismo de lo que una vez fueron. Sin ojos en los que reflejar sus sueños de antaño, sin labios con los que besar a sus seres queridos, sin manos que pudieran ofrecer ternura y calor, sin voz con la que clamar sus palabras mutiladas por la angustia...

Eran tristes poseedoras de las sombras y del oscuro vacío en que se hallaban prisioneras. Atrapadas en aquella cueva de su destino final, únicamente podían permanecer silenciosas y desterradas, añorando sus días de luz.

Almas de muerte. Almas sedientas de plenitud. Almas sin descanso.

Kyriel persistía en su búsqueda, analizando cada muro, esquina, osamenta... mientras Christelle iluminaba con la tímida luz de su linterna.

—¡Un momento! —exclamó él repentinamente—. Vuelve a enfocar aquella parte de la pared.

Christelle entornó los ojos, incapaz de distinguir algo entre tantos esqueletos.

—¡Justo ahí! Déjame ver...

La joven se aproximó hasta situarse junto a él.

Ante ellos, situada en el centro del muro principal y rodeada por cientos de huesos, se encontraba una calavera con la misma marca en forma de doble uve grabada en su frente.

Ambos se mantuvieron en silencio, contemplando aquel singular cráneo hasta que Christelle pronunció en voz alta sus dudas.

—¿Y qué se supone que debemos hacer ahora?

—No seas impaciente —el tono de Kyriel denotó gravedad—, supongo que lo que buscamos está en su interior...

—Entonces, vamos a averiguarlo —diciendo esto, alargó ambas manos y tiró de la calavera con todas sus fuerzas, arrancándola del lugar en que se encontraba.

—¡No! —gritó Kyriel.

Su grito de advertencia llegó demasiado tarde.

Se abalanzó hacia ella cubriéndola con su cuerpo al tiempo que los cientos de osamentas amontonadas en aquella pared, se precipitaban sobre ellos con un estrépito

ensordecedor. Parecía una extraña venganza por separar a uno de sus hermanos del lugar al que pertenecía.

Permanecían sepultados bajo aquella vorágine de esqueletos cuando un sonido sordo llegó hasta sus oídos.

Súbitamente, las rocas que confeccionaban el arco apuntado que habían atravesado hacía escasamente unos minutos, comenzaron a desplazarse de su posición como resultado de aquella avalancha de muerte.

Kyriel abrazó con más fuerza el cuerpo de Christelle presintiendo lo que iba a ocurrir a continuación.

La bóveda que servía como introducción a aquella sala, se derrumbó estruendosamente y con ella, parte de los muros laterales, bloqueando la salida por completo.

Ella se mantuvo inmóvil bajo la protección de Kyriel, quien no redujo la presión de sus brazos hasta pasados unos segundos, cuando la sala pareció recuperar su calma.

—¿Te encuentras bien? —susurró él con la inquietud reflejándose en su voz.

La joven se sintió incapaz de articular palabra.

—S...sí... —logró musitar.

Creyó escuchar un suspiro de alivio procedente del pecho de Kyriel que paulatinamente fue relajando sus músculos hasta liberarla de su abrazo.

Con la energía que lo caracterizaba, comenzó a apartar el caótico conjunto de huesos bajo el que se hallaban sepultados, ayudándola a incorporarse.

Aun a pesar de lo ocurrido, la joven seguía aferrando la calavera marcada con el extraño símbolo.

Una vez en pie, comprobó que la apertura por la que habían entrado a aquella sala ya no existía.

Sintió que la invadía una gigantesca ola de culpabilidad mientras Kyriel se aproximaba hacia las piedras caídas para comprobar si era factible retirarlas.

—Es peor de lo que me temía —dijo él—. Aunque alguno de los guardas haya escuchado el ruido, dudo mucho que pueda sacarnos de aquí... tardarían varios días en apartar todos los bloques y afianzar el muro y la bóveda. Todavía me preocupa que puedan originarse más desprendimientos.

—Lo siento... —gimió Christelle, que permanecía en pie, todavía temblorosa por el susto.

Él se mantuvo en silencio.

—Y ahora... ¿qué vamos a hacer? —preguntó ella con el temor reflejándose en sus ojos.

Kyriel frunció los labios.

—Realmente no lo sé... —tras una breve pausa, prosiguió con gravedad—. No voy a mentirte, Christelle, no estamos en una situación fácil. Nadie sabe que estamos aquí y la salida se haya totalmente bloqueada. Lo que más me preocupa es que si no encontramos pronto una solución, tarde o temprano nos quedaremos sin oxígeno.

Sin querer, Christelle apretó sus dientes con fuerza.

«Todo esto ha ocurrido por mi total falta de sensatez», se decía a sí misma.

Kyriel, que comenzaba a percibir su nerviosismo, sujetó sus brazos con suavidad y le dijo:

—Debemos pensar con calma... Tiene que haber algo que podamos hacer para salir de aquí. No dejemos que el miedo nos domine.

Su rostro, tenuemente iluminado por el pequeño resplandor de la linterna, parecía contradecir sus serenas palabras de ánimo.

La mente de Christelle explotó en un remolino de ideas sin sentido; buscaba frenéticamente una solución, algo que les diera una mínima oportunidad de salir ilesos de allí.

Él permanecía igualmente pensativo, con la intranquilidad reflejándose en su mirada.

«Si Gilles estuviera aquí...» —pensó la joven que súbitamente pareció recobrar el aliento— «¡Gilles! ¡Eso es!»

Extrajo de uno de sus bolsillos el móvil y trató de activarlo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Kyriel con curiosidad.

—Intentaré llamar a Gilles, él sabrá resolver este problema, estoy segura.

Él negó con la cabeza.

—Recuerda que estamos a varios metros bajo la superficie de París... No tendrás mucha cobertura.

Christelle se pasó una mano por su cabeza con desazón.

—Entonces... —dijo— le mandaré un mensaje, quizá le llegue; tengo que intentarlo.

Con toda la rapidez de la que fue capaz, escribió:

**SOS, atrapados catacumbas,
galería Inocentes. Christelle.**

El primer intento fue en vano.

«Por favor...»

Cuando volvió a presionar el botón de Aceptar, comprobó aliviada cómo el mensaje había sido enviado a su destinatario.

—¿Crees que funcionará? —inquirió Kyriel— ¿Sabrá dónde estamos?

Christelle dudó por unos instantes.

—Confío en él; no lo subestimes, Gilles es un genio de los subterráneos. Además, es nuestra única salida si no queremos morir aquí...

Mientras tanto, al otro lado del muro, uno de los guardas de las catacumbas se dirigía apresuradamente hacia aquella zona alertado por el fuerte ruido producido por el desprendimiento.

Al llegar al osario de los Inocentes, buscó con su linterna cualquier signo de destrozo en los cientos de huesos que se apiñaban en las paredes.

Pero todo estaba en orden.

Cuando se giró para iluminar el lado derecho de aquel corredor, vislumbró que el pequeño portón de madera se hallaba abierto.

Su serenidad profesional dio paso a una creciente de alarma.

Penetró y enfocó el estrecho pasillo que se encontraba ante sí, descubriendo con sofocada inquietud como la bóveda se había hundido y con ella, parte de los muros laterales.

Tomó con decisión su walkie talkie y llamó a sus compañeros de los pisos superiores.

Al cabo de unos minutos, todos se hallaban presenciando aquel desprendimiento.

—Esto es un promontorio, ¿no es un tanto extraño que aquí podamos encontrar un pasadizo subterráneo? —la joven se asombró de su propia impaciencia—. Ya sé que la nota parece referirse a eso, pero...

—En realidad —comenzó a decir Gilles, con cierta cautela—, según una leyenda urbana... No, imposible, solo es una fantasía.

—Toda leyenda tiene su base de realidad —dijo Kyriel—; continúa.

El cata cruzó los brazos.

—Según he oído, existe una especie de gruta justo bajo este templo. Se dice que antiguamente, diversas sociedades secretas y grupos ocultistas, se reunían allí para llevar a cabo sus ceremonias.

Christelle abrió los ojos desmesuradamente.

Gilles se percató de ello.

—Ya os he dicho que solo es una leyenda... —comentó con resignación— no hay ninguna prueba de su existencia.

—Nosotros la encontraremos —La convicción de Kyriel contagió a Christelle, que comenzó a analizar cada recodo con renovada energía.

Tras varios minutos de búsqueda, no encontraron ninguna pista satisfactoria.

Decepcionados, comenzaron a descender por las escaleras que desembocaban en un rellano.

Christelle miró a su alrededor. Habiendo llegado hasta allí y después de todo lo que habían pasado, no quería aceptar una derrota.

Pero, ¿y si aquel pasadizo fuera realmente una quimera?

O quizá existiera en tiempos de Leroux y su entrada se bloqueara posteriormente... en ese caso, encontrarlo sería una labor inalcanzable.

Sin embargo, su instinto le decía que aún no había llegado el momento de desanimarse.

—Esperad —dijo mientras se dirigía hacia uno de los extremos inferiores del templo.

Tenía que intentarlo, buscar en cada esquina de aquel peculiar paraje y asegurarse de que no dejaban ningún centímetro sin registrar.

No pudo evitar que un suspiro de desencanto saliera por su boca al advertir que se trataba de un camino sin salida. Pero, cuando ya se disponía a reunirse con sus amigos, vio algo oculto entre la maleza.

Apartó diversas ramas y vegetación antes de tocar lo que parecía una barra de acero fría y áspera. Recordó que aún tenía la pequeña linterna en el bolsillo de su pantalón.

La encendió y enfocó su descubrimiento.

—¡Kyriel, Gilles! ¡Venid, rápido! —gritó con entusiasmo.

Sus amigos acudieron con celeridad.

Todos sonrieron cuando vieron lo que se encontraba ante ellos.

Una verja oxidada cerraba el paso a unas arcaicas escaleras descendentes que se sumergían en las profundidades rocosas.

—He aquí nuestro pasadizo —dijo Christelle, satisfecha de su hallazgo.

Gilles se inclinó para analizar la cerradura y acto seguido descolgó la mochila de su espalda.

—Creo que esto servirá —dijo mientras extraía una pequeña ganzúa.

Christelle y Kyriel permanecieron atentos observando cómo las expertas manos del cata conseguían abrir el enverjado metálico.

—Adelante —les dijo con una sonrisa al tiempo que les señalaba las polvorientas

escaleras de piedra.

La joven sintió cómo un repentino frío se apoderaba de su cuerpo. El recuerdo de aquellas horas encerrada en la oscuridad de las catacumbas no se había borrado de su mente.

Por un momento pensó en la coincidencia que poseían muchas de las pistas que habían seguido: los habían conducido hasta las profundidades de la tierra.

«No es tan extraño teniendo en cuenta que el propio Fantasma vivía bajo la superficie de París... supongo que Leroux debió tener este hecho muy presente...» pensó.

—Yo descenderé primero —se ofreció Kyriel.

Se sintió aliviada por la iniciativa de su amigo e intentando hacer caso omiso de sus propios temores, caminó tras él mientras iluminaba con su linterna el oscuro pasillo en el que habían comenzado a adentrarse.

No existía pasamanos alguno, por lo que la joven se vio obligada a apoyarse en las rugosas paredes.

Fue entonces cuando se percató de los extraños dibujos que se hallaban en la piedra.

Kyriel advirtió cómo ella se detenía para observarlos.

—Son pentáculos o pentagramas —comentó él—, símbolos paganos de la magia que envuelve el mundo.

—Pero, no todos son iguales —señaló Christelle—. Este se encuentra al revés y este se halla en el interior de un círculo.

—Cada uno posee un significado distinto, pero forman parte de la misma simbología. El pentáculo cuya punta se halla hacia arriba, representa la figura humana y sus cinco extremidades, así como los cinco elementos: Agua, Aire, Fuego, Tierra y Espíritu. Digamos que es un símbolo de la magia blanca ya que suele utilizarse como protección para uno mismo o sus seres queridos. Cuando el pentagrama está inscrito en un círculo, este une todos los aspectos del hombre... Une el cuerpo con la mente, lo espiritual con lo profano... Nos recuerda que necesitamos todos nuestros aspectos, buenos o malos, para satisfacer nuestras vidas como seres humanos. Todo es un ciclo: no experimentaremos alegría sin dolor, pero el dolor nos llevará otra vez a la alegría. Pitágoras lo usaba como un símbolo de salud y sus seguidores lo mostraban para reconocerse entre ellos. En tiempos medievales, algunos caballeros cristianos usaban el pentagrama como su símbolo representando las cinco heridas de Jesucristo... Existen cientos de ejemplos. El pentagrama con la punta de su estrella hacia abajo significa algo muy distinto —la voz de Kyriel se endureció—. Es un símbolo tradicionalmente satánico. Se dice que usan el símbolo al revés, lo cual coloca los elementos de Fuego y Tierra hacia arriba, y Espíritu, hacia abajo. No siempre significa lo mismo; existen culturas para las cuales esta clase de pentagrama es benigno...

—Me pregunto qué tipo de ceremonias se realizarían aquí abajo —murmuró Christelle sintiendo un súbito escalofrío.

Prosiguieron su descenso por aquel misterioso corredor, inmersos en sus propios pensamientos, que giraban en torno a lo que los estaría aguardando al final de los escalones.

No tuvieron que esperar mucho para descubrirlo.

Aquella escalera desembocaba en una enorme cripta construida sobre la roca.

Los tres permanecieron inmóviles, contemplando aquella cavidad de aspecto salvaje, pero de extraña belleza.

Ella comenzó a pensar que se trataba de una gruta natural, dada la cantidad de estalactitas de piedra que parecían amenazarlos desde la bóveda, pero el arco de medio punto diseñado a modo de entrada y el suelo, completamente pulido, le indicaba que el

hombre también había colaborado en la creación de aquel singular habitáculo.

Por alguna razón, la joven había imaginado encontrarse con una cripta decorada con los objetos más característicos que una hermandad pudiera utilizar: antiguos candelabros de siete brazos, extraños símbolos como los que habían visto minutos antes, un altar para los rituales...

Sin embargo, aquel lugar se hallaba completamente vacío, sin señal alguna de haber servido como punto de encuentro para celebrar ceremonias secretas.

Únicamente pudo advertir cómo la bóveda y parte de los muros laterales se hallaban cubiertos por un color más oscuro. Dedujo que sería el ennegrecido resultado del humo que desprendieran antorchas y velas.

«Si aquí realmente tuvieron lugar reuniones ocultas, tuvieron mucho cuidado en no dejar rastro alguno.»

La cueva exhalaba un aliento de tumba y humedad.

—¡Mirad! —exclamó Gilles señalando el suelo.

Christelle lo enfocó con su linterna descubriendo en él ciertos colores borrosos.

—Puede que dibujasen algún tipo de símbolo, como los pentagramas que hemos visto antes —dijo el cata—, lo he visto en varias películas.

Ella reprimió una sonrisa.

—Puede ser... —dijo la joven—. ¿Tú que opinas, Kyriel...? ¿Kyriel?

Miraron a su alrededor sin encontrarlo.

Christelle trató de iluminar cada recodo de aquel habitáculo hasta que dieron con él.

Permanecía en silencio, observando con gravedad uno de los muros laterales.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven, pero no obtuvo respuesta.

Se acercó hasta él y dirigió su vista hacia lo que parecía captar su atención.

—¡Dios mío! —exclamó sorprendida.

En aquella pared de piedra, se hallaban grabadas unas extrañas palabras:

Chemin du Quinconce

W

G.L.

—¿Qué crees que puede significar? —le preguntó a Kyriel, pero él guardó silencio.

La joven estudió su rostro grave y circunspecto con cierta preocupación. Sus ojos seguían anclados en aquel grabado, pero su semblante mostraba una expresión que la inquietó. Incluso su mirada había perdido la serenidad. Un extraño brillo emanaba de ella, como un misterioso aviso de las palabras que pronunció a continuación:

—Debéis recuperar el violín— dijo él.

Su voz se había teñido de tensión y su cuerpo había adoptado un estado de rigidez tras leer aquello.

Christelle se sintió súbitamente alarmada. Nunca le había visto así. Él siempre había representado para ella la confianza, el aplomo, la protección... Ahora, todo aquello parecía haberse desvanecido por completo. Percibió aquel cosquilleo tan característico que la invadía cuando algo no iba bien.

—¿Debemos? —preguntó con desazón—. ¿A qué te refieres?

—Gilles y tú —contestó él de forma tajante—. Ahora.

Por un momento la joven no supo qué responder.

Kyriel había sido su más firme apoyo desde que murió su tío. No podía concebir aquella búsqueda sin él. Recordó en una fracción de segundo todo por lo que habían pasado...Y pensó que aquella sensación, aquel sentimiento de inexplicable atracción en torno a su persona, aún no había desaparecido para ella sino todo lo contrario. Se sentía fuertemente unida a ese hombre surgido de la niebla aquella noche en la Place des Vosges y seguía sin saber la razón. Sin embargo, no le había importado hasta ahora. Quizá llegó a pensar que nunca tendrían que separarse...

—¿Y tú? —consiguió preguntarle—. ¿No vienes con nosotros?

Él negó con la cabeza, sin devolverle la mirada.

—¿Por qué? —Su voz resonó en la gruta con un gutural eco—. ¿Qué es lo que quiere decir ese grabado? ¿Él es la razón de tu decisión?

—Este mensaje conduce a un lugar al que debo acudir yo solo.

—Pero...

—Lo siento —la interrumpió él mientras se giraba en busca de sus ojos.

Al verlos, Christelle supo que no tenía otra opción. Debían separarse.

—Nos vemos dentro de dos horas en la entrada principal de la Ópera. Gilles—añadió volviéndose hacia el cata con la mano extendida—, necesito la ganzúa y la linterna, por favor.

Tras aquellas palabras, Kyriel se encaminó con paso firme hacia la salida de la cripta. Sabía perfectamente a dónde dirigirse.





El paisaje que rodeaba el monasterio lo dejó sin respiración.

La nieve caída aquel invierno todavía podía contemplarse en las cumbres de aquellas montañas formando un cuadro de típica postal.

Tras llamar varias veces al portón, salió a recibirlo uno de los monjes benedictinos. Aquel hombre enjuto, pero de mirada entrañable le preguntó la razón de su visita.

Con toda la amabilidad de la que fue capaz, le explicó su condición de profesor de música así como director de orquesta, comentándole cómo a través de una recomendación había decidido hacer una pequeña visita al monasterio y quizá descubrir entre sus muros alguna partitura olvidada en el tiempo.

El monje asintió, invitándolo a entrar.

—Le han aconsejado bien —comenzó a decirle mientras caminaban—. Aquí encontrará diversas *particellas* y cuadernos musicales tan remotos como la historia misma. Nuestra biblioteca es una de las más antiguas de Italia y nuestro oficio nos ha brindado la oportunidad de encontrar algún que otro tesoro literario... Aunque yo creo que la inteligencia es el gran tesoro de los hombres.

Acto seguido añadió con una pícaro sonrisa:

—Y también el buen vino.

Al preguntarle qué clase de trabajo ejercían con los libros, el religioso le explicó que restauraban los más deteriorados por el paso de los siglos, al igual que manuscritos y algunos incunables que habían podido conseguir de otros monasterios y abadías que habían dejado de existir.

Al ver ante sí la magnífica biblioteca sintió que el asombro le invadía por completo.

La colección de libros y manuscritos que allí se encontraban era increíble.

El monje le indicó la sección que buscaba y se alejó, dejándolo solo en aquel laberinto del conocimiento.

Tras varias horas consultando diversas partituras y analizando su contenido, resopló con desilusión. La mayoría se trataba de cantos religiosos de siglos pasados de valor innegable, pero que no podían serle de ninguna utilidad.

En realidad, no sabía qué era exactamente lo que estaba buscando... ¿Algo nuevo o diferente, tal vez?

Cuando ya se disponía a abandonar la biblioteca, vio como el monje entraba en ella dirigiéndose hacia él.

—¿No encontró lo que buscaba? Es usted exigente, ¿eh? Creo tener algo que le puede interesar.

El religioso le hizo un gesto de espera con la mano y desapareció entre los múltiples corredores.

Comenzaba a perder la paciencia. Aquel había sido un viaje inútil después de todo.

No obstante, volvió a sentarse en aquella vetusta silla y esperó en silencio el regreso del monje. Este, apareció pocos minutos más tarde con un pequeño cuaderno en sus manos.

—Hemos conservado esta reliquia durante largo tiempo. Parece ser que fue un historiador inglés quien lo trajo aquí hace casi cien años. Abandonó sus pertenencias en este monasterio y nunca regresó.

Le entregó un libro de cubiertas rojas y prosiguió.

—Se halla escrito no solo en francés sino en múltiples idiomas. Sus páginas son un verdadero enigma y están salpicadas de dibujos y diversos pentagramas verdaderamente singulares. Seguro que alguien tan docto en música como usted sabrá otorgarles el valor que merecen.

Bajo la atenta mirada del monje, echó un ligero vistazo a sus páginas.

Lo que encontró en ellas lo dejó perplejo. Nunca había leído música igual.

Alzó la vista encontrándose con la del religioso que sonrió, como entendiendo su reacción.

Aquel libro tenía que ser suyo.

Cuando salió del monasterio con el cuadernillo en sus manos tras haber dado una generosa donación, estaba convencido de haber encontrado una enigmática joya literaria y musical que debería desentrañar para extraer su verdadero significado. A pesar de su habitual seriedad, la excitación interna que estaba teniendo hizo cambiar el rictus de su rostro obteniendo un atisbo de sonrisa. Sin saber por qué exactamente, estaba seguro de que aquel libro iba a cambiar su anodina vida.



Varios años después, había desentrañado la casi totalidad de los misterios que encerraba aquel libro rojo y su obsesión por lo que había descubierto lo consumía vorazmente.

Tras la llamada de sus sicarios intentó templar sus nervios y pensar cómo iba a actuar en las horas posteriores. Aquellos últimos días la lectura del enigmático cuaderno lo había absorbido por completo.

Era fascinante.

Había estado estudiando cada una de sus páginas, traduciéndolas él mismo con mucha dificultad, analizando sus imágenes, comprobando sus símbolos, interpretando sus cortos pentagramas...

Cuando llegó a la conclusión de que aquel increíble cuaderno se hallaba escrito por el que hasta entonces había considerado una leyenda, no pudo creerlo.

Y sin embargo... era cierto. Tenía en sus manos el libro personal del llamado Fantasma de la Ópera. Había escuchado su historia muchas veces, pero nunca le otorgó la más mínima veracidad.

Él se consideraba una persona objetiva y empírica. ¿Cómo podía creer en semejante mito?

Pero aquel libro había cambiado su racional forma de pensar de la que había hecho gala hasta entonces.

Unos meses antes recordó algo que había leído años atrás en el diario de su bisabuelo que como él, también había sido músico.

Su antepasado estuvo a punto de adquirir un hermoso violín negro con el mismo símbolo grabado que se describía en el cuaderno rojo y al intentar ejecutar una pieza, no pudo extraer más que horribles sonidos y desistió de su compra.

Su bisabuelo había anotado el nombre del anticuario que quiso venderle aquel extraño instrumento: *Corenthin et fils*. Era el año 1907.

Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que ambos violines, el mencionado por su bisabuelo y el referido en el cuaderno del Fantasma, eran el mismo.

Lo que no podía entender era la causa por la que aquel violín, en manos de un experto músico como su ascendiente, no sonara como debiera hacerlo. El misterio parecía envolver su oscura madera y él estaba ansioso por desentrañarlo.

No había revelado sus intenciones a nadie y aquellos subordinados suyos, a los que mantenía bien pagados, no hacían preguntas. Aquel violín iba a cambiar su vida y estaba dispuesto a todo por conseguirlo.

Había sido bastante fácil dar con su paradero. El anticuario *Corenthin* acababa de cerrar, traspasando todos sus enseres a otro establecimiento... *Atenea*, en la Rue Tournelles.

La reacción de su dueño al preguntarle por el violín fue bastante esclarecedora. Los nervios de aquel anticuario le delataron. Aunque quiso dar rotundidad a la negativa de su posesión, sus ojos decían lo contrario. ¡Qué lástima que se negase a querer vendérselo!

No había contado con su muerte, pero tampoco le inquietaba demasiado. De todos modos, aquel accidente no interfería en sus planes.

Lo único que le preocupaba eran aquellas partituras tan peculiares que el propio Fantasma parecía haber escrito. No le cabía la menor duda de que aquella música estaba conectada con el extraño violín, pero ¿cómo?

Esa pregunta le había mantenido muchas noches en vela y estaba seguro de que la sobrina del anticuario y su misterioso acompañante buscaban la misma respuesta...

Hacía días que parecían haber sido tragados por la tierra, al menos así lo afirmaban sus dos sicarios y, sin embargo, él estaba convencido de que iban tras la pista de algo verdaderamente valioso.

¿Aquellas partituras, quizá?

De todos modos el violín seguía siendo su máxima prioridad y aunque había intentado conseguirlo por sus propios medios, finalmente volvía a necesitar la ayuda de aquellos dos inútiles.

En ese momento, su móvil sonó de nuevo.

—¿Alguna noticia? Entiendo... Así que están en la Ópera. No, no os precipitéis. Voy para allá.

Dicho esto, abrió uno de los cajones de su escritorio extrayendo de él un objeto que guardó junto con el libro en uno de los bolsillos de su chaqueta y salió precipitadamente tras un sonoro portazo.



Christelle y Gilles llevaban esperando ya varios minutos en las escalinatas que precedían la entrada a la Ópera Garnier.

—Creo que ha escogido un mal lugar para reunirnos esta noche, ¿no te parece?

El cata señaló varios grupos de personas que se dirigían, con trajes de gala, hacia el interior del edificio. Aquella noche la Ópera ofrecía una representación del ballet *Giselle* anunciado en los ornamentados postes de publicidad.

La joven sujetaba con fuerza el estuche del violín. Le parecía que aquella multitud los miraba con demasiada curiosidad al pasar cerca de ellos y no pudo evitar acordarse de aquellos dos tipos que la abordaron en la Place des Vosges. Entre aquella diversidad de gente, no pudo advertir que la estaban vigilando a escasos metros.

Mientras aguardaban la llegada de Kyriel, contempló la maravillosa iluminación que bañaba el edificio.

Focos procedentes del Grand Hotel y de la misma Ópera proyectaban su brillante luz sobre la suntuosa fachada, otorgándole una belleza mágica.

Las doradas esculturas que la decoraban parecían más grandes y sus umbríos reflejos creaban un fantasmagórico encanto que atraía y embelesaba los sentidos.

Todo el monumento se nutría de aquella luz, resplandeciendo como un titán de oro y al mismo tiempo se recreaba en aquellas inquietantes sombras surgidas por doquier, como oscuras reminiscencias de un mismo ser.

Paulatinamente la entrada de la Ópera fue quedándose desierta.

Christelle comenzó a pensar que tal vez le hubiese ocurrido algo a Kyriel, pero intentó expulsar tan pesimista idea de su mente. No quería considerar aquella posibilidad bajo ningún aspecto.

Repentinamente sus ojos captaron una oscura figura que, tras salir del metro de la Place de l'Opéra, se dirigía con paso firme hacia el lugar donde ellos se encontraban. La joven sonrió al reconocerlo.

Si había albergado alguna duda o interrogante en torno a él, se diluyó cuando volvió a verlo cerca de ella.

No obstante, con solo un ligero vistazo a su rostro, supo que algo le ocurría. Su mirada, que siempre le había transmitido serenidad y sosiego, ahora se hallaba invadida por un extraño brillo que no supo identificar. Todo su semblante permanecía serio y tenso, como si se dispusiese a librar una intensa batalla, que posiblemente estuviera teniendo lugar en su interior.

En sus manos, el violín había vuelto a vibrar, transfiriéndole aquellas turbadoras descargas que la estremecieron.

¿Qué estaba pasando? ¡Aquel instrumento parecía haber cobrado vida!

Kyriel observó el estuche por un momento, como si fuese consciente de aquella reacción que tanto asustaba a la joven.

Christelle y Gilles lo miraron expectantes, intrigados por conocer dónde había estado

y observaron que tenía en sus manos una especie de paquete envuelto en una tela aterciopelada; pero él se limitó a decir:

—Debemos entrar en la Ópera, no hay tiempo que perder.

Antes de que pudieran contestar, se dirigió hacia la entrada principal y se giró para comprobar que ellos lo seguían. Estos, cruzaron una mirada de perplejidad antes de encaminarse hacia el interior.



El siniestro personaje les entregó un pequeño sobre bajo la inerte mirada del busto de Charles Garnier, situado en uno de los exteriores de la Ópera.

—Vuestra parte del trabajo ya ha concluido. Aquí está vuestro dinero —dijo con rictus circumspecto—. Olvidad que me habéis conocido.

Los dos matones abrieron el envoltorio y miraron con satisfacción su contenido.

—¿Seguro que no nos necesita? —preguntó uno de ellos.

La figura clavó en él sus voraces ojos.

—No; a partir de este momento, actuaré yo solo.

Acto seguido, penetró en la Ópera.



Kyriel compró tres entradas para el ballet, las más baratas que pudo encontrar.

—Las necesitamos si queremos acceder al interior de la Ópera en una noche de representación —comentó con gravedad.

Una vez que los empleados comprobaron la validez de sus entradas, Kyriel avanzó hasta la Grand Escalier, descendiendo por su derecha. Constató que los inspectores no se fijaban en ellos y haciendo un gesto a Christelle, le señaló que debían dirigirse al piso inferior.

Cuando atravesaron el corredor de la Pythie, la joven cerró los ojos inconscientemente. No deseaba volver a ver aquella escultura en mucho tiempo.

Sintiendo los violentos latidos de su corazón, vio cómo él se detenía en la Rotonda de los Abonados, frente a uno de los espejos que conformaban parte de la pared frontal.

Desde allí, podían escuchar la música proveniente de la Sala de conciertos situada sobre sus cabezas. Su eco se propagaba en aquella estancia con un sonido casi espectral.

Kyriel se mantuvo expectante, cerciorándose de que nadie los había seguido hasta allí, lo que provocó la alarma en Christelle, que lo observaba completamente desconcertada.

¿Por qué habían entrado de nuevo en la Ópera? ¿Qué era exactamente aquella envoltura... las partituras, tal vez? ¿Las había encontrado? Entonces, ¿cuál era la causa de tanto silencio? ¿Por qué los había obligado a dirigirse a aquella sala redonda bajo el patio de butacas?

Todas estas preguntas comenzaban a inquietarla.

Habían pasado juntos por tantas experiencias... ¿qué era exactamente lo que iba a ocurrir ahora?

Miró a Gilles, consternada, pero en sus ojos únicamente encontró recelo.

—¿Y bien? —preguntó el cata malhumorado—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

Kyriel le indicó que hablara más bajo.

—Lo que usted ordene, «Mister Misterio» —ironizó Gilles—. Pero no me gustan estos secretos. Exijo una explicación de inmediato.

Christelle recordó la desconfianza que Gilles siempre había mostrado hacia él, algo que le había desagradado por completo. Y sin embargo... se mantuvo en silencio observando la reacción de Kyriel en espera de una respuesta. Ella también deseaba saber qué estaba sucediendo.

Ni siquiera les había explicado lo que había estado haciendo durante las últimas dos horas.

—Todo a su tiempo —dijo Kyriel al fin.

Incluso su voz había cambiado. Seguía siendo igualmente bella, pero había perdido su aterciopelado acento... ahora sonaba severa, casi metálica.

—Pero, ¿qué se propone? —le susurró Gilles al ver que Kyriel se encaramaba en uno de los salientes decorativos de la Rotonda en cuyo interior se hallaba un ornamentado jarrón.

Extendió completamente el brazo e introdujo la mano en la boca abierta de un gran mascarón que coronaba aquel motivo artístico.

Su rostro ofreció una enigmática expresión cuando escuchó un sonido muy característico que llegó, en forma de eco sordo, a los oídos de Christelle.

Al mismo tiempo, el espejo rectangular frente al cual se hallaban, comenzó a girar, abriéndose hacia un oscuro pasillo.

La joven observaba su lento movimiento de rotación boquiabierta mientras trataba de sujetar el violín, cuyo extraño magnetismo eléctrico parecía haber redoblado sus impulsos.

Kyriel bajó del saliente y se aproximó hacia la abertura del espejo. Ella lo miró, confusa.

¿Cómo conocía que en aquella máscara se ocultaba un mecanismo que descubría aquel pasadizo?

Ya habían estado antes en la Ópera, ¿por qué no se lo dijo entonces?

Gilles también parecía alterado.

—Pero, ¿qué truco de magia es este? ¿Cómo sabías...?

Kyriel lo interrumpió mientras extendía una mano hacia él.

—Gilles, ¿tienes cerillas?

—¿Qué?

El semblante del cata se endureció.

—Ya tienes una maldita linterna —protestó cruzándose de brazos—. Y por lo que a mí respecta, no pienso ir a ninguna parte mientras no me expliques qué está sucediendo aquí.

Kyriel lo observó, impertérrito.

—No te he pedido que nos acompañes —dijo lentamente, como si su convicción se plasmase en cada palabra—. De hecho, preferiría que en esta ocasión nos esperaras aquí, por favor.

La indignación de Gilles explotó finalmente en un sin fin de exclamaciones inconexas, todas ellas dirigidas hacia la persona que deseaba mantenerlo al margen.

Kyriel no se inmutó ante aquella demostración de enojo, aunque Christelle advirtió cómo la impaciencia comenzaba a dibujarse en su rostro.

—Puedes decir cuanto quieras —añadió con voz seca y cortante—. Mi decisión está tomada. Christelle y yo debemos proseguir solos.

El cata le mostró una expresión híbrida entre la cólera y la incompreensión.

Ella presenciaba la escena conmocionada. De alguna manera siempre supo que aquellos caracteres tan dispares acabarían chocando. Pero nunca imaginó que fuera en aquella situación.

Además, ¿por qué quería prescindir del cata siendo este un experto en aquella clase de pasadizos ocultos?

El desconcierto bloqueaba su capacidad de razonamiento.

—Es mi última palabra —concluyó Kyriel, lanzando a Gilles una mirada tajante.

Gilles permaneció en silencio durante unos instantes en los que la tensión era más que palpable.

—¿Y Christelle? —preguntó, como si rescatase una excusa perfectamente válida.

Kyriel se posicionó al lado de ella.

—Está bajo mi protección.

Gilles clavó sus ojos en su amiga, esperando una respuesta de su parte, pero ella se hallaba inmóvil, con la opinión completamente dividida.

Confiaba en Kyriel, pero no comprendía su decisión. Sin embargo, algo la empujaba a seguirlo... una poderosa sensación que escapaba a su entendimiento.

El cata bajó la cabeza y gruñó al sentirse derrotado.

Introdujo la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y extrajo una pequeña caja de cerillas que siempre llevaba consigo para una emergencia subterránea. Se las tendió con una mueca de descontento.

—No te preocupes por ella. —La voz de Kyriel sonó llena de seguridad y de cierto agradecimiento—. No permitiré que nada le ocurra.

Acto seguido, se volvió hacia Christelle.

—Camina siempre siguiendo mis pasos y la luz de la linterna. No te separes.

Ella asintió con nerviosismo antes de adentrarse en la penumbra.

Una vez dentro, se giró justo a tiempo para observar cómo el espejo rotaba rápida y silenciosamente a su posición original, encerrándolos en aquel tenebroso habitáculo.

Kyriel encendió la linterna. Aquel era un estrecho corredor sin salida.

Enfocó el suelo al tiempo que se agachaba para palparlo.

Christelle comprobó con asombro cómo abría una trampilla que había pasado desapercibida a sus ojos. Quiso preguntarle acerca de aquel descubrimiento, pero él le devolvió una mirada cuya intensidad hizo que guardara silencio.

—¿Estás preparada?

El violín parecía asentir con cada hormigueante sacudida, como si únicamente reaccionase con su voz.

Un tanto atemorizada, logró responder:

—Sí, te sigo.

Él acarició levemente su mejilla intentando inspirarle ánimo. La joven se estremeció; su mano estaba helada.

—De acuerdo, yo iré siempre primero. Tranquila, no tengas miedo.

Iluminó la trampilla abierta y ágilmente comenzó a descender por ella.

Christelle se asomó para vislumbrar unas estrechas escaleras de piedra que conducían hacia la oscuridad. Tragó saliva antes de introducir su cuerpo en aquel hueco y comenzó a bajar con cierta inseguridad en sus piernas.

Kyriel la esperaba pacientemente en el último tramo.

Se miraron unos instantes antes de que él se volviese hacia lo que parecía un

infranqueable muro de piedra.

La joven no podía ver con claridad, pero se percató de que Kyriel estaba buscando algo en sus rugosos laterales. Segundos más tarde, escuchó un sonido similar al que había producido la boca de la máscara del piso superior.

Poco a poco, parte del muro comenzó a moverse y Christelle observó, con los ojos desmesuradamente abiertos, cómo un nuevo mecanismo lograba abrir aquella puerta de maciza piedra presentándoles una salida.

Él miró a ambos lados.

—Supongo que todos los trabajadores estarán en los niveles superiores, demasiado ocupados con la representación de ballet, pero seamos cautos, no podemos permitir que nadie nos vea.

—Kyriel, por Dios, ¡dime a dónde vamos! —le apremió ella—. ¡No entiendo nada de lo que está ocurriendo! ¿Cómo puedes conocer con tanta exactitud la existencia de estas trampillas? ¿Hacia dónde nos dirigimos?

El tono de su voz pasó de ser una angustiada súplica a una exigencia interrogante.

Con un dedo en los labios le indicó que guardara silencio y cogiendo suavemente su mano la atrajo hacía sí, saliendo por aquella abertura en la pared, que se cerró lentamente tras ellos.



Gilles había comenzado a dar grandes zancadas en círculos, sin alejarse demasiado de aquel espejo por el que habían desaparecido sus amigos.

Miraba el reloj constantemente comprobando que cada minuto que pasaba, su impaciencia iba en aumento, al igual que sus dudas.

Comenzó a preguntarse por qué había dejado a Christelle en compañía de aquel hombre que no le inspiraba la más mínima confianza.

Para Gilles, Kyriel era como un libro que encerraba más interrogantes que respuestas. Demasiadas interrogantes...

Y aquel misterio tan desconcertante que envolvía todas sus acciones...

Definitivamente había cometido un error al permitir que Christelle fuera con él.

¡Ni siquiera le había dicho a dónde se dirigían!

Detuvo sus nerviosos pasos y chasqueó la lengua.

Había tomado una decisión.

«No me importan las consecuencias», se dijo. «No esperaré aquí como un iluso hasta que regresen.»

Observó con resolución la máscara que se alzaba sobre el ornamentado jarrón y apoyándose en el saliente, introdujo la mano en su boca abierta, tal y como había visto hacer a Kyriel.

Curvó los dedos y encontró el resorte.

Escuchó con satisfacción un sonoro «click» al tiempo que comprobaba cómo el espejo volvía a abrirse ante él.

No podía saber el camino que habían tomado, pero no le concedió demasiada importancia. Su instinto como experto explorador subterráneo le conduciría correctamente hasta ellos.

Penetró lentamente en la abertura y entrecerró los ojos para acostumbrarse a la

La joven desdobló la tupida tela y observó, fascinada, lo que se hallaba en su interior.

—Dios mío... es... ¡*Don Juan Triunfante!* La obra del Fantasma. No puedo creerlo...

—Su súbita alegría dio paso a una pregunta—. ¿Pero cómo...?

Kyriel la interrumpió mientras cogía de nuevo las partituras.

—Eso no tiene importancia ahora. Lo único relevante es que al fin están en nuestras manos. Comprendimos el mensaje de Leroux... y hemos finalizado nuestro cometido.

Ambos cruzaron sus miradas en silencio.

Él acarició el rostro de la joven con dulzura.

—Hay tantas cosas que debo explicarte... Te pedí que confiaras en mí y no voy a defraudarte.

Ella negó con la cabeza.

—Solo deseo saber quién eres.

—¡Lo mismo quisiera saber yo! —aquella voz grave y seca los hizo volverse, sobresaltados.

Entre las jambas de la única entrada que ofrecía la sala, se hallaba un hombre alto y corpulento, de semblante enjutamente severo y de mirada penetrante y amenazadora.

Toda su postura reflejaba rigidez y tensión, como si estuviera reprimiendo algún tipo de impulso o estímulo.

En un rápido acto reflejo, Kyriel se posicionó delante de Christelle, quien desconcertada y perpleja, exclamó sin apartar los ojos de aquel hombre:

—¿¡Maestro Thierry!?

El aludido mostró con desdén una irónica sonrisa torcida, exhibiendo su amarillenta dentadura.

—Compruebo que al menos mantengo cierta fama entre mi alumnado —dijo de forma mordaz.

Christelle volvió a preguntarle, esta vez con una voz más firme y tensionada:

—¿Qué hace usted aquí?

—Digamos que tengo parte interesada en este asunto, muy interesada...

La joven se posicionó a la par que Kyriel y comenzó a sentir cómo el enojo y la exasperación la invadían por completo. Intuyó que la presencia de su profesor en aquel lugar no podría augurar nada bueno.

Kyriel percibió su reacción y le preguntó:

—¿Quién es?

—Un profesor del Conservatorio; suele sustituir a Boldizsár en algunas ocasiones. Por cierto, un profesor muy mediocre.

La sonrisa irónica del maestro Thierry se convirtió en un gesto de crispación.

—Sigue usted sin responder a mi pregunta —prosiguió ella—. ¿Qué interés puede usted tener? A menos que... —Christelle permaneció unos segundos en silencio mientras por su mente se cruzó, como un relámpago, una idea terrible—. A menos que tenga algo que ver con la muerte de mi tío, ¿es así?

—Veo que eres una alumna aventajada. Lo cierto es que nunca ordené que lo mataran, pero según me han contado, tu tío era una persona muy testaruda. Incluso lo pude comprobar días antes de su... cómo decirlo... lamentable pérdida. De cualquier forma, de haber estado presente, no hubiera tenido reparo en hacerlo yo mismo.

Christelle no pudo contenerse e hizo ademán de abalanzarse sobre él.

—¡Hijo de perra! ¡Usted mató a mi tío!

Kyriel la sujetó por la cintura ante la sorpresa de ella.

—Te repito que yo no fui —la voz del maestro Thierry volvió a teñirse de ironía—. Se les fue la mano a aquellos dos imbéciles a los que contraté. Mis órdenes fueron que consiguieran el maldito violín tras asustarlo lo suficiente. Por desgracia debieron de excederse en su cometido y acabaron con su vida. Fue un desafortunado y desagradable incidente.

—¿Incidente? ¡Fue un asesinato y usted es el culpable, maldito bastardo!

—Basta ya de insultos, jovencita, no he llegado hasta aquí para aguantar tus lamentaciones. Me has preguntado qué hago aquí, pues bien, te voy a responder.

Lentamente, introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un pequeño libro de color rojo.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó a la joven mientras lo alzaba en alto—. Este libro es la clave para desentrañar el misterio que envuelve a ese violín que yace a tus pies. Está escrito de puño y letra por el llamado Fantasma de la Ópera, puedo asegurarlo —por unos instantes pareció regodearse del asombro que se reflejaba en sus miradas—. Durante dos años lo he estudiado, analizando cada línea, interpretando cada uno de sus singulares gráficos y pentagramas y finalmente comprendí su significado.

Kyriel clavó su mirada en el libro y preguntó:

—¿Dónde lo obtuvo?

Thierry sonrió y su malévolo rictus se reflejó, como una imagen de pesadilla, en todos los espejos que les rodeaban.

—Podría decir que cayó en mis manos gracias a una serie de extraordinarias casualidades. Sin embargo, soy consciente de que fue el destino quien quiso obsequiarme con su descubrimiento. Y si el destino así lo ha querido, es que soy digno de poseerlo. He descifrado su críptico mensaje, he penetrado en su oscura sabiduría y sé perfectamente lo que debo hacer. Para ello, necesito ese negro violín y esas magníficas partituras que porta. Por cierto, sigo sin saber quién es usted.

Kyriel permaneció inmutable sin dejar de mirarlo directamente a los ojos.

—Probablemente soy la persona que usted menos desearía tener ante sí en estos momentos. De cualquier modo —prosiguió— no creo que alguien como usted haya podido entender el significado de ese libro.

El maestro Thierry aguantó estoicamente la indirecta de Kyriel.

—¿Acaso usted lo conoce? —preguntó desdeñosamente con una nota de alteración en su voz—. ¡No tiene ni idea! ¡Este libro ha estado oculto durante muchos años y como he dicho antes, el destino me lo tenía reservado! ¡Yo soy el elegido! ¡Entregadme ya el violín y las partituras!

La rabia contenida de Christelle estalló de nuevo.

—¿Qué cree que tiene de especial este violín que incluso ha llegado usted a matar por conseguirlo? ¿Es usted tan ingenuo que piensa que es mágico!? Si es así, es más estúpido de lo que pensaba.

El inteligente intento de la joven por averiguar las razones ocultas del profesor, dio el resultado que ella quería.

—No me subestime usted, no soy tan estúpido como piensa. Este libro me ha abierto los ojos a una nueva y posible realidad, completamente distinta a la que he vivido hasta ahora.

»Durante largo tiempo he permanecido en la sombra, sin prestigio, sin el reconocimiento que merecía mi carrera, rebajado a una posición tan insulsa como la de simple docente de necios alumnos y de director secundario al que solo llaman para dirigir orquestas de escaso nivel.

»Según este libro —continuó con un cruel brillo en los ojos—, el mítico Fantasma relató la insólita experiencia que vivió en su viaje a Delfos.

Christelle sintió cómo el corazón le daba un vuelco. Rápidamente comprendió varios de los enigmas que se le habían planteado durante aquella búsqueda. La Pythie en el Palais Garnier, la Sibila de Buttes-Chaumont, Apolo en aquella sala secreta... todo estaba relacionado con el Fantasma y aquel viaje que parecía haber realizado a la mitológica ciudad de las sacerdotisas consagradas al dios de la música, que acababa de mencionar Thierry. Recordó la explicación que Kyriel le dio acerca de aquella extraña lira grabada en el violín.

La sangre hervía en sus venas, pero trató de dominar su impaciencia y escuchar la declaración de aquel hombre al que tanto odiaba.

Thierry continuó con su interpretación sobre el libro.

—En aquel viaje, Apolo se le manifestó, maravillado por la música que él había ejecutado con su violín. La misma música que ahora se halla escrita en esas partituras. El dios, complacido con aquella singular ofrenda, le concedió todo cuanto él anhelaba a cambio de completar su obra y consagrársela. Sin embargo, no todo transcurrió como el Fantasma deseaba ya que sus partituras seguían incompletas cuando él falleció. Parece ser que esta fue la razón de que sus deseos no se cumplieran del modo en que él había imaginado.

Christelle lo miró sorprendida.

¿Qué clase de historia era ésa?

Comenzaba a pensar que aquel hombre estaba definitivamente loco cuando Kyriel rompió el silencio.

—Eso es lo que usted ha deducido, ¿no es cierto?

La pregunta desconcertó a la joven, quien esperó la respuesta de Thierry con ansiedad.

—¿Deducir? —el semblante del profesor se contrajo—. ¡Estúpido! ¡Yo no deduzco nada! ¡He descubierto la clave!

—¿Y qué clave cree haber hallado? —la voz de Kyriel se endureció.

—¿Acaso no es obvio? ¡Ese violín y las partituras son los elementos necesarios para que Apolo pueda mostrarse ante mí! Si completo la obra inconclusa del Fantasma, podré entregársela a cambio de algo que solo él, como dios de la música, puede otorgarme: ¡su divina inspiración! Me despojaré de la mácula que mi familia y el mundo me han obligado a llevar siempre a mis espaldas. ¡Dejaré de ser un triste y fracasado profesor de conservatorio y llegaré a convertirme en un compositor genial e inmortal!

La potencia de su voz reverberó con estruendo en los oscuros espejos de aquella sala débilmente iluminada por las velas de los candelabros.

Por unos instantes, un tenso silencio se adueñó de la estancia.

Fue Christelle quien tomó la decisión de hablar:

—¡Es usted un viejo loco! —exclamó—. ¡Jamás llegará a ser nadie en el mundo de la música y jamás le entregaremos lo que usted desea!

La rigidez del rostro del maestro Thierry permaneció inmutable.

—Puede que esté loco —respondió—, pero en cuanto a su segunda afirmación, señorita Christelle, no esté tan segura. ¿Desea que su amigo pague las consecuencias?

Acto seguido, extrajo con rapidez un revólver y apuntó con él a Kyriel.

—Quizá quiera replantearse sus prioridades —dijo con suficiencia.

Ella ahogó una exclamación. No había contado con que Thierry estuviera armado.

Kyriel seguía manteniendo su mirada firme e inescrutable.

—No conseguiré nada disparándome. Y tampoco creo que se atreva.

Armando el percutor, Thierry sonrió.

—Lo siento, pero se equivoca.

Extendió el brazo y se preparó para disparar.

—¡No! —Christelle se abalanzó sobre Kyriel en un desesperado intento por apartarle. Su grito se mezcló con el estrepitoso sonido de la detonación al tiempo que caía en sus brazos.

No tuvo la sensación de dolor al recibir el balazo en su cuerpo; fue unos segundos después cuando de su estómago comenzó a irradiar un terrible fuego que le abrasaba las entrañas. Sus brazos aferrados a los de Kyriel fueron perdiendo fuerza hasta entrar en una laxitud que los dejó inertes.

Con las pupilas muy dilatadas, sus ojos buscaron con ansiedad una respuesta en los de él. Todavía no era consciente de lo que le había sucedido. Lentamente, inclinó la cabeza con mucha dificultad hasta advertir cómo una mancha rojiza se iba extendiendo por debajo de su pecho.

El atronador silencio que reinaba, se vio rasgado por un leve gemido que emitió su garganta:

—Kyriel...

En los ojos de él pudo verse reflejada por primera vez la inseguridad y la angustia.

Sus fuertes brazos acercaron el rostro de ella hasta el suyo y fue en ese momento cuando de sus labios escuchó un último susurro:

—Te quiero...

Aquellas palabras hicieron temer lo peor a Kyriel al comprobar que Christelle cerraba sus ojos desvaneciéndose por completo. Rápidamente comprobó con sus dedos en el cuello de la joven que todavía tenía pulso.

La sensación de alivio al corroborar que no estaba muerta recorrió todo su ser. Durante aquellos días junto a ella, había intentado mostrar siempre su lado más sereno y protector, sin percatarse de que estaba siendo traicionado por sus propios sentimientos. Había procurado alejar aquella sensación que no experimentaba desde hacía largo tiempo, asegurándose a sí mismo que no era real. Pero no podía engañarse por más tiempo.

La amaba. Y tener su frágil cuerpo inerte entre sus brazos hizo que el dolor más insondable se ramificase como una profunda hendidura en su interior.

Con toda la delicadeza de la que fue capaz, depositó suavemente la cabeza de Christelle sobre las partituras y cubrió su cuerpo con su cazadora negra.

Con un impulso de furor, se irguió frente a Thierry, quien todavía sostenía el revólver en su mano. Todos los músculos de Kyriel se tensaron de forma tal que incluso su habitual lívido rostro se tiñó del color de la inclemencia.

A cada paso que daba hacia Thierry sus ojos comenzaron a adquirir la fulgurante tonalidad del fuego.

Ante aquella figura que avanzaba amenazante hacia él, el miedo fue abriéndose paso en su mente logrando que únicamente pudiera exclamar:

—¡No le apuntaba a ella!

Comprobando que Kyriel no se detenía, el pánico se apoderó de él y volvió a apretar el gatillo cuando únicamente los separaba un metro de distancia.

Cuando la detonación tuvo lugar, Thierry pudo ver con asombro a través del humo generado, cómo aquel hombre permanecía en pie, impertérrito ante la bala que seguramente le había atravesado el pecho.

—Se lo dije —la voz de Kyriel sonó cavernosa y sepulcral, como surgida del

Averno—. No conseguirá nada disparándome.

Al ver que seguía aproximándose hacia él, el profesor arrojó el revólver al suelo sintiendo cómo el pavor lo dominaba por completo. Apoyó la espalda contra la pared de espejo y contempló, con los ojos desorbitados, como Kyriel extendía el brazo hasta aprisionar su cuello. Su mano, musculosa y helada, comenzó a cerrarse paulatinamente, impidiéndole respirar.

Thierry fijó su vista en aquel hombre y reprimió un grito de horror al contemplar cómo su rostro había comenzado a transformarse.

Su piel, lívida y de aspecto delicado, se vio consumida vorazmente por una nueva capa cutánea, que surgiendo del centro de su semblante, lo arrasó con virulencia.

Aquella dermis, amarillenta y marchita, parecía hallarse adherida a la musculatura facial, logrando que sobresaliese parte de la estructura ósea. Su nariz desapareció dejando en su lugar un horrible hueco oscuro.

Sus labios, secos y apergaminados, constituían únicamente una fina línea comprimida en un rictus de rabia.

El fuego que parecía haber alimentado la mirada de Kyriel, se fortaleció, acaparando con su intenso brillo las vacías cuencas de sus globos oculares.

Thierry permanecía aterrorizado, sin poder apartar sus enrojecidos ojos de aquella metamorfosis infernal que parecía absorberle el alma con su visión.

De la garganta de Kyriel surgió una rotunda sentencia:

—Nadie debería conseguir la inmortalidad apropiándose del trabajo de otros y menos del mío... Sí, ha escuchado bien, viejo miserable, de mi obra, a la que dediqué toda mi vida y que para su fatalidad, ya se halla terminada con mi propia sangre. ¡Esa era la clave que usted creyó encontrar, inmenso necio! Mi libro no refleja todas las respuestas...

Thierry intentó balbucear, pero la presión que Kyriel ejercía sobre su cuello, le impidió pronunciar palabra.

—Ha violado mi secreto santuario, manchándolo con la sangre de quien me ha devuelto la vida. Por ello, lo condeno a muerte.

Con un supremo esfuerzo, aun a pesar de estar paralizado por el miedo, Thierry preguntó con un hilillo de voz casi sollozante:

—¿Quién es usted?

Los ojos de Kyriel centellearon de orgullo.

—Los hombres me han conocido como el Fantasma de la Ópera. Mi verdadero nombre es Erik.

El eco de aquel nombre y el posterior chasquido de su tráquea al fracturarse, fueron los últimos sonidos que escuchó el maestro Thierry en vida.

Dejó caer aquel cuerpo inerte sobre el frío suelo y con celeridad se aproximó a Christelle para comprobar su pulso.

«Todavía vive, pero queda poco tiempo.»

Acto seguido, cogió el violín y colocándolo en posición, comenzó a tocar el fragmento final de su obra.

Cerró los ojos un instante. A su mente acudió la imagen de sí mismo en la cripta del Père Lachaise. De un pequeño corte en su mano, fluía un hilo de sangre... aquella fue la tinta que utilizó para completar los pentagramas necesarios para concluir su composición.

La música volvió a invadir la sala con sus desgarradoras notas. Poco a poco, los espejos comenzaron a temblar devolviéndole un reflejo borroso.

A causa de la vibración, la luz de las velas se tornó débil e intermitente.

Toda la estancia parecía estar sufriendo algún tipo de reacción a aquella inefable melodía.

Súbitamente, como nacida de las propias notas, pudo escucharse una penetrante voz que, superponiéndose a todo sonido, preguntó:

—¿Quién es el que osa tocar mi sagrada música?

Erik reconoció la grandilocuencia de Apolo.

—Soy Erik, la desamparada criatura que te invoca con un ruego, quien derriba la noche con su dolorosa música y la arroja a tus pies como un cortejo de constelaciones.

Una repentina y cálida corriente de aire, penetró en la sala apagando la tintineante luz de las velas. Únicamente la pequeña estatua del dios, permaneció refulgente en aquella oscuridad.

La voz de Apolo volvió a materializarse:

—Compruebo con satisfacción que mi vaticinio se ha cumplido y que tu ofrenda se halla finalizada. Has cumplido tu palabra como humano, yo cumpliré la mía como un dios devolviéndote tu alma y puedas así descansar en la eternidad.

En ese instante, el violín emitió un extraño fulgor áureo que lentamente se separó de su negra madera y avanzó hasta posicionarse ante Erik.

Su forma indefinida, comenzó a condensarse en una silueta que manifestaba portar una larga capa y un sombrero de ala ancha. Su intenso resplandor inundó toda la sala.

Súbitamente, se precipitó hacia él fundiéndose con su cuerpo. Lo que sintió fue una maravillosa sensación de plenitud al recobrar una parte de su latente esencia, que ya había dado por perdida para siempre.

Acababa de recuperar su alma.

Sin dudarlo, Erik cogió el cuerpo inerte de Christelle en sus brazos y con una voz suplicante, se dirigió a la estatua de Apolo.

—Te imploro escuches mi postrer ruego que te hago desde este humilde santuario dedicado a ti. Mi música y mi alma no significan nada en comparación con la vida de esta joven que ha hecho renacer en mí un sentimiento que creí olvidado para siempre. Está a las puertas de una muerte inmerecida y quiero apelar a tu magnanimidad para salvar su vida aunque para ello deba renunciar a que mi alma conozca el descanso y mi música alcance la gloria.

Su voz se quebró al pronunciar sus últimas palabras.

Tras un breve silencio, Apolo se manifestó de nuevo:

—Siempre he considerado el amor humano como un sentimiento que contiene una parte divina y por tanto, lo he admirado profundamente. De igual modo que elogio tu sacrificio, reconozco tu valor al ofrecerme aquello que siempre has anhelado. Tu maravillosa música forma parte ya del Olimpo y tu atormentada alma, prisionera en ese bello violín, volverá a ser tuya. En cuanto a tu joven enamorada, es mi deseo que seas tú mismo quien le devuelva a la vida.

—¿Cómo podré hacerlo? —preguntó Erik, quien inclinó la cabeza para ver el rostro de Christelle.

—Mi beneplácito será tu poder. Sabrás cómo utilizarlo. Confío en ti y en tu inteligencia.



Christelle abrió los ojos muy despacio y miró a su alrededor.

Ante ella, el blanco más puro abarcaba todo el espacio hasta perderse en el infinito.

Parpadeó perpleja ante aquella inmaculada visión, tan diferente del oscuro lugar de donde surgían las últimas reminiscencias de su memoria.

Se giró para comprobar que aquel blanco resplandeciente también se expandía a sus espaldas. No visualizó muro o techo alguno y su propia respiración constituía el único sonido existente; aquel lugar conformaba un todo níveo que lejos de desconcertarla, parecía calmar su espíritu.

Miró a sus pies. Estaban cubiertos por una ligera neblina que se extendía indefiniblemente hasta lo ilimitado.

Los acontecimientos ocurridos en la sala de los espejos vagaban por su mente como extraños sueños borrosos y distantes. El eco de un disparo se cristalizó en sus recuerdos e inconscientemente, inclinó la cabeza para observar su abdomen. No había rastro de sangre o herida alguna.

—Estoy aquí, mi vida. Tranquila... todo ha pasado; estás a salvo.

Aquella voz, tan singularmente bella, portadora de una serenidad y placidez que calmaba todos sus sentidos... Parecía que había transcurrido una eternidad desde que la escuchó y su tono, armonioso y musical, hizo que sonriera sin apenas darse cuenta.

—Kyriel... —murmuró.

Había dejado de preguntarse dónde se hallaba, de luchar contra las múltiples dudas que habían comenzado a acudir de forma atropellada a su mente... él era lo único que importaba ahora.

Como surgido de aquella delicada niebla, apareció a su lado sin emitir ni un solo sonido.

Sus ojos se encontraron y Christelle sintió cómo paulatinamente todo tenía sentido. Podía verse a sí misma reflejada en sus oscuras pupilas, envueltas en una dulzura celeste, pero provistas de un extraño brillo que le hizo comprender...

Las lágrimas comenzaron a derramarse por sus mejillas mientras se aproximaba a él, fundiéndose en un intenso abrazo.

Sintiendo cómo sus manos se enlazaban alrededor de su cuerpo, la joven apoyó la cabeza en su fuerte pecho dejando que el llanto brotase como catártico bienhechor.

Se estremeció al sentir su aliento en su rostro y con la voz estrangulada en un sollozo, le susurró:

—Perdóname. Ahora comprendo todo...

Él deshizo el abrazo con suavidad y la besó en la frente, sonriéndola con ternura.

Ella pronunció su nombre mirándolo directamente a los ojos.

—Erik...

Él asintió, acariciando su rostro y secando con sus finos dedos las últimas lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Dime, ¿cómo has averiguado mi identidad?

Christelle pareció dudar un instante antes de responder a su pregunta.

—En realidad... no lo sé con certeza. Tu nombre apareció en mi mente cuando tus ojos encontraron los míos... puede que sea este lugar... o quizá la respuesta que esperaba encontrar acerca de tu misteriosa personalidad y... del poderoso influjo que posees sobre mí.

Él la miró con cierto asombro mientras la joven intentaba encontrar el valor suficiente para proseguir:

—Me siento... unida a ti desde el día en que nos conocimos, como si hubiera nacido solo para encontrarte. Es una sensación inexplicablemente maravillosa de la que no quiero desprenderme.

El semblante de Erik se tiñó de aflicción, desconcertando a la joven.

—Mi querida Christelle... —dijo casi a media voz—. Tal vez tengas que hacerlo muy pronto.

Ella cogió su mano entre las suyas.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

La idea de no volver a verlo logró que un nudo de tensa angustia se formara en su garganta.

—Observa a tu alrededor, ¿no te has preguntado dónde nos encontramos? —Erik vio cómo ella asentía en silencio—. Este es un mundo intermedio, un espacio atemporal entre la vida y la muerte. Solo existen dos caminos para salir de él.

Christelle lo miró asustada.

—No debes tener miedo... —le dijo él dulcemente.

—Solo temo perderte —la voz de la joven se quebró intentando contener nuevas lágrimas.

—He permanecido en este lugar tanto tiempo —continuó Erik— y sin embargo, todavía conservo mis recuerdos intactos. Podría decirse que mi destino ya estaba escrito el día en que nací. Todo cuanto sucedió en mi vida me ha traído hasta aquí. Es obra de la fatalidad, mi siempre fiel compañera. Sí... la fatalidad... —dijo con un suspiro—. ¿Acaso no estaba ella presente cuando mi madre me entregó la primera máscara?

Como invocadas por aquella interrogante y ante la mirada atónita de Christelle, se formaron unas mudas imágenes de suave colorido.

Allí, como retazos del pasado, se fue reflejando una escena, borrosa y confusa al principio. Rápidamente, los contornos fueron delimitándose y la joven asistió, impresionada, al recuerdo mencionado por Erik que se había materializado en aquel inmenso vacío.

Vio a un niño pequeño, de unos dos o tres años, que cubría su rostro con las manos llorando desgarradoramente ante una mujer que parecía gritarle mientras le arrojaba una máscara.

Erik proseguía hablando con ojos enrojecidos.

—¿Acaso no se cruzó de nuevo en mi camino cuando fui expuesto como cadáver viviente en aquella feria gitana?

Las imágenes se transformaron con ligereza.

En ellas, Christelle advirtió que el mismo niño que había contemplado segundos antes, se hallaba aferrando con manos temblorosas los sucios barrotes de una jaula. En la máscara que le ocultaba el rostro resbalaban dos lágrimas...

La joven reprimió el llanto y trató de apartar su mirada de aquellas trágicas

culminación de su gran obra, contemplando el triunfo final de una vida marcada por el dolor y el rechazo. Se le había condenado desde que nació y, sin embargo, había perdonado a la humanidad regalándole lo más preciado para él: su música.

La joven se sentó en el asiento contiguo y presenció la ovación del público que se encontraba en pie.

El maestro Boldizsár advirtió su presencia en el palco y con un gesto a la audiencia, señaló hacia donde ella estaba. La gente volvió su rostro hacia el palco y los aplausos y aclamaciones se unieron en aquella sala revestida de musas y dioses que parecían ensalzar la obra de un genio.

Christelle recogió delicadamente la rosa y la besó con todo su amor.

En aquel beso, se fundieron dos mundos.



Epílogo

Tras descubrir el contenido de la caja, Leroux miró sorprendido al Daroga.

—Por la expresión de su rostro deduzco que ya ha adivinado la importancia de los dos elementos que ha visto —dijo el persa lentamente—. Uno de ellos es, efectivamente, las partituras de *su* gran obra, *Don Juan Triunfante*. ¡En cuántas ocasiones *él* me ha hablado de esta música tan sublime! Pero mucho me temo que nunca llegó a terminarla en vida. Se halla incompleta.

Tras una breve pausa en la que fumó de su pipa, el hombre prosiguió.

—El segundo objeto se trata de su libro de viaje, o como *él* solía denominarlo... el manuscrito del andante. Podríamos decir que es su diario personal; en él encontrará muchas respuestas a sus dudas, pero... también muchas preguntas.

Leroux se ajustó las gafas y se sentó de nuevo con la caja sobre sus piernas.

—¿Está realmente seguro de querer confiarme su último legado a la humanidad?

El Daroga asintió con tristeza.

—Me queda poco tiempo de vida y no tengo familia a la que poder entregarle este tesoro. Él murió sabiendo que yo no lo traicionaría.

Leroux se revolvió en su asiento.

—No sé cómo agradecerle su confianza y franqueza; sin embargo, no alcanzo a comprender por qué permitió que la vida de un ser tan excepcional se apagase en la soledad de aquellos subterráneos. Ahora que han encontrado su cuerpo, el gobierno considera que es uno más de los fallecidos a causa de la Comuna y que por ello su lugar debe estar en una miserable fosa común. Usted fue su amigo, ¿no puede permitirlo! ¡Él se merece un entierro digno!

El Persa guardó silencio durante unos instantes.

—Voy a confesarle un último secreto, señor Leroux... —dijo al fin—. El cadáver que aquellos obreros encontraron en los laberintos de la Ópera Garnier... no pertenece a Erik.

Leroux abrió desmesuradamente los ojos y exclamó:

—Pero eso significa... ¿que aquel cuerpo sí es de un comunero! Entonces... ¿dónde se encuentra la sepultura de Erik?

El Daroga le ofreció una expresión enigmática y sentenció:

—Monsieur Leroux: el lugar donde se halla el cadáver de Erik me lo llevaré a mi tumba.

Nota de la Autora

Este libro es un pequeño homenaje a Gastón Leroux y a su obra *El Fantasma de la Ópera*.

La frase *Toda leyenda o mito tiene una base de veracidad*, tal vez sea muy apropiada en este caso concreto, dado que existen datos que nos llevan a deducir que los personajes de aquella historia pudieron ser reales y por tanto haber vivido en el París de finales del siglo XIX.

Es muy probable que su autor, Leroux, adornase literariamente los sucesos y acontecimientos que ocurrieron en la Ópera Garnier, pero ello no desmerece en absoluto la posible realidad que él plasmó en su novela.

Quizá el hecho de que su principal personaje fuera un ser misterioso ocultando su deformado rostro tras una máscara, viviendo en los subterráneos de la Ópera, atemorizando a trabajadores y bailarinas, haya sido la parte negativa de la historia. Pero, al mismo tiempo y lo que en cierta forma ha hecho que haya miles de personas que adoren este mítico personaje y su leyenda, fueron sus ansias de amar, en este caso a una joven soprano a la que, parece ser, enseñó a cantar y de la que se enamoró perdidamente, no siendo finalmente correspondido.

Esta novela que el amable lector tiene en sus manos, no es una secuela, sino una historia de ficción, salpicada de hechos reales, en la que se ha incluido entre sus personajes al propio Gastón Leroux, con el más profundo respeto hacia su persona y mi sincero agradecimiento por haber sacado a la luz a tan maravilloso ser: el Fantasma de la Ópera.

Agradecimientos

De una manera muy especial, a mis padres, por su cariño y total apoyo durante los meses que duró la gestación de esta mi primera novela.

A Gastón Leroux por haber plasmado en literatura la leyenda y el mito de un maravilloso personaje al que debo tanto.

A todas aquellas personas que lean esta narración y que de alguna forma les brinde la oportunidad de adentrarse en el misterioso mundo del Fantasma de la Ópera.

Y finalmente, a Ediciones del Laberinto, por haber confiado en mí desde el primer momento para publicar este libro que espero sea del agrado de todos.

De corazón, gracias.

La Autora



www.ladyghost.com

Sandra Andrés Belenguer (Zaragoza, 1982) es Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza.

Su formación literaria comenzó desde muy joven con autores clásicos como Víctor Hugo, Oscar Wilde, Dumas, *etc.* Su pasión por la leyenda del Fantasma de la Ópera la llevó a escribir un ensayo sobre la obra de Gastón Leroux y el musical de Andrew Lloyd Webber en el año 2000.

Durante años ha investigado sobre esta historia, llegando incluso a visitar los subterráneos de la Ópera Garnier de París, siendo en estos momentos una referente mundial sobre este tema bajo el pseudónimo de Ladyghost.

Con esta su primera novela, quiere acercar al lector juvenil al apasionante mito de este personaje envuelto en el misterio desde hace más de un siglo.